

**María Susana Bonetto  
María Luz Ruffini  
(Comps.)**

---

# **LA DEMOCRACIA COMO IRRUPCIÓN IGUALITARIA**

Populismo, instituciones y neoliberalismo  
en la Argentina contemporánea

Córdoba  
2019

La reproducción de este libro, ya sea total o parcial, en forma idéntica o con modificaciones, escrita a máquina por el sistema Multigraph, mimeógrafo, impreso, etc., que no fuera autorizada por esta Editorial o el director de la obra, es violatoria de derechos reservados. Toda utilización debe ser solicitada con anterioridad.

La democracia como irrupción igualitaria: populismo, instituciones y neo-liberalismo en la Argentina contemporánea / María Luz Ruffini ... [et al.]; compilado por María Luz Ruffini; María Susana Bonetto; fotografías de Sebastián Salguero. - 1ª ed. - Córdoba: María Luz Ruffini, 2019.

450 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-783-147-4

1. Populismo. 2. Partidos Políticos. 3. Democracia. I. Ruffini, María Luz II. Ruffini, María Luz, comp. III. Bonetto, María Susana, comp. IV. Salguero, Sebastián, fot.

**CDD 320.510982**

Editado por:

**ADVOCATUS**

Obispo Trejo 181 – Córdoba  
editorial@eadvocatus.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en Argentina

## ÍNDICE

<b>Introducción</b> .....	9
<b>Democracia y Populismo</b> .....	13
<i>María Susana Bonetto</i>	
<b>El Kirchnerismo en Debate</b> .....	39
<i>Lucas Ezequiel Bruno</i>	
<b>La Gente es El Pueblo - La Construcción de la Subjetividad Macrista</b> .....	65
<i>Juan Ignacio Montenegro</i>	
<b>Partidos Políticos, Crisis de Representación y Antropología de la Ciudadanía. Hacia una Propuesta Analítica Capaz de Iluminar las Transformaciones de la vida Democrática en la Argentina Contemporánea</b> .....	79
<i>María Luz Ruffini</i>	
<b>Democracia y Liderazgo Político: Reconfiguraciones en el Nuevo Escenario Argentino</b> .....	93
<i>María Virginia Tomassini</i>	
<b>Figuras de la Juventud en el Discurso Político Argentino: Reconfiguraciones de la Enunciación Audiovisual</b> .....	103
<i>Yair Buonfiglio</i>	
<b>Discursos Políticos Actuales: Precarización y Promesa Diferida</b> .....	115
<i>Fabiana Martínez</i>	

<b>Sujeto y Heterogeneidad. Apuestas del encuentro con el psicoanálisis para una política emancipatoria .....</b>	<b>127</b>
<i>Katherine Salamanca Agudelo</i>	

## INTRODUCCIÓN

Este libro debe ser entendido como un momento especial en la construcción colectiva de una trama compleja, tejida a partir de específicos recorridos de investigación que buscan aportar miradas novedosas, ideas originales, recorridos conceptuales poco comunes... en suma, elementos capaces de iluminar creativa y críticamente la complejidad del presente. A este respecto, los trabajos aquí compilados no sólo reconocen como común antecedente el trabajo colectivo de larga data<sup>1</sup>, sino que comparten como fundamento dos elementos inescindibles cuya importancia no puede ser soslayada: uno histórico-contextual y otro epistémico- conceptual.

Con respecto a la dimensión *histórico- contextual*, vemos cómo en los últimos años las ciencias sociales en Argentina y América Latina se enfrentan al desafío de volver a pensar la historia reciente de nuestro país y la región ante la crisis de los gobiernos populares que, durante la primera década del siglo, constituyeron las experiencias progresistas más promisorias a nivel global – aunque no por ello exentas de contradicciones-. Esta crisis, asociada al ascenso al poder de las elites empresariales en toda la región, incluso a través de medios formalmente democráticos, delinea un escenario sumamente complejo a fines de la segunda década del siglo XXI que interpela interpretaciones y esquemas analíticos preexistentes e impele, asimismo, a la intervención en el debate público de maneras urgentes.

En efecto: en la esfera pública actual las críticas mayoritarias a la etapa anterior no se centran en el cuestionamiento de las políticas sociales inclusivas, la ampliación de derechos de nueva generación o las alternativas de industrialización que intentaron ponerse en marcha; sino que se mantienen circundando el conocido tópico de la “corrupción”, devenida en “[...] un arma regional de desprestigio para todos los gobiernos populares” (Quevedo, 2018:11). Este fenómeno político-cultural no sólo elimina la posibilidad de pensar y discutir

---

<sup>1</sup> En este sentido, la presente publicación es posible gracias a los aportes de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba y el Instituto de Investigación de la Universidad Nacional de Villa María.

nuestro pasado reciente en términos de confrontación de proyectos, sino que alimenta el odio, el repudio del otro y una fuerte estigmatización de la política misma (Quevedo, 2018), cuestión ante la cual el pensamiento político y social no puede ser indiferente.

Es en este sentido, entonces, que este libro debe entenderse también como una ‘apuesta política por la política’, lo que incluye la recuperación de la riqueza de la discusión pública hoy ocluida por la niebla intencionalmente fomentada de la “corrupción k” y la “pesada herencia” como fuentes de todos los padeceres de los argentinos – y cuyo verdadero origen, por supuesto, no puede deslindarse de la batería de políticas regresivas, concentradoras del ingreso y expoliadoras de los sectores más vulnerables que son la base de la gestión pública del gobierno de “Cambiemos”, alianza actualmente gobernante en Argentina-.

Asimismo, y en lo que refiere a la dimensión *epistémico- conceptual* que resulta medular en los trabajos que aquí presentamos, nuestra apuesta colectiva asume una concepción de la política y la democracia que habilita una impronta específica. En efecto: distanciándonos de perspectivas institucionalistas o formalistas que tienden a asimilar la vida democrática a un conjunto de procedimientos ritualizados, aquí asumimos lo político -al modo ranciereano- como un movimiento, un proceso continuo de constitución de lo común que tiene como dimensión fundamental la irrupción de aquellos cuyas subjetividades han sido históricamente dañadas por el olvido, el abandono, la irrelevancia política.

Desde esta perspectiva, la permanencia de quien sufre en la oscuridad de lo indecible, es parte de un proyecto político ante el cual la experiencia del desacuerdo, la irrupción de “los que no tienen parte” en la ordenada disposición de los cuerpos en la comunidad, es lo que funda lo propiamente político y, por extensión, lo que se halla en la base de una práctica susceptible de ser llamada democrática: “Para que haya democracia no es suficiente que la ley declare que los individuos son iguales y que la colectividad es dueña de sí misma. Es necesario, además, ese poder del *demos* que no es ni la adición de los partenaires sociales ni la colección de las diferencias, sino, todo lo contrario, el poder de deshacer los *partenariats*, las colecciones y ordenaciones” (Rancière, 2007: 28)

En esta línea, los textos del presente volumen retoman esta perspectiva en torno a la política y la democracia, profundizando en ciertas dimensiones clave para la comprensión de la vida política argentina y latinoamericana contemporánea. En primer lugar, los artículos de María Susana Bonetto y Lucas Ezequiel Bruno ahondan en las complejas relaciones que se establecen entre la democracia y el populismo, entendiendo a este último –en tanto estrategia para construir un pueblo, fuerza política de transformación de lo dado- como una dimensión intrínseca a la vida democrática y que se imbrica de formas específicas con la institucionalidad política. En un registro semejante, el escrito de Juan Ignacio Montenegro brinda algunas aproximaciones

en torno a la posibilidad de pensar la dimensión populista de la democracia en tiempos de “Cambiamos”, centrando la mirada en la forma de construcción de un “pueblo” desde los discursos de la coalición gobernante.

En segundo lugar, y profundizando en la dimensión institucional, encontramos el texto de María Luz Ruffini, quien propone un marco analítico novedoso para el abordaje de los partidos políticos que articula aportes de la ciencia política con ciertos enfoques antropológicos; junto con el de María Virginia Tomassini, quien aborda por su parte el proceso de construcción de liderazgo político al interior del partido “Pro”, elemento nuclear de la alianza gobernante.

Por otro lado, los escritos de Yair Buonfiglio y Fabiana Martínez dan cuenta, desde sus abordajes particulares, de la centralidad de recuperar el discurso como superficie de articulación y construcción política en las democracias contemporáneas. Así, se abordan comparativamente las construcciones discursivas en torno a “los jóvenes” que emergen de las campañas electorales de Cristina Fernández de Kirchner (2011) y Mauricio Macri (2015), al tiempo que se intenta establecer algunas regularidades generales de la discursividad de “Cambiamos”. En este último sentido, el texto de Martínez buscará cuenta de la reorganización topográfica de lenguajes referidos a diferentes grillas de inteligibilidad política, con una re-centralización de tópicos vinculados a la “derecha” del espectro político.

Finalmente, el texto de Katherine Salamanca Agudelo funciona como apertura a una serie de interrogantes vinculados con el encuentro entre los lenguajes y modos de pensamiento propios del psicoanálisis y la teoría política, en particular en lo referido al modo de entender lo político y las implicancias de las categorías lacanianas para abordar los procesos de subjetivación.

Es nuestra esperanza, finalmente, que estos escritos contribuyan a delinear nuevos caminos de acceso a la comprensión de la vida política argentina de hoy, capaces de escapar a las encerronas conceptuales que, reivindicatorias o condenatorias de procesos políticos pasados o presentes, eluden lo central para la práctica científica: la spinoziana máxima de no alabar ni condenar, sino comprender. Y comprender, claro está, para poder actuar y transformar lo existente hacia modos más igualitarios, democráticos e inclusivos de la vida en común<sup>2</sup>.

María Susana Bonetto  
María Luz Ruffini

---

<sup>2</sup> Referencias bibliográficas de esta introducción: Ranciére, Jacques (2007) *En los bordes de lo político*, Buenos Aires, La Cebra; Quevedo, Luis Alberto (2018). “Prólogo: Claves para volver a pensar nuestra región” en García Delgado, D.; Ruiz del Ferrier, C.; De Anchorena, B. -comps.- (2018). *Elites y captura del Estado*.





# DEMOCRACIA Y POPULISMO

*MARÍA SUSANA BONETTO<sup>1</sup>*

## **1. Introducción: Una revisión teórica vinculada a una lectura política y contextual**

Si bien se reconoce que las teorías políticas orientan la explicación, interpretación y crítica de los procesos políticos, no se puede desconocer que su utilización esta vinculada a una posición política y a las tradiciones que ‘esta recupera, con un inescindible recorte interpretativo de un determinado contexto histórico- social. En este escenario, el presente trabajo se plantea desde una mirada regional que pretende ser descolonizada y crítica (en su más amplio sentido). Así también, en las actuales circunstancias de avance mundial del capitalismo financiero y gobiernos neoliberales, se entiende que innovar es mantener una comprometida interrelación con las perspectivas de la descolonización y las miradas críticas del posmarxismo regional y europeo.

Nuestra preocupación, desde hace un tiempo, se orienta al estudio de la democracia. En esta cuestión desde el ascenso al poder del actual gobierno, han logrado con destacable aceptación construir la idea que ellos representan la democracia “liberal republicana” y el anterior gobierno así como otros que se opusieron al neoliberalismo en la región, fueron gobiernos “populistas”, con toda la carga de descalificación y descrédito que sobre el particular han expandido los medios dominantes. En ese marco es posible interrogarse cuán cercano a la democracia se encuentra el neoliberalismo y, en la misma línea, indagar sobre democracia y populismo. El tema se desarrollará a partir de una genealogía de dos tradiciones democráticas que con sus reformulaciones

---

<sup>1</sup> Doctora en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad nacional de Córdoba, Posdoctora en Sociología Política por la Facultad de Ciencias Sociales del Centro de Estudios Avanzados de la UNC. Es profesora titular en la UNVM y UNC y de diversas universidades en el extranjero. Correo electrónico: msbonetto@hotmail.com”

y contingentes discursos han signado el devenir democrático en la región: la “liberal republicana” y la “democrática- popular”.

## **2. La tradición “liberal republicana”**

Este trabajo asume un recorte temporal para analizar la democracia desde su transición y consolidación en la región, hasta el presente. Así, ya en los inicios del nuevo siglo T. Dos Santos (2003) realiza una dura crítica a las democracias regionales de la transición. Por una parte advierte que su construcción fue impulsada por EE.U.U., en tanto que, producida ya la derrota de los movimientos populares por los gobiernos militares y luego de la emblemática caída por golpe de Estado de Salvador Allende, la situación estaba “bajo control” y se podía iniciar un período constructivo de democracias liberales estables.

En este contexto se inician las transiciones democráticas con una firme orientación de restauración del Estado de Derecho Liberal, frente a la anterior lógica de estados represivos e incluso terroristas, paradójicamente promovidos casi dos décadas atrás por el país del Norte. Así, se restaura la legalidad acompañada por un desarrollo dependiente en el marco de democracias restringidas, y mientras los derechos individuales son restaurados, los derechos económicos y sociales son vaciados (Dos Santos, 2003). Coincidiendo con el autor, resulta sorprendentemente relevante la posición adoptada por Fernando Enrique Cardozo, quien reformula su pensamiento “teórico dependentista” y defiende la viabilidad de un proceso de democratización al interior de un capitalismo globalizado dependiente. Abandona, así, el enfrentamiento con éste y sus expresiones monopólicas, limitando “sus objetivos reformistas, los objetivos liberales, al proceso de desestabilización y destrucción de dictaduras, para construir regímenes democráticos dependientes” (Dos santos 2003.90)

En el diagnóstico y reparación de las sociedades dominadas dictatorialmente, se puso el acento en la interpretación de los efectos negativos de las dictaduras, sobre todo en las causas endógenas -principalmente en los consecuencias socio-culturales del autoritarismo-, y se implementaron políticas restauradoras de las estructuras jurídicas institucional-procedimentales, con un discurso orientado a los valores de la cultura política democrática. Subyacía el temor a una involución autoritaria y no sólo por parte de los militares, sino que también se incluye como tal al “populismo corporativo” y la “izquierda militante”. La democracia liberal ocupó, así, el centro de atención como concepto liminar opuesto al autoritarismo. La nueva propuesta se concretó en la revalorización de la legalidad, la cultura política y los derechos individuales, mientras que no obtuvieron centralidad los temas que produjeran cuestionamientos al poder económico. Se respetó la “legalidad” de los compromisos

contraídos por la Dictadura, como el pago de la ilegítima deuda externa, considerada “correcta” en la nueva lógica del capitalismo globalizado. Coincidiendo con Lechner, el liberalismo propone “*separar la economía mercantil como relaciones presociales y organizar las relaciones sociales como relaciones mercantiles*” (1995, 22).

Desde esta perspectiva, se fue instituyendo la construcción de una democracia de corte netamente liberal, básicamente representativa y limitante de la soberanía popular, con su efecto de revalorización de las formas y procedimientos por encima de los contenidos materiales, haciendo abstracción de las relaciones y estructuras socio-económicas que constituyen su condición de posibilidad. La definición de democracia adquiere un sentido minimalista, tal como lo expresa el concepto de poliarquía de Dahl. Coincidiendo con Castorina (2007, 57) “la utopía de libre mercado iría ganando terreno sobre las utopías de de la igualdad social, sustituyendo democracia por liberalismo y ocultando o diluyendo la profunda interconexión entre liberalismo económico y autoritarismo”.

A partir de estas transformaciones políticas, que dejaron sin reformular la economía instaurada en la Dictadura, se instaló fluidamente el neo-liberalismo en los 90 y se consolidó la preeminencia del mercado que disciplina la sociedad con políticas de ajuste que afectan a los sectores populares.

La política se transforma, sin resguardos en la gestión del mercado y en intermediaria de aplicación de las políticas de los organismos internacionales de crédito, tales como el F.M.I y otros también disciplinantes, como la Organización Mundial de comercio. El gobierno argentino, en el período de los presidentes Menem y De la Rúa, se somete al monitoreo, contralor e incluso imposición de su políticas por parte de esos organismos. De ahí se expande la ola de desregulación, privatización, liberalización y aperturas indiscriminadas del mercado, mediante las cuales los grupos de mayor poder económico se hicieron de las empresas estatales y los servicios públicos más rentables.

Sin embargo, se consideran también muy relevantes otras transformaciones que parecen perdurar en amplios sectores hasta el presente: se produjo un debilitamiento extremo de la integración social y de los lazos sociales. Así, también sucedió con la trama de solidaridades populares, lo que puso en crisis las estructuras de representación de los intereses colectivos, unido a un profundo vaciamiento de la política y de toda movilización popular. La democracia liberal inicial de la transición había estimulado estrategias socio-culturales individualistas, poco propicias a la acción colectiva, y esto habilitó que se esfumara toda participación popular en la definición de los asuntos públicos, lo que permitió la imposición de programas neoliberales.

La democracia de ese periodo coincide con la propuesta por Hayek (1982) como una democracia legal que refuerce los límites estrictos del poder del Estado y de las decisiones de las mayorías, en tanto estas, aún realizadas con procedimientos democráticamente correctos, no están exentas de arbitrariedad.

Por eso no debe extrañar que existiendo ya una base considerable de pensamiento “liberal republicano” propio de esta tradición, en la región, y en especial en Argentina, desde el triunfo del actual gobierno del PRO, el neoliberalismo se constituye en una ofensiva con amplia aceptación, como lo fue en los noventa. Y ello, sobre todo para descalificar las políticas soberanas a través de las cuales, durante la hegemonía Kichnerista, la mayoría de la población organizó la comprensión social del país, la región y el mundo en lo político y económico, que emergieron conjuntamente con las proyectos nacional-populares de los gobiernos de “la nueva izquierda latinoamericana” y se encarnaron en la Unasur.

Desde este pensamiento, que con matices se encuentra parcialmente instalado en el imaginario regional, se considera a las políticas redistributivas como típicamente populistas y destructoras de la “natural” meritocracia social. Así también resulta totalmente despreciado por autoritario, el convocar a participar al pueblo en la discusión movilizadora, para presionar el voto de quienes lo representan en asuntos que están “fuera de su comprensión”, ya que resulta inadmisibles desde una visión “republicana neoliberal”.

En la región y en especial en Argentina, desde el triunfo del actual gobierno, el neoliberalismo se constituye en una ofensiva para descalificar las políticas soberanas que se oponen a los dictados del F.M.I. y las estrategias en esa línea que apoyan proyectos políticos para confrontar el neoliberalismo.

En especial, la avanzada neoliberal ha tratado, con considerable éxito, de modificar el sentido común, entendido éste como un conjunto de creencias que organizan de modo predominante las relaciones intersubjetivas, producen certidumbres y reproducen legítimamente el orden social. Se busca transformar la memoria histórica nacional-popular que ordenó los hechos sociales de acuerdo a una determinada estructura ideológica, y desorganizar así las condiciones de reconocimiento entre sujetos sociales.

El neoliberalismo trata de desmontar las convicciones que legitiman los procesos históricos de recuperación soberana tales como la nacionalización de los recursos naturales, la reforma de las instituciones y la producción igualitaria de acceso a los servicios públicos a través de políticas estatales que modifican la inequidad social. Se trata de desestructurar esas convicciones para que se acepte el contenido privatizador de las políticas públicas, sobre todo las económicas que amplían la desigualdad social.

Además, se trata de eliminar, con un discurso “racionalizador” la posibilidad de pensar alternativas, argumentado la superioridad de la racionalidad instrumental-tecnocrática del liberalismo.

Desde una perspectiva crítica y a fin de precisar el sentido de este discurso, corresponde destacar (Tapia, 2008) que lo que distingue al neoliberalismo económico y político del liberalismo clásico, no es el contenido normativo, el modelo social o la antropología política que básicamente son los mismos. La diferencia consiste en que los primeros liberales fueron ideólogos de reformas y experiencias de la nueva sociedad frente a la antigua estamental y de la libertad individual frente al absolutismo, generando un institucionalismo protector de los derechos individuales.

El neoliberalismo, en cambio, es un discurso y una política negadores de los desarrollos históricos de la igualdad en lo político y lo económico experimentada en las sociedades contemporáneas por el avance de la democracia, sobre todo en los siglos diecinueve y veinte.

Así se comprende lo peculiar del discurso neoliberal, que interpreta que los problemas y crisis contemporáneas se deben al desvío producido por las políticas igualitarias de los gobiernos “nacional populares”, de la natural meritocracia, y no se admite que éstos problemas provienen del resultado de las estructuras impuestas por las relaciones del mercado capitalista.

Por el contrario, las soluciones propuestas por el neoliberalismo consisten en reintroducir-reformuladas a las actuales estructuras económicas y tecnológicas-, la universalización de las convicciones sobre la naturaleza humana y el tipo de instituciones políticas y económicas develadas ya como las únicas naturales por el antiguo liberalismo.

En este marco, el eje neoliberal actual de cambios se focaliza y dirige al desconocimiento del grado de democratización política y social que la historia moderna produjo en el país, como sumatoria de los procesos de reforma que, en cierta medida redujeron los monopolios políticos y económicos que son constitutivos de las sociedades capitalistas modernas. Es una estrategia de reconstrucción oligárquica y opresora de las sociedades, orientada a la reversión de los procesos de democratización y a una reducción de la ciudadanía.

Para países periféricos como el nuestro, que han logrado una ampliación de derechos a partir de constantes movilizaciones populares, el neoliberalismo es una estrategia de inmovilización de estas luchas sociales, deslegitimando también políticas interventoras del Estado que permitieron una mayor inserción de poder de los trabajadores, y habilitaron por algún tiempo una mayor participación política y a mayor apropiación del excedente por esos sectores.

En ese contexto, los programas de “ajuste” auspiciados con obstinación por el Fondo Monetario Internacional, producen el beneplácito del gran poder

económico pero generan recesión, desempleo y una sensible caída en el nivel de vida de los sectores populares. Coincidiendo con Borón (2003), también son gravísimos los efectos más retardados y persistentes de estas políticas, que desprestigian a las democracias, ya que los sectores populares contemplan que bajo ese régimen sus demandas son desoídas, mientras que un reducido estrato empresarial se enriquece gracias a sus relaciones privilegiadas con el Estado.

Por ello, recuperando algunas cuestiones centrales propuestas por Tapia en “Política Salvaje” se evidencia que el neoliberalismo es el pensamiento y la acción de desmontaje de los escenarios de igualdad alcanzados en los procesos de democratización modernos. Lo neoliberal es la negación política del principio de igualdad posible o alcanzable en la sociedad, ya que “en esencia” somos iguales jurídicamente pero desiguales como competidores. En tanto la contingencia de la desigualdad se articula con una idea de individuo egoísta y calculador en competencia con los demás, se justifica una meritocracia desigual en la sociedad. Sólo se piensa la interacción individual a partir de la intersubjetividad instrumental. Y se quiere, así, que la política cumpla funciones diferentes al mercado, pero bajo su lógica.

Si tratamos otros de los rasgos de la actual reinstalación del neoliberalismo en la región y en especial los procesos de “cambio” en Argentina, se advierte que nos acercan características distintivas de la nueva versión de esta propuesta en su resignificación del relato sobre la relación de la política con la democracia.

Para citar alguna, se advierte que la negación de la dimensión antagónica impide la aceptación legítima de la pluralidad de perspectivas, sobre todo de las críticas, que enfrentan propuestas alternativas en los procesos democráticos, e impiden el “consenso”.

Por otra parte, los principios racionalistas-individualistas dificultan el reconocimiento y descalifican a los afectos y pasiones por proyectos que se juegan en la política y que habilitan la formación de identidades colectivas emancipatorias. Pretenden instalar una deficiencia que hace tiempo Mouffe destacaba en los países centrales: esto es que la referencia a la soberanía popular ha sido prácticamente eliminada en la concepción de la democracia.

En la democracia liberal siempre existió la tensión constitutiva entre Estado de derecho y Soberanía popular, habilitando ciertas preeminencias alternativas. Pero en las últimas décadas se consideró legítimo abolir la segunda, a partir de la hegemonía del Estado de Derecho y el liberalismo. Al suprimir, en los hechos, la soberanía popular, se pierde la convicción de que el pueblo puede modificar en alguna medida lo establecido. En ese marco el neoliberalismo elimina la existencia de un “nosotros” y un “ellos” y se suprime uno de los pilares de la democracia pluralista adversarial: los proce-

sos de disputa colectiva por construir márgenes mas amplios de igualdad. Por ello, la principal diferencia de la democracia liberal se sitúa en negar el valor democrático de la igualdad, en escenarios de pura competencia individual -meritocrática

En definitiva, puede interpretarse, según lo desarrollado hasta este punto, que el liberalismo-neoliberalismo no se articula positivamente con la democracia, en tanto fue una articulación contingente, sobre todo en el marco de la economía keynesiana, y en el presente pretende erradicar aquellos aspectos distintivos de soberanía popular: igualdad y participación

### **3. La tradición democrática “nacional popular”**

Luego de dar cuenta de la genealogía de la construcción liberal, si se atiende al discurso dominante actual de Cambiemos y se acepta que la construcción de identidades es relacional se advierte que “lo otro” de esta nueva versión del neoliberalismo que disputa su discurso es el populismo, considerado como “lo otro” que define su propio “nosotros”. La cuestión permite, así, orientarse a la articulación posible entre democracia y populismo.

Esto nos lleva a realizar una rápida revisión de la otra tradición constitutiva de la democracia en Argentina y la región. En este nuevo tramo también se intentará una interrelación entre teoría y procesos sociales, por lo que se propone una reflexión sobre las realidades regionales fuera de los marcos teóricos generados por las Ciencias Sociales de la tradición canónica de la racionalidad universalista liberal, hegemónica en los estudios de la democracia.

A esos fines, realizaremos un recorrido teórico heterogéneo, a partir de una recuperación intencionalmente ecléctica, cuestionable y polémica, de algunas dimensiones analíticas que consideramos necesario incluir como “instrumentos explicativos” para iniciar aproximaciones hacia la descripción-construcción de una de una “Democracia regional emancipatoria” ¿y populista?

Para ser consecuentes con esta propuesta, se recuperan selectivamente algunos de los más destacados aportes de la teoría democrática del siglo XX, en Latinoamérica y en los países centrales. En este último caso, se inicia el trayecto tomando algunos de los pocos análisis que se realizaron de su funcionamiento en escenarios periféricos, no sesgados por una universalización eurocéntrica.

Así, un antecedente importante fue la obra de Macpherson, un liberal radical, que planteó ya en el año 1966 que la democracia no debía ser identificada única y exclusivamente con la democracia occidental liberal sino que existían otras variantes como la democracia comunista y la de los países

subdesarrollados.<sup>2</sup> Esta última nos interesa particularmente, puesto que hace referencia a los Estados periféricos, categoría segunda la cual podemos analizar actualmente a los países de la región. El autor canadiense entiende que las construcciones democráticas del “tercer mundo” no se identifican con la liberal ni la marxista, por el contrario, parecen retrotraerse a la antigua noción inaugural de democracia que consistía en el gobierno de y para el pueblo oprimido, en el marco de la polis.

Desde esa perspectiva, la idea de democracia que surgió en estos países en el curso de sus luchas nacionales para liberarse del colonialismo y/o del imperialismo, se acerca a aquella concepción originaria más que cualquiera de las otras. Esto es así en tanto en estas democracias su construcción no ha sido masivamente resignificada por el individualismo de posesión del liberalismo, ni moldeada total y exactamente según el patrón de clases del marxismo. Así, en su constitución, se han opuesto y aceptado algunos elementos de las dos. Rechazan, mayoritariamente, la tendencia individualista de la democracia liberal, ya que en alguna medida la igualdad dentro de la comunidad es tan o más valorada que la libertad individual. Por otra parte, en cuanto a sus prácticas, las circunstancias de las luchas por su liberación favorecieron la aparición de partidos dominantes que representan a las mayorías populares. Así también, continuando con la línea de pensamiento del autor, en el escenario de estas democracias la conciencia política de los que la expresan se construye de modo nacionalista, pero en el sentido defensivo de emancipación no de expansión, y buscan representar la voluntad general, la cual pueden reclamar en muchos casos con justificación. En este sentido entiende Macpherson (1966) que a este experimento democrático basado en la participación popular “llamarlo democrático es poner el acento en los objetivos. Es utilizar como criterio de la democracia el logro de fines que comparte la gran masa del pueblo y que ésta sitúa por delante de los objetivos individuales” (Macpherson 1966: 44).

En definitiva, según el juicio de Macpherson, la legitimidad de este tipo de democracia no coincide con la liberal ni con la marxista. Sin embargo, según el autor, se apoya, al igual que el modelo marxista, en el análisis crítico del capitalismo, de la alienación humana y la deshumanización que este produce, proponiendo en lugar de la superación de clases, la idea de equidad social e igualdad del pueblo. Por otra parte, no rechaza totalmente la institucionalidad liberal, sino que la resignifica y excede sus estrechos sentidos fijados en las construcciones originarias del “primer mundo”, en tanto no centra su atención en las instituciones y la participación ciudadana individual, sino en la movi-

---

<sup>2</sup> Macpherson C. (1966) “La realidad Democrática. Liberalismo .Socialismo .Tercer Mundo”,Oxford University Press.



lización colectiva que legitima las acciones políticas transformadoras en el lugar democrático constitutivo de la soberanía popular.

A pesar de las diferencias epocales que permiten entender algunas variaciones en los términos de la argumentación con respecto a los que predominan en los debates actuales, (ya que las referencias de Macpherson se dirigen a las democracias “nacional populares” de los años cuarenta y cincuenta)<sup>3</sup> la descripción de la democracia planteada, se entiende como un antecedente analítico no eurocéntrico de las democracias regionales, al caracterizar la peculiaridad de sus rasgos particulares. Esta tradición es recuperada en las actuales teorizaciones sobre los procesos políticos surgidos luego de las crisis neoliberales en la región a comienzos del nuevo siglo que introducen una propuesta post-liberal de democracia.

Así como explicamos en el marco de la otra tradición las características de las democracias de la transición y en los 90, ésta se recupera luego de la profunda crisis del 2001, cuando nuevos gobiernos sustituyen a las democracias liberales emergentes en Latinoamérica, en los inicios de la transición, en un escenario anterior en la cual, las opciones regionales no se pensaban ya como en los setenta entre capitalismo o socialismo, sino entre autoritarismo y democracia.

Por ello, en Argentina, la recuperación de los ideales de emancipación e igualdad formulados en clave revolucionaria en los 70 no podían ser aplicados a la construcción democrática, en tanto se consideraban tradiciones autoritarias sepultadas que no contaban para esta nueva instancia. Así, quedaron invisibilizados en los 80 y 90, pero fueron recuperados por el Kirchnerismo, en una interpretación superadora y performativa, entre la ruptura necesaria para cualquier transformación y la estabilidad necesaria para el sostenimiento de cualquier orden, en un escenario signado ya por otras formas democráticas.

Frente a la emergencia de un discurso de este tipo, potencialmente emancipatorio, se advierte cómo desde sus inicios y actualmente en la región, las perspectivas políticas “liberal-republicanas” ya analizadas, muy expandidas por los medios de comunicación, recuperan elementos del significado puramente liberal-institucional de la democracia para descalificar activas formas colectivas de movilización y participación que pretenden, en nombre

---

<sup>3</sup> El populismo señala una vertiente fundamental de la tradición democrática en la región. Dicha tradición desarrolló su identidad política, en gran parte, en oposición a los regímenes democrático-liberales que imperaron según lo construyeron los órdenes oligárquicos. Liberalismo y democracia estaban imbrincados en una relación tensa y conflictiva en la región. La imposición del ideal democrático populista debe ser vista como un emergente de dicha peculiar dialéctica entre liberalismo y democracia-marxismo

de la soberanía popular, transformar los marcos institucionales de esa democracia legal-liberal, en tanto son vistas como amenazantes.

Esto permite dar cuenta de dos conceptos insustituibles de esta otra tradición democrática: inerradicabilidad del conflicto y modelo adversarial.

Según los marcos analíticos de Mouffe (2009), los términos claves del discurso neoliberal ya mencionado al final de la anterior aproximación, son “buena gobernanza” frente a “democracia partisana”. Por ello, su propuesta de democracia conflictual-adversarial, en la que el conflicto surge como constitutivo de la política y de la necesidad de producir transformaciones al orden existente, es considerada como algo que debe evitarse, y en su lugar se recomienda una democracia consensual completamente “despolitizada” que permite el mantenimiento y conservación del el “status quo”. Esto es así porque existe una negación del conflicto como constitutivo de la realidad social y política y como tal, si damos cuenta de esta ontología en nuestro actuar democrático, las posibilidades de transformación del orden social son amplísimas en cuanto a la superación del único orden “racional universalmente posible”.

Así, es claro que lo que está en juego en la lucha agonista es la configuración misma de las relaciones de poder que estructuran una sociedad. Por ello, es una lucha entre proyectos hegemónicos, que nunca pueden reconciliarse de un modo racional, pero que se desarrollan bajo condiciones reguladas por un conjunto de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios. Cabe destacar que todos los discursos y las políticas adoptadas por los gobiernos “de izquierda” en Latinoamérica reflejan esta situación, rechazan el pretendido “consenso liberal”, lo que les permite adoptar una identidad común que comparte un fuerte rechazo al neoliberalismo. La ruptura no sólo tiene un sentido económico sino también político, implica romper con el orden anterior (Panizza 2008), y aquí radica la definición del adversario político.

Luego de la crisis del neoliberalismo de los noventa en la región, que hizo estallar la viabilidad de una democracia “consensual” de gestión del mercado, se advierte la posibilidad de otras alternativas transformadoras de lo “inevitable” que profundizan la radicalización de la democracia, la participación colectiva e intercultural a partir de la militancia y la movilización. Por otra parte, la movilización requiere de politización, la cual no puede existir sin la producción de una representación conflictiva del mundo que incluya campos opuestos que permiten una identificación colectiva entre excluyentes y excluidos.

Estas identidades colectivas y su lucha por superar la exclusión habilitan que las pasiones se movilicen políticamente dentro del espectro de procesos democráticos.

El consenso sólo se requiere respecto a las instituciones democráticas, aunque siempre se puede polemizar sobre su valores fundantes, porque estas

no son neutras, es decir, tienen fundamentos ideológico-políticos y no son solamente marcos institucionales. Por consiguiente, es claro que siempre existirá también desacuerdo en lo referente a sus sentidos y al modo en que deberían ser implementadas. Y en una democracia pluralista esos desacuerdos no sólo son legítimos, sino también necesarios.

Por ello, no se puede ignorar en la Argentina la dimensión antagonica de “lo político” y pensar que la política pueda reducirse a un conjunto de procedimientos técnicos y neutrales, ya que esta formulación sostiene implícitamente que la democracia liberal es la única solución racional universalmente aceptable para organizar la convivencia social. Esto nos permite también incluir dos dimensiones analíticas en la praxis de esta otra tradición democrática: igualdad y participación

En este marco regional resulta relevante y muy pertinente recuperar una muy interesante interpretación de la democracia realizada por Luis Tapia (2009) quien sostiene que la noción de democracia se ha modificado a través de las distintas épocas, de las sociedades y los países, en tanto entiende que la vida política tiene que ser pensada en su historicidad y en esta condición se requiere ir modificando el modo de conceptualización

Ese marco, nos habilita a reflexionar que para articular propuestas democráticas propias de la región es necesaria una revisión de la estructura conceptual de las definiciones de democracia instauradas hegemónicamente desde el pensamiento norteamericano, en tanto sirven como discurso de legitimación de un solo tipo de democracia: la liberal. En particular, se destaca la relevancia de este ejercicio de reflexión regional en el período que abarca desde las transiciones democráticas regionales de fines del siglo pasado, a los nuevos gobiernos instaurados a comienzos del presente siglo. Esto es así en cuanto Tapia (2009) da cuenta con gran solvencia argumentativa cómo la mayoría de las transiciones, si bien restituyeron los derechos políticos que permitieron la renovación de los regímenes políticos y la selección de los nuevos gobernantes, estuvieron acompañadas de procesos de privatización y creciente control transnacional de las economías nacionales, y han producido resultados que tienen como efecto una mayor desigualdad en cada uno de los países y en toda la región. En definitiva, siguiendo a Tapia (2009) estas transiciones tuvieron como resultado en el conjunto del continente “la desarticulación de la soberanía política o de las condiciones materiales que la soportaban, o hacían posible, el grado y el tipo de soberanía política que se ejercían en los distintos países como producto de los procesos de construcción de estado-nación y, en algunos lugares, de construcción de instituciones democratizantes del Estado”. Esto ha tenido consecuencias negativas, ya que reduce las posibilidades de autogobierno y, como consecuencia, también reduce la posibilidad de políticas tendientes a la igualdad.

Por ello, para revertir estos efectos, se requiere una revisión de la estructura conceptual de las democracias instaladas en la transición.

Siguiendo las teorías liberal-poliárquicas, en especial la propuesta de Dahl, definen la democracia como un método de selección de gobernantes y un conjunto de instituciones jurídicas que constituyen las condiciones de posibilidad de la misma. Así, se explica la democracia sólo por una parte de la misma: por su método y sus condiciones de implementación, quedando sin teorizar el proceso de gobierno -en el caso de la democracia es el autogobierno con todas sus implicancias transformadoras- que sólo en algunos casos se referencia en la democracia liberal y de una manera débil, por mecanismos de representación.

Sin embargo, según el autor, este es definitorio de la democracia, de allí la importancia de la participación. Y en la reconceptualización de la misma, es un rasgo que debe ser acompañado por otro con el que constituirían el núcleo central de la definición de la democracia: la igualdad. Esta tampoco forma parte del núcleo central de la democracia liberal, salvo en su versión más débil que es la igualdad de derechos para participar de la selección de representantes. Así, una definición alternativa a la democracia liberal implicaría sostener que la democracia es una forma de autogobierno entre sujetos políticos iguales, que tienen la finalidad de ampliar áreas de igualdad socioeconómica y participación ciudadana.

Finalmente, entendemos que esta propuesta, específicamente anclada en la tradición regional, ha construido su implementación a través de diferentes experiencias democráticas regionales, que se orientan en este imaginario, continuando la tradición de igualdad y participación de los movimientos indígenas, campesinos y en general los nacional -populares analizados por Macpherson (1966).

El pensamiento de Tapia (2009) y su articulación con las expresiones democráticas regionales, constituye una imprescindible referencia, en tanto da cuenta que los análisis más sustantivos y con mayor capacidad explicativa en la Ciencia Política emergen de la implicación de espacio y tiempo. Estos marcos analíticos nos permiten comprender cómo se han configurado formas políticas en determinados tiempos históricos y territorios. Así, se fortalece la emergencia de un rasgo central para la región y para cada uno de los Estados que la componen: la constitución legítima de la diversidad. Por ello, resulta posible y necesario analizar fundadamente la democracia regional, en su contexto, en sus tradiciones y prácticas y en sus distintas manifestaciones.

Así, frente a las democracias latinoamericanas versión 80-90, gerenciadoras del mercado y asentadas en la idea del consenso y la negación del conflicto propias del modelo neoliberal, las democracias representativas de “la nueva izquierda latinoamericana”, surgidas a modo de respuesta a las crisis de inicio

del siglo XX, vuelven a recuperar las perspectivas emancipadoras y populares. Así también retoman ese vínculo originario y lejano que -como lo entendía Macpherson- (1966) vincula estas democracias a su construcción original.

Entonces, se requiere comprender que el escenario de variadas prácticas y tradiciones de constitución de una democracia “legítima” en la región es diferente al de los países centrales por su distinta construcción histórica, ya que la adhesión a la democracia de los sectores populares se produce en gran medida porque habilita a la participación para la ampliación de derechos y la búsqueda de igualdad socioeconómica en sociedades dependientes e inequitativas. Desde esta mirada, en el presente, se han generado experiencias y prácticas acompañadas por un conjunto de formulaciones teóricas que fundamentan una construcción alternativa, a la liberal tradicional aunque con distintas expresiones. Por ello, es preciso dar cuenta de otra de las características de esta tradición democrática: la construcción contingente de los gobiernos de “la nueva izquierda”.

En la búsqueda de apuntalar el reconocimiento de legitimidad de las democracias regionales, resulta pertinente reiterar el análisis de algunas dimensiones de los procesos latinoamericanos, signados por democracias participativas o militantes como en Argentina, con marcos conceptuales específicos de la región y diferentes a los clásicas dimensiones analíticas de los países centrales, pero no con menor potencial explicativo. Puede tomarse como base de los procesos regionales la adopción de dos presupuestos particularmente representativos: que se dió un giro a la izquierda en nuestro continente, y que cada vez es menos claro qué se entiende por izquierda. (Arditi 2009) En ese marco, indagando el sentido político de estas *nuevas izquierdas*, se advierte que no están apegadas al pensamiento político marxista, sino que resignifican las concepciones de igualdad, solidaridad y crítica al status quo, como dependientes del contexto y no como un conjunto de consignas ideológicas: coexisten con la propiedad privada y el mercado, aunque desafían a la ortodoxia neoliberal como la única racionalidad económica posible. Y aunque la democracia electoral integre el imaginario de estas nuevas izquierdas, también proponen la experimentación con formatos posliberales de participación política (Arditi 2009).

Pero si se quiere desentrañar sus características, sostener que la izquierda busca cambiar el orden existente y está orientada a impulsar la igualdad y la solidaridad, no basta para producir una definición. Esto es así porque el significado de estos términos está desligado de un determinado contenido universal: en la región es un efecto contingente de polémicas entre actores políticos enmarcados en específicos contextos. Aunque en las izquierdas latinoamericanas estos rasgos son definitorios, su configuración es contingente y pueden ser caracterizados a partir de la pretensión de cambio del orden

vigente y en el momento de su emergencia y de quiebre histórico con el Gran Otro, el adversario: el neoliberalismo. Aunque hay ideología en el momento de fractura (el momento populista), es de destacar la pretensión de quiebre y definición del adversario para comenzar a articular la identidad del nosotros. Luego deviene el proyecto ideológico “de izquierda”, que toma para sí ciertas banderas postergadas y de aquellos grupos desfavorecidos y excluidos según las condiciones de cada país.

Por ello, aunque se sostienen valores que pertenecen a las tradiciones de izquierda, carecen de existencia política fuera de los casos de desacuerdo o polémica donde se hace referencia a su efectiva defensa en el marco de fuerzas antagónicas que representan proyectos políticos alternativos. Así, la identidad de estas agrupaciones se va modificando de acuerdo con los aciertos y fracasos de sus proyectos, los distintos adversarios con los que se enfrentan y las representaciones que hacen de sí mismos. En definitiva, representan una ruptura del “consenso” postulado por el “republicanismo liberal”. Por otra parte, la contingencia de los adversarios no excluye un proyecto ideológico en función del cual se define quién va ser —y quién no— definido como adversario político. A pesar de estas “limitaciones”, parece constatarse en la región que la narrativa de izquierda se ha constituido en un importante eje del conflicto político.

En todos los países, la desigualdad y la discriminación han pasado a ocupar un lugar central en la agenda pública. Es evidente el contenido socioeconómico del significado de la democracia que no se evidencia de la misma manera en otros lugares.

Coincidiendo con Arditi (2009) esta resignificación del conflicto político nos permite interpretar que el giro a la izquierda de Latinoamérica aún cuando en muchos casos fracase, ya ha logrado dos cosas: 1- haber vuelto a colocar la discusión de la igualdad, la redistribución y la inclusión en la agenda pública y 2- abrir el camino al crecimiento económico con equidad. Este reacomodamiento tiene una visión de continuidad, más allá de los éxitos electorales de estos gobiernos, tanto es así que obliga a ser esgrimido, por lo menos en apariencia, como fundamento de las políticas de “los otros”.

A diferencia del marxismo tradicional, esta izquierda tiende a exigir la igualdad y dar respuestas a las demandas redistributivas, sin necesariamente abolir el capitalismo. En este caso, en su dimensión político-institucional, se trata más de un post liberalismo que de un anti liberalismo, porque remite a algo que no puede ser contenido en la forma liberal .

Hay fenómenos y temas que ocurren en los bordes del liberalismo y su status es difícil de precisar. Además, indican que la democracia no se agota en su encarnación liberal, como ya lo había percibido Macpherson (1968). Así, entendemos que Arditi lleva la tesis del post –liberalismo más allá de la propia argumentación de Macpherson (1968) y propone una imagen de un pensa-

miento político que incluye, pero a la vez rebasa, su formato electoral. Así, se insiste en que se debe usar el Estado para promover una agenda progresista e impulsar nuevas formas de hacer política. Pero a diferencia del consumismo y la pasividad ciudadana del desarrollismo bienestarista, la recuperación del Estado para limitar el capitalismo y promover mayor equidad va acompañada por gran parte de la población con un compromiso de participación política y de militancia, con una identificación en la construcción colectiva de un proyecto. Como ya se ha planteado, es lo que caracteriza el “reencantamiento de la política” que se advierte en ciertos sectores, en las democracias post-liberales de la región.

En América latina, y en Argentina en particular, los que lucharon contra el neoliberalismo y pugnaron por la instauración de democracias alternativas encarnaron un re-encantamiento de la política, que radica en la fuerza movilizadora de una promesa de algo por venir. Estas acciones, además de conflictos por el reconocimiento y la distribución en el sentido habitual, fueron más que eso, pues se produjeron asociados a procesos de subjetivación política. Es decir, se orientaron a la búsqueda de desclasificación del lugar que había sido asignado por otros y, por otra parte, formularon un reclamo por la identificación con un nombre que aún no resulta ser un nombre válido aplicable a la situación en el orden existente (Ranciere 1996). Así, el proceso de subjetivación no consiste sólo en reafirmar una identidad, sino en rechazar la impuesta por otro (Rancière 1996). Si se trata de partes que no son partes, significa que sólo podrán serlo si pueden generar una re-partición del mundo-comunidad. La democracia valoriza una práctica de choque, que hace entrar en escena otra relación de lo sensible y lo deible. La política se sitúa en el conjunto de actos que deshacen las divisiones sensibles del orden policial y reconfiguran los espacios donde se definen las partes y su ausencia. La política genera una multiplicación de esas operaciones de sustitución que permiten la creación de lo común, que a su vez implica disenso.

Hay en estos proyectos un desacuerdo con el orden existente. Por una parte, los nuevos gobiernos de izquierda han generado una efervescencia entre quienes han sido excluidos por ser pobres, indígenas, mujeres, jóvenes o afrodescendientes. En ese marco, la construcción post-liberal permite el re-encantamiento de la política, en tanto funciona como medio para generar sentido de pertenencia de tantas partes que no estaban incluidas en la pura representación y aspiran a múltiples canales de consulta, participación y diálogo, en tanto las elecciones y la ciudadanía electoral, no tienen que ser vistas como la jaula de hierro de la participación democrática. Sin embargo, esta fuerza instituyente-transformadora necesita conciliar su percepción de opciones post-liberales con una reticencia a cuestionar la democracia representativa. Esta nueva realidad significa que América Latina, aunque respetando la institucionalidad electoral, también está altamente movilizadora. Pero la movilización es no



convencional: estos grupos están interesados en el destino de su sociedades “Pero están negando las formas tradicionales de hacer las cosas, inventando nuevas maneras de expresarse” (Latinbarometro 2008 citado en Ardití 2009).

En Argentina, como en otros países de la región, la democracia iniciada en el 2003 rescató la la relación entre política y emancipación, entre política y memoria popular, entre política y sueño igualitario, propia de la tradición latinoamericana, y sobre todo desnudó frente al discurso consensualista liberal que la democracia en la región es inescindible de la dimensión política del conflicto. Esto sucede cuando la democracia es pensada a partir del pueblo lanzado a la esfera pública para asumir la lucha por sus derechos y exigencias, y no se limita a la expresión del consensualismo liberal-republicano como objetivo final de una democracia orientada al culto de la institucionalización y las “formas”, que termina constituyéndose en la gestión de la economía global (Forster 2013).

En este marco, entendemos que en Argentina, a partir de la asunción de Nestor Kirchner como presidente y la implementación de otros discursos y decisiones, se produce un re-encantamiento con la política y el compromiso político, resignificado a la nueva época democrática. Entendemos también que más allá de los aciertos y los errores, de las marchas y contramarchas, de los triunfos y los fracasos, esta nueva forma de compromiso y construcción democrática es la que expresa las mayores y mejores posibilidades de democratización en Argentina. Ya que constituyó un escenario en el cual la emancipación toma a la igualdad como una presunción que sirve de base a su propia práctica, permite deshacer la materialidad de los órdenes jerárquicos establecidos, interfiriendo la división de las identidades, las fronteras de clases y saberes.

A pesar de los avances de la derecha en la región, las huellas de la construcción post-liberal, realizada por los gobiernos de comienzos de siglo, continúan funcionando como un medio para generar sentido de pertenencia a aquellas partes que no estaban incluidas en la representación.

Coincidiendo con Rancière, la democracia es la acción que arranca constantemente a los gobiernos oligárquicos su monopolio de la vida pública. Las acciones de quienes luchan por la restauración emancipatoria en la región a inicios de este siglo coinciden notablemente con esta descripción. Finalmente, resta vincular esta tradición emancipatoria democrática con el populismo. En esto se centrará la última parte del trabajo.

#### **4. Democracia y populismo**

El populismo, en la conciencia de sentido común de grandes sectores sociales posee, una mayoritaria connotación negativa. Los medios de comunicación



hegemónicos que responden al “republicanismo liberal” lo vinculan a una falta de cultura cívica, y una relación políticamente demagógica.

Recuperando algunos aportes teóricos tradicionales, se advierte que en la Argentina tanto la perspectiva funcionalista expresada por Gino Germani (1956-78) como la de Torcuato Di Tella (1965-2003) lo consideran como una anomalía del paso de una sociedad tradicional a una moderna, con élites desplazadas y masas en disponibilidad, en un escenario contrario al status quo que en definitiva daña los supuestos básicos del funcionamiento de la democracia liberal- representativa. Por otra parte, la perspectiva histórica- descriptiva de Murnis y Portantiero (1971) lo considera como un cierto producto de alianza de clases vinculado a un período histórico de desarrollo y redistribución. Así también se pueden citar a Cavarozzi y O’Donell, que lo piensan como un fenómeno circunstancial restringido a determinada situación de desarrollo modernizador. No nos detendremos a ahondar en estas discusiones que no interesan a nuestra indagación, por lo que se decidió trabajar con autores que vinculan el populismo a la democracia y la representación, aunque de diferentes maneras.

Margaret Canovan (1999) propone una definición de populismo que comparte con Worsley (1969) en la cual se sostiene el argumento según el cual la constitución de identidades populares es central en el populismo y que éste en las sociedades democráticas “es entendido como una apelación al pueblo contra la estructura de poder y los valores dominantes de la sociedad”. Así la apelación a la soberanía popular es parte de la democracia, y cuando se la limita explota en su apelación populista. Esto coincide con el pensamiento de Mouffe (2009), para quien aquellos que consideran que la política puede ser reducida a motivaciones individuales intereses personales, no advierten, -como sí lo hacen los populistas-, que la política consiste siempre en la creación de un “nosotros” y un “ellos”.

También coincidiendo con la politóloga belga cabe destacar que para entender el populismo al interior de la democracia, es necesario dar cuenta del fracaso, en las construcciones políticas tradicionales, de la teoría política liberal al absolutizar los principios racionalistas –individualistas, así como su negativa e incapacidad para comprender el rol central de las pasiones en la constitución de las identidades colectivas. A lo que debe agregarse como característica de la democracia liberal, el abandono de la apelación a la soberanía popular. Así, el populismo surge al interior de la democracia convocado por los déficits de participación y representación.

En esa misma línea, Biglieri-Pereló (2007) recuerdan que Worsley (1970) liga el concepto de populismo a la cuestión de la democracia, pero desprendiéndose del supuesto que aquel es una amenaza para ésta. Frente a la discusión sobre las imprecisiones del término populista, se entiende que Worsley propone rescatar la dimensión participativa del populismo, que es un aspecto

mantenido en desuso por la democracia liberal, restringiéndolo sólo a los canales institucionales. El populismo, por el contrario, recupera la idea de participación más allá de su aspecto procedimental. En definitiva, el análisis de Worsley habilita a considerar que el populismo, en su dimensión participativa, permite superar los límites formales de la tradición estrictamente formal en relación a la democracia. Aunque no se puede vincular de manera definitiva democracia-populismo es claro que aporta una dimensión que permite superar los límites de una visión puramente institucionalista.

Desarrollando con mayor detenimiento el pensamiento de Canovan (1999) se advierten con más claridad las coincidencias con Worsley, aunque desde otros supuestos. Inicia su argumentación retomando conceptos de Oakeshott (1998) quien sostiene que existen dos estilos de la política: el de la fe y el del escepticismo.

Canovan deja de lado la ideología y el contenido de las políticas populistas y analiza el fenómeno en relación a la democracia. Así, hace mención, recuperando los conceptos de Oakeshott, a dos caras de la democracia: la cara redentora (la política de la fe) y la cara pragmática (la política del escepticismo). Entiende que la democracia tiene ambas caras, éstas no existen de manera independiente y no hay posibilidad de reconciliación entre ellas. Por una parte la democracia moderna tiene una cara redentora que promete un mundo mejor a través del pueblo soberano, pero también desde la visión pragmática se propone resolver pacíficamente los conflictos a través de reglas. Por otra parte, la noción redentora reivindica el poder popular como eje de toda democracia, y la promesa de soberanía popular facilita la formación de identidades colectivas que pueden llegar a influir en la toma de decisiones. En cambio, la cara pragmática necesita que el poder se haga efectivo a través de instituciones y procedimientos.

En determinadas circunstancias, esa última necesita el resurgimiento de la fe para su renovación, aunque ambas deben coexistir en una especie de concordia-discordia. Pero cuando se abre una brecha entre el ideal del poder del pueblo y el desempeño real de las democracias existentes, que es constitutiva de las democracias modernas, es el escenario en el que emerge el populismo. No hay entonces una relación de exterioridad entre democracia y populismo, sino que puede ser pensado como una dimensión interna de las democracias modernas, como una respuesta al exceso de pragmatismo. El populismo es una sombra proyectada sobre el componente liberal de las democracias modernas, siendo una posibilidad interna de la democracia.

También, a los fines de dar cuenta de la relación populismo y democracia, se analiza la posición de Ardití, que difiere en parte de los supuestos analíticos anteriores, pero concluye casi en la misma línea que los autores citados.

Por una parte, al igual que los enfoques anteriormente desarrollados, entiende que no hay una relación de exterioridad pura entre democracia y populismo como los sostienen los críticos conservadores. Sin embargo, es posible admitir en el análisis de Ardití que esta relación es contingente, presentándose tres modalidades de relacionamiento.

Así, hay una primera modalidad de relacionamiento populismo-democracia de clara e incuestionable interioridad. La actual “democracia de audiencias”, según la categorización de Manin (2001), es una etapa en que las emociones y los alineamientos identitarios son importantes en el funcionamiento de las democracias. También resulta relevante que exista una relación de personalización entre candidatos y electores, tornándose los partidos en instrumentos del liderazgo de los candidatos, lo cual se aproxima a una relación cara a cara. Por otra parte, también la acción gubernamental se ha expandido y complejizado, exigiendo por parte de los ejecutivos una rápida decisión sobre un considerable número de temas. Por ello, Manin entiende que hoy se requiere lo que Locke había denominado “poder de prerrogativa”, es decir, un cierto margen de discrecionalidad de los gobernantes, por tanto adquiere especial importancia la confianza personal en los candidatos.

Esto refuerza la tesis de interioridad del populismo y la democracia, ya que en la política cotidiana de las democracias actuales impera un modo de representación populista que entrelaza el tradicional “actuar por otros” y la “autorización”, con un fuerte rol de la imagería simbólica. Por otra parte, es claro que los sectores progresistas ven con buenos ojos el populismo Latinoamericano, por su posición anti-imperialista y su rol de vehiculizador de la inclusión de los desposeídos y de ampliación de derechos en la agenda pública. En definitiva, concebido a nivel de régimen político en determinados contextos regionales (como el latinoamericano) y dadas las características de las democracias contemporáneas, es cada vez más difícil ver al populismo como un “afuera” de las políticas democráticas.

En la segunda modalidad, Ardití corre la relación populismo-democracia del lugar institucional del régimen político al del imaginario democrático de la política moderna y lo considera como un síntoma de la democracia. En una básica aproximación al psicoanálisis, es posible sostener que es un retorno de lo reprimido. Así, Ardití entiende el populismo como síntoma o periferia interna, refiriéndose a los fenómenos que aparecen en las regiones más turbulentas de la democracia y que son rechazadas por aquellos que sólo la entienden en un sentido procedimental. Sin embargo, el autor asume que el populismo como síntoma funciona como un elemento paradójico que pertenece a la democracia (como debate público y participación) a la vez que impide que ésta se cierre como un orden político puramente domesticado y normalizado dentro de procedimientos establecidos y marcos institucionales. Así, el

“ruido populista” describe una práctica en la cual el pueblo se niega a aceptar el lugar asignado de subalterno para montar el desacuerdo en sentido de Rancière (1996), cuando emerge la política irrumpiendo en el orden de policía “domesticado-normalizado” y convoca al pueblo a desafiar la partición de lo sensible. Es el escándalo que trae la democracia, irrumpiendo para desmontar el cierre de la partición de lo sensible como puro elitismo, pudiendo torcer así el orden de policía (Rancière 1996).

Esta es una manera de plantear la redención en los términos de Canovan (1999), incluso a expensas de las interpretaciones más cerradas y conservadoras del Estado de Derecho. O sea que puede funcionar como promesa de redención, perturbando el orden normalizado de un Estado de Derecho conservador y extender el alcance de la participación que impugne el marco “normalizado” de la política institucional. Es la promesa democrática de la “voluntad popular” que ocurre en los márgenes más ásperos pero más inclusivos del imaginario democrático.

Por último, la tercera modalidad de relacionamiento populista es propuesta por Arditi (2010) como antitética o contraria a la democracia. Esto se produce cuando predomina el supuesto de infalibilidad del líder, cuando el control verticalista anula toda expresión autónoma de la voluntad popular, cuando se pierde todo amarre institucional de la soberanía popular. Esto es, cuando la visión redentora de la política arrasa con todo marco insitucional, entonces el populismo es opuesto a la democracia (se debe aclarar que esto también sería una anomalía del populismo, por lo menos en el sentido de Laclau).

Finalmente se propone un análisis de democracia y populismo desde la mirada de Boaventura de Sousa Santos, si bien esta claro que el tema del populismo no ha sido central en los debates y propuestas del autor. Su concepción del populismo mantiene algunas consideraciones tradicionales, pero también habilita la posibilidad de otras interpretaciones de su obra sobre dicho tema.

Boaventura de Sousa Santos considera que el populismo implica una construcción de subjetividades y formas de acción política contrarias a las mediaciones de la democracia liberal representativa. También entiendo que desde ese lugar se presenta como insuficiente para una distinción determinante de la oposición entre izquierda y derecha. Por otra parte, la constitución clara de sus enemigos radicaliza su voluntad política transformadora contra el *status quo* y permite una clara distinción entre el “nosotros” y el “ellos”.

Según el cientista social portugués, el populismo tiende a privilegiar la participación frente a la representación, con una vocación antielitista, aunque a veces delega en un líder un proyecto y las esperanzas de transformación emancipatoria, construida y compartida con movilizaciones masivas intensas.

Entiende que el populismo es una idea política que involucra múltiples antigüedades (Boaventura de Sousa Santos 2016). La primera de ellas es una noción de pueblo, que ya desde la Revolución Francesa designa la parte oprimida de la sociedad como al conjunto de clases y grupos. La segunda ambigüedad, según el autor, radica en que la vocación antisistema que anima al populismo puede ser asumida por partidos políticos que no pueden existir fuera del sistema. La tercera ambigüedad consiste en que la polaridad entre izquierda y derecha a veces expulsada por el populismo se restablece en forma de populismos de derecha e izquierda.

Finalmente, entiende que la relación entre populismo y democracia también es ambigua, ya que si por un lado la convocatoria a la participación y por lo tanto la democratización de la democracia resulta positiva, por el otro, esta intensificación de la participación puede tener objetivos antidemocráticos (Por ej. la exclusión de los inmigrantes, como se da en algunos populismos europeos).

En definitiva, entiende que el populismo, como puede tener diferentes valores e ideologías, es un dispositivo político cuyo uso beneficia a quienes logran el poder político (es decir la hegemonía) para definir ideológicamente una determinada realidad política.

Lo interesante del análisis del autor portugués es que advierte que cuando la derecha es declarada populista no le produce mayores daños e incluso puede resultar beneficiada. Pero cuando la izquierda es declarada populista, el objetivo es retirarle legitimidad democrática para proponer una alternativa creíble al neoliberalismo. Esto permite interpretar que el populismo democrático y transformador es el verdadero objetivo de crítica del neoliberalismo, porque constituye un potencial democrático emancipador, mientras el otro es funcional a sus fines.

Por ello, entendemos que en una interpretación del autor, se podría pensar la institución del populismo dependiendo del contexto de emergencia. Así, el populismo de izquierda fortalece la voluntad emancipatoria de la soberanía popular (este es el caso de países periféricos, en especial latinoamericanos).

Pero en su versión europea de derecha se pronuncia por políticas de austeridad, anti populares y expulsiva de los inmigrantes, por ello en ese contexto el populismo se transforma en enemigo de la democracia. En un escenario en el cual el populismo instituye su sentido dependiendo de su contexto, nos perturba el interrogante de si no se están presentando las condiciones para que los populismos de derecha se extiendan en latinoamérica.

Es ese populismo de derecha el que rechaza Boaventura de Sousa Santos, así coincidiría con Mouffe que es necesario que la izquierda se apropie del populismo, ya que es un modo de hacer política y no una ideología. Es usado

para descalificar cuando estos populismos buscan una emancipación apoyada en la soberanía popular que han abandonado los partidos demo-liberales. Así, se entiende cómo en Europa cuando esto se intenta -como en el caso de Podemos en España-, sufre el rechazo de los partidos tradicionales, aún de izquierda, que descalifican esta nueva forma de construcción política. Lo que se rechaza es la apertura a las identidades colectivas y los afectos en la política por parte de las propuestas tradicionales de “izquierda”, lo que recorta su capacidad transformadora en un momento en que los valores en crisis del liberalismo-neoliberalismo son reevaluados a partir de un modo populista de hacer política.

Revisando atentamente los análisis que vinculan democracia y populismo, podría entenderse que el este último es interior y refuerza la democracia, si lo entendemos en sentido de los análisis para los que no existe relación de exterioridad entre populismo y democracia. Y en una interpretación tradicional sobre la “ambigüedad del populismo” o su oposición a la institucionalidad democrática, sólo adquiriría un sentido opuesto a ésta en el tercer supuesto planteado por Ardití (cuestionado también en el populismo al modo de Laclau) y en los posibles populismos de derecha que logran adeptos, por la resistencia de la izquierda a aceptar estas dimensiones afectivas y de identidades colectivas que emergen en la actualidad en los procesos políticos.

Por ello, es posible reconocer rotunda y ampliamente en todas sus dimensiones que el populismo en Latinoamérica enriquece y fortalece la tradición “nacional popular” en la región, la cual es la única realización democrática que permite cumplir los ideales de igualdad, soberanía popular y participación. Incluso es posible vincular el populismo en su interrelación con la política democrática de Ranciére, en tanto toma una posición como la “promoción de la parte de los sin parte”, la irrupción de los excluidos que destruye cualquier orden “legítimo” basado en el nacionalismo, la capacidad o la ley divina.

Coincidiendo con Barros, la vinculación con la filosofía rancieriana esta dada ya que “*sería una forma específica de ruptura de la institucionalidad vigente a través del planteamiento de un conflicto por la inclusión de una parte irrepresentable dentro de esa institucionalidad*” (Barros 2005.8).

## **Bibliografía**

- Arditi, B. (2009, setembro-dezembro). “El giro a la izquierda en América Latina: una política post-liberal”. *Ciencias Sociais Unisinos*, vol. 45, nro. 3.
- Arditi, B. (2009). *La Política en los bordes del Liberalismo*. México: Gedisa.
- Barros Sebastián (2005) “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista” Córdoba Congreso de Ciencia Política.

- Bonetto, Ma. S. y Garay Reyna, Z. (2013, julio-diciembre). “Recuperación del pensamiento social Latinoamericano en la construcción de una reflexión crítica”. *Revista Estudios*, nro. 30, pp. 53-68. Recuperado de: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/7395/8487>.
- Borón, A. (2003). “La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas”. En *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* (pp. 227-262). Buenos Aires: CLACSO.
- Boron, A. (2008). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*. Córdoba: Espartaco.
- Borón, A. (2006, octubre). Entrevista. *Revista SAAP*.
- Canovan Margaret “Trust the people. Populism an the two faces of Democracy en “Political Studies Vol XLVII pagq 2-16.
- Castorina, E. (2007). “Transición democrática-transición neoliberal”. En *La dinámica de la democracia. Representación instituciones y ciudadanía en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Casullo, N. (2007). *Las cuestiones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cavarozzi Marcelo 1994) “Populismos y partidos de clase media” en Vilas Carlos comp. *La democratización fundamental. El populismo en America Latina*. Mexico. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- De Otto, A. (2009). “Teorías fuertes. Frantz Fanon y la descolonización como política”. En *La teoría política en la encrucijada decolonial*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- De Sousa Santos, B. (2006). *Renovar la Teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: CLACSO.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectiva desde una epistemología del Sur*. Quito: Abya-Yala.
- De Sousa Santos B. (2016) *La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea*. España Akal. S.A.
- Di Tella Torcuato (1969) “Populismo y reforma en America Latina” en Claudio Veliz Comp. *Obstaculos para la reforma en America Latina*.
- Escobar, A. (1998). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Dos Santos, T. (2003). *La Teoría de la dependencia. Balances y perspectivas*. Buenos Aires: Edit. Plaza Janes.
- Fanon, F. (1974). *Dialéctica de la Liberación*. Buenos Aires: Pirata.
- Fanon, F. (1974). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Schapire.



- Fanon, F. (1994). *Los condenados de la Tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Forster, R. (2013). *La anomalía Kirchnerista. Lo Político, el conflicto y la Invención democrática*. Buenos Aires: Planeta.
- Gendzier, I. (1995). *Development against Democracy. Manipulating political change*. Hampton C. T. The Tyrone Press.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires. F.C.E.
- Lechner, N. (1995). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Macpherson, C. B. (1968). *La realidad democrática*. Barcelona: Fontanella.
- Marini Ruy, M. (1993). *Democracia e integración*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Mignolo, W. (2003). “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mignolo, W. y otros (2006). *Interculturalidad, descolonización del estado y del conocimiento*. Buenos Aires: Editorial del Signo.
- Mouffe, Ch. (2003). *La Paradoja Democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Mouffe, Ch. (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Murnis y Portantiero (1972) *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires Siglo XXI.
- Panizza, F. (2008). “Fisuras entre populismo y democracia en América Latina”. En *El retorno Del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO y el Ministerio de Cultura.
- Prada Alcoreza, R. (2010). *Democracia y proceso de cambio*. Ponencia en G.T. CLACSO.
- Prada Alcoreza, R. (2010). *La fundación del Estado Plurinacional comunitario o Más allá del Estado*. Ponencia en G.T. CLACSO.
- Prada Alcoreza, R (2010a). *La condición estatal en la periferia de la transición*. Ponencia en G.T. CLACSO.
- Quijano, A. (2003). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Ranciére, J (1996). *El Desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.



- Tapia L. (2008). *Política Salvaje*. La Paz: Muela del Diablo Editores.
- Tapia, L. (2009). *Pensando la democracia geopolíticamente*. La Paz: CLACSO.
- Tapia, Luis (2009a). *La igualdad es cogobierno*. La Paz: La Muela del Diablo Editores.
- Thwaites Rey, M. (2010). *Documento fundacional del Grupo de Trabajo sobre Estado*. Buenos Aires: CLACSO.
- Viaña, J. (2009). *La interculturalidad como herramienta de emancipación. Hacia una redefinición de la interculturalidad y de sus usos estatales*. La Paz: Campo Iris.
- Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.



## EL KIRCHNERISMO EN DEBATE

LUCAS EZEQUIEL BRUNO<sup>1</sup>

### El kirchnerismo, ¿un populismo?

En este trabajo nos interesa desentrañar las consideraciones en relación a si el kirchnerismo constituye o no un populismo desde dos perspectivas enfrentadas, la institucionalista o neoinstitucionalista y la teoría de la hegemonía, y en el caso que la respuesta sea afirmativa qué sentido se le otorga al mismo y cuál es su especificidad. No nos interesa un enfoque descriptivista en donde la teoría se aplicaría cual molde y receta a la realidad social, ésta última siempre es mucho más compleja y excede cualquier molde teórico por más sofisticado que sea.

La perspectiva institucionalista sostiene de manera general que el kirchnerismo constituye un populismo, entendiendo a éste último como lo conceptualiza Laclau. Sin embargo encontramos matices; para el año 2006 Novaro sostenía que el kirchnerismo era un *populismo moderado* identificando en la región latinoamericana dos grandes polos: por un lado Chávez en Venezuela con un populismo radicalizado y Lagos en Chile favorable al libre mercado. Para el 2014 el autor sigue sosteniendo lo mismo en relación a la etapa de Néstor Kirchner y afirma que con la llegada de Cristina Fernández de Kirchner al gobierno el populismo se radicalizó, principalmente a partir del intento de la implementación del Decreto 125 sobre el aumento de las retenciones al campo. Vamos a desarrollar esto con más profundidad.

En una nota escrita por Novaro para el periódico *La Nación* en el año 2006, éste dice:

---

<sup>1</sup> Abogado. Becario del CONICET. Doctorando en Ciencia Política en el Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: lucasbruno137@hotmail.com.

Esta tensión entre orden corporativo e intereses más generales pero difusos se expresa también en la combinación entre una estrategia populista, que divide el campo político en opciones antagónicas identificando la propia como la única legítima en términos nacional/populares, y un sistema de alianzas que comprende el peronismo territorial los intereses empresarios y sindicales, y que resulta eficaz para asegurar el orden como ineficaz para innovar. Tampoco en esto Kirchner se diferencia mucho de Menem. El resultado son políticas públicas deficientes tanto en términos de distribución y garantía de derechos sociales como de reglas imparciales y estables que aseguren las libertades individuales. El antagonismo populista, en este sentido, sigue siendo poco más que una excusa de la discrecionalidad y el patrimonialismo que rigen en el Estado.

Es en este sentido que el kirchnerismo de Néstor Kirchner es un *populismo moderado*, la moderación radicaría en las continuidades que presenta Kirchner en relación a la política económica y exterior de Menem, como ya lo mencionamos en el primer apartado. Lo populista radicaría en la creciente polarización, la crispación social, la centralización de los recursos fiscales, administrativos y legislativos, la ausencia de reglas imparciales y estables, en la falta de garantía de las libertades individuales, en el desprecio de las instituciones republicanas y en la discrecionalidad del Estado. En su concepción un populismo radicalizado potenciaría estos factores.

Posteriormente Novaro (2014) junto con otros autores aclaran que en un populismo moderado como el de Néstor Kirchner no se trataba de definir dos campos antagónicos bien delimitados entre ellos, sino más bien el tránsito de uno hacia otro. Es decir el populismo moderado, si bien utiliza la polarización, no postula el conflicto como irreconciliable e irresoluble por las vías racionales, sino más que utiliza la confrontación como una estrategia de acumulación de poder y capital político (Novaro, Bonvecchi y Cherny, 2014).

Los autores sostienen que a partir de la llegada a la presidencia de Cristina Fernández ingresamos en un *populismo radicalizado*, es decir la amplificación de todos los factores que enunciamos más arriba propios del populismo según esta interpretación. Tres características parecen ser fundamentales en esta radicalización: la extrema polarización y crispación social, la partidización y parcialización del Estado y, por último, la concentración de los recursos de poder (Novaro, Bonvecchi, Cherny, 2014). El punto de inflexión está dado por el intento de aumento de las retenciones al sector agro-exportador a partir del Decreto 125 en Marzo del año 2008, dicen los autores:

Pero lo cierto es que si el gobierno en algún terreno había fracasado con la 125, había sido en polarizar la disputa tanto entre empresarios rurales mezquinos, que ajustaban los precios de sus productos a los del mercado internacional, y consumidores urbanos amenazados por el alza de precios de los alimentos, como más simplícticamente aún entre ricos y pobres. No había, entonces, motivos para pensar que pudiera irle mejor en el intento de contraponer en adelante, en clave más ideológica todavía, al gobierno del pueblo contra la oligarquía. Pero eso no alcanzó para desanimarlo ni para que reviviera sus premisas. Al contrario (...). (Novaro, Bonvecchi, Cherny, 2014, p. 335)

En un pasaje de la introducción del libro citado los autores también cuestionan a éste kirchnerismo populista radicalizado por haberse alejado de los sectores más dinámicos de la economía nacional, haciendo referencia a la clase media, los sectores productivos y empresariales.

Para concluir con esta perspectiva vamos a citar a Sarlo en una nota escrita para *La Nación*, la autora dice:

Por eso, Perón, Chávez o cualquier líder populista están autorizados por el carácter de la operación hegemónica a limitar la república parlamentaria que distorsiona la política, ya que difiere o impide el trazado de una línea nítida y la definición del conflicto. Una “frontera interna”, que divide claramente al pueblo de sus enemigos, requiere una “invocación política”. Invocar quiere decir llamar y dar nombre: socialismo bolivariano frente al imperio, kirchnerismo frente a las corporaciones.

Sin embargo, a diferencia de lo que muchos pensamos y eventualmente tememos, Laclau sostiene que la conflictividad kirchnerista es incompleta. Por un lado no ha profundizado la frontera con los enemigos de todas las reivindicaciones populares; por el otro, no le ha dado un discurso a esa identidad que, de todos modos, ha contribuido a fundar.

Si alguien se imagina a Kirchner relamiéndose de gusto, alentado por esta explicación, y preparando nuevos tendidos de líneas divisorias, no se equivocará, aunque, para ser justos, también debería reconocerse que Kirchner no la necesita para hacer lo que hace y lo que hizo. Laclau agrega otros buenos argumentos para la persistencia en el poder de los líderes populistas (en general son los mismos argumentos por los cuales podría permanecer una dictadura): “Soy partidario hoy en América latina de la reelección presidencial indefinida (...)”. (Sarlo, 2010)

Creemos en la claridad de Beatriz Sarlo para exponer su argumento con toda la potencia que ello implica, lo único que agregamos es que al hablar de populismo el foco central está puesto en el cuestionamiento a la polarización y el menoscabo a la república y las instituciones democráticas-liberales.

Para Svampa (2013), encuadrada en la perspectiva sociológica, el kirchnerismo es un *populismo de clases medias* entendiendo al populismo en la interpretación de Emilio de Ipola y Carlos Portantiero. El kirchnerismo hizo un giro plenamente populista en el año 2008 ante el enfrentamiento con las centrales patronales agropecuarias, sin embargo luego acentuó sus aspectos conservadores y liberales al fortalecer su alianza con grandes grupos económicos (como Barrick Gold o Monsanto), permitir el avance de la megaminería, promover la expansión de la frontera agrícola, entre otras. Dice Svampa (2013):

En este contexto, que muestra el copamiento del aparato del Estado por parte de los jóvenes de *La Cámpora* y un estrechamiento de las alianzas sociales, el kirchnerismo terminó por convertirse en un *populismo de clases medias que pretende monopolizar el lenguaje del progresismo en nombre de las clases populares, vía por la cual también busca descalificar a otros sectores de clases medias movilizadas*. (p.16)

El populismo kirchnerista no sería *realmente popular* debido a que interpeló principalmente a cierto sector de la clase media -enfrentado con otro sector de la misma clase fervientemente opositora al gobierno- y a partir de allí pretendió la representación de las clases populares, es decir el kirchnerismo no transformó la vida de los sectores populares de la Argentina sino que simplemente se arrogó su representación en su discurso.

Nos parece importante explicitar como entiende el populismo Svampa ya que de allí se puede comprender mucho más esta perspectiva de análisis:

Entendemos por populismo una determinada matriz político-ideológica que se inserta en la “memoria media” (las experiencias de los años 50 y 70), que despliega un lenguaje rupturista (la exacerbación de los antagonismos) y tiende a sostenerse sobre tres ejes: la afirmación de la nación, el estado redistributivo y conciliador, y el vínculo entre líder carismático y masas organizadas. Pese a que existen diferentes figuras posibles, desde nuestra perspectiva, tal como sostenían Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, la tendencia del populismo es a “recomponer el principio de dominación, fetichizando al Estado (“popular” ahora) e implantando, de acuerdo a los límites que la sociedad ponga, una concepción organicista de la hegemonía” (Svampa, 2013, p. 14).

Aquí queda expuesta con toda claridad la concepción de populismo de Svampa y de gran parte de la perspectiva sociologicista. Más adelante discutiremos algunas consideraciones en relación a esto.

En cuanto a la perspectiva de la teoría política contemporánea hay mucho por analizar. Vamos a empezar con las consideraciones de Ernesto Laclau. Podemos identificar dos momentos en relación a su interpretación sobre el kirchnerismo; el primer momento en los albores del proceso kirchnerista, Laclau sostenía que Argentina estaba en una posición intermedia en relación al avance del populismo; el segundo, para finales del proceso kirchnerista, el autor identificaba al kirchnerismo como un *populismo de izquierda* en proceso de radicalización.

En los inicios del kirchnerismo Laclau (2006) compara los casos de Chile, Uruguay, Argentina, Brasil y Venezuela. En los primeros dos países, para el año 2006, sostiene que ha primado la dimensión institucionalista sobre la populista, el caso de Venezuela se ubicaría en las antípodas, es decir con primacía de la lógica populista. Argentina y Brasil se encontrarían en una posición intermedia. Este *intermedio* hace referencia a que en su interpretación durante el gobierno de Néstor Kirchner todavía no había una ruptura radical de la comunidad política, por lo que no se podían encontrar la misma proporción de elementos populistas y elementos institucionalistas. Nos interesa el segundo momento de Laclau.

Entre los años 2012 y 2014, Laclau (2014) afirma que el kirchnerismo es un populismo de izquierda ya que la transformación de la sociedad argentina no estaría siendo impulsada por sujetos tan delimitados como la clase obrera, sino más bien por la articulación de los nuevos movimientos sociales y la construcción de un Estado popular. Sin embargo también afirma que la sociedad argentina no está definitivamente dicotomizada pero que se tiende hacia ello, reforzando así la matriz populista. Vemos un giro en su interpretación del kirchnerismo como así también en la conceptualización e integración de los elementos institucionalistas en la tradición populista. En una entrevista brindada al periódico *Página 12*, Laclau (2013) sostenía:

Por eso digo que en América latina se da una especie de divisoria en la experiencia democrática de las masas. Por un lado la democracia liberal y por otro la democracia nacional popular. La segunda se encarnó en regímenes como varguismo en Brasil, como primer aprismo, como el peronismo, como el primer ibañismo en Chile, como el Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia. Esta división entre la democracia liberal y la democracia nacional popular está siendo superada al presente. Si bien los regímenes latinoamericanos son parte de esa matriz histórica, hoy ya

no entran en colisión con las formas del Estado liberal democrático sino que las integran: elecciones, división de poderes, etcétera. O sea que estamos quizás en el mejor momento democrático de los últimos 50 años.

En este segundo momento Laclau reconoce en el kirchnerismo, y en los gobiernos latinoamericanos en general, la superación de la dicotomía existente entre populismo e institucionalismo desde la praxis política concreta; esta superación se da en términos muy precisos: la incorporación de elementos institucionalistas (o democráticos-liberales) a la matriz populista, es decir el populismo incorpora elementos de la tradición liberal-republicana. No se podría hablar de populismo de baja intensidad porque en el mismo encontremos elementos institucionalistas, como en el caso del kirchnerismo en Argentina.

Por último Laclau (2013), en la misma entrevista, sostiene cuales son los desafíos de estos populismos para los tiempos venideros:

En temas más globales el desafío fundamental para América latina en los próximos años es cómo conectar dos ideas que en principio son difíciles de combinar: el principio de la autonomía y el principio de la hegemonía. No hay expansión de un sistema democrático sin un sistema de proliferación de cadenas que amplían las demandas. Eso es lo que implica la autonomía. Pero, al mismo tiempo, si estas formas autónomas de la voluntad de las masas no son unificadas en torno de ciertos significantes centrales, no habrá acción a largo plazo. Una de las cosas que me preocupa de los movimientos libertarios en Europa es que ellos enfatizan casi exclusivamente el momento de la autonomía. Pero sin voluntad de construir un Estado alternativo, las voluntades tenderán a diluirse. Y del otro lado, insistir exclusivamente en el momento de la hegemonía negando el momento de la autonomía es pecar de un hiperpoliticismo que niega a los movimientos sociales en su autonomía. Ese es el dilema: cómo unificar la dimensión horizontal y la dimensión vertical. Me parece que no lo están haciendo mal el chavismo en Venezuela, la revolución ciudadana en Ecuador, Evo Morales en Bolivia y hasta cierto punto el kirchnerismo en la Argentina.

En relación al kirchnerismo vuelve a insistir que falta dicotomizar aún más el campo de lo social, lo que se relaciona íntimamente con el planteo de los desafíos del porvenir. El “hasta cierto punto en la Argentina” de Laclau implica que el kirchnerismo construyó un Estado popular desde el vértice -dimensión hegemónica- pero no pudo sintetizar allí todas las demandas horizontales de



los movimientos sociales y la sociedad civil; es decir, en términos del autor, se descuidó el momento de la autonomía o mejor dicho no se pudo compatibilizar ambos momentos por lo que, al no articular más demandas dentro de la cadena equivalencial, no se profundizó la dicotomización de lo social reforzando los elementos populistas.

Para Barros (2005) el discurso de Kirchner tiene una *inclinación populista* basada en dos tópicos: por un lado la inclusión de los sin voz de los años 90 como significativo nodal creando así una frontera dicotómica entre los hacedores de aquella época y los excluidos de la misma, y por otro lado, el abandono de la supuesta neutralidad e imparcialidad del Estado: el Estado tiene que ser el principal defensor de los excluidos y los sin voz -un claro contrapunto con la perspectiva institucionalista-. Sin embargo como mencionamos anteriormente el gobierno de Néstor Kirchner sólo tiene una *inclinación populista*. Dice Barros (2005):

¿Significa esto que el gobierno de Kirchner incluye y da poder a los sectores populares? La respuesta es no. La articulación de ciertos contenidos populistas fue seguida por la fragmentación de los movimientos sociales que habían representado la resistencia popular a las promesas incumplida de la joven democracia argentina. Después de la crisis del 2001, y más precisamente durante las presidencias de Duhalde y Kirchner, el sistema político se estabilizó a través de respuestas parciales a una serie de demandas insatisfechas. (p. 10)

Para el año 2005, en la interpretación de Barros, el kirchnerismo tenía componentes populistas por un lado y componentes institucionalistas por otro conjugados con cierta lógica disciplinadora del poder. Al afirmar que el sistema político se estabilizó en las administraciones Duhalde y Kirchner satisfaciendo ciertas demandas insatisfechas se hace referencia a una respuesta administrativista de estas demandas y no a una articulación populista, es decir que dichas demandas fueron procesadas por el sistema político y de esa forma perdieron su potencial populista-rupturista; a esto nos referimos cuando mencionamos componentes institucionalistas. En la lectura de Barros la consecuente fragmentación de los movimientos sociales que resistieron las políticas neoliberales en los años '90 es producto de las respuestas administrativas y/o institucionales brindadas por el Estado y por los gobierno de Duhalde y Kirchner. La fragmentación de estas identidades políticas vendría a ser la forma de controlar y mantener la mentada estabilidad del sistema, por ende la satisfacción de las demandas desde la lógica de la diferencia sería la única opción posible. Muy similar a la interpretación de Muñoz (2010) en referencia

a la relación entre el movimiento piquetero y el kirchnerismo. Por todo esto el discurso de Kirchner posee sólo *inclinaciones populistas*.

Para Aboy Carlés (2005) el gobierno de Kirchner constituye un *populismo atemperado*, en comparación con un populismo radicalizado como el peronismo de mediados del siglo XX. Este *populismo atemperado* estaría signado por tres caracteres fundamentales: la pretensión refundacionalista en relación al pasado, las improntas regeneracionistas y, por el último, el solapamiento con instituciones propias de la democracia liberal. En relación al primer carácter hicimos referencia en el primer apartado de éste título: el kirchnerismo opera una doble ruptura con el pasado reciente, por un lado con el neoliberalismo de los '90 y por otro, con la última dictadura civil-militar; esta doble ruptura pretende refundar la nación. El regeneracionismo hace referencia a aquello que el autor caracteriza como lo específico del populismo: el sistema de inclusión/exclusión constante de la alteridad constitutiva. La transversalidad de la primera etapa del kirchnerismo tendría este propósito: excluir e incluir a los adversarios político y a partir de este juego pendular lograr la incorporación de los mismos al proyecto político. Y por último, el solapamiento de la democracia populista con la democracia liberal obedecería a la vigencia de cierto pluralismo que el autor identifica con la ampliación de derechos políticos y sociales; la vigencia de éste pluralismo atemperaría la lógica propiamente populista al suavizar la operación de inclusión/exclusión del enemigo político. Dice el autor:

Por cierto, la supervivencia de estos rasgos no es la única herencia del legado populista. El régimen de inclusiones y exclusiones de la propia alteridad constitutiva ha marcado claramente las improntas regeneracionistas, que en su momento cubrieron la articulación identitaria del alfonsinismo, de la renovación peronista y de la actual construcción kirchnerista. Como intentos de marcar una abrupta ruptura con el pasado y al mismo tiempo convertir el conjunto de la sociedad en una nueva fe en una empresa de reforma moral, unos y otros han reeditado ese mecanismo modificado ahora por la marca pluralista que la incorporó el proceso iniciado en 1983. Sólo como una referencia a esta imbricación de pasado y presente en nuestra vida política es que podemos hablar de cierto populismo atemperado que cubre las gestiones de Alfonsín y Kirchner, teniendo en cuenta que no se trata de una nueva variedad de aquel mecanismo extremo que signó los populismos clásicos. (Aboy Carlés, 2005, pp. 144-145)

Los estudios de Nuria Yabkowski (2012) nos parecen muy interesantes en la discusión respecto al populismo kirchnerista. Bajo la premisa de no aplicar

esquemas teóricos a fenómenos políticos complejos la autora se corre de la pregunta de si el kirchnerismo constituye un populismo o no, sino más bien que indaga la *especificidad del populismo kirchnerista* dentro del esquema teórico propuesto por la teoría de la hegemonía. Se realiza dos preguntas que guían su trabajo: la primera al respecto de la relación que entablan dentro del kirchnerismo la lógica populista y la lógica institucionalista, y la segunda, por la constitución de las demandas, es decir si éstas ya están constituidas como demandas de antemano.

En relación a la primera pregunta sostiene que las lógicas populistas e institucionalistas en el caso del kirchnerismo muchas veces se superponen: una demanda que el kirchnerismo le da una respuesta institucional/administrativa también es articulada en una cadena equivalencial y de esa manera construye *pueblo*. Cita como ejemplo dos demandas ya constituidas: la demanda de justicia de los Organismos de Derechos Humanos por el reconocimiento de los crímenes cometidos en la última dictadura cívico-militar y la demanda del movimiento GLTTB (Gay, Lésbico, Travesti, Transexual y Bisexual) por el reconocimiento de derechos sexuales y reproductivos. La respuesta institucional a los primeros, resalta la autora, fue las derogaciones de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, la recuperación de la ESMA, el impulso al inicio de los juicios de lesa humanidad, entre otras. La respuesta a los segundos fue la Ley de Matrimonio Igualitario y la Ley de Identidad de Género. Luego la autora expresa a modo de síntesis:

Teniendo esto en cuenta podemos decir que la satisfacción de las demandas a través de una vía institucional no implica necesariamente la mera administración de las necesidades, ni la imposibilidad de que en esas demandas continúe operando la lógica de la equivalencia. Por esta razón los colectivos organizados que las sostienen no pierden por completo esa potencia contestataria, al tiempo que pueden formar “parte del pueblo”, identificándose con un campo político más amplio (el kirchnerismo) y reconociendo (en algunos casos) la conducción de Néstor Kirchner primero, y de Cristina Fernández después. (Yabkowski, 2012, pp. 92-93)

En relación al segundo cuestionamiento, la autora pone de ejemplos medidas concretas que implementó el kirchnerismo pero que no constituían respuestas o articulaciones a demandas previamente constituidas como las mencionadas arriba. El Plan de Inclusión Previsional, el rechazo al ALCA, entre otros, son decisiones políticas de estas características. Estas medidas de gobierno no responden a demandas previamente constituidas y sostenidas por determinados colectivos sociales, por más que vayan en un sentido claro a favor de la inclusión social. Yabkowski (2012) toma la interpretación del

populismo de Sebastián Barros, el cual sostiene que la singularidad de dicha lógica política es la *inclusión radical* de aquello que hasta ese momento era irrepresentable en los marcos comunitarios -los sin voz, las partes que no cuentan en la cuenta-, por ende a partir de dicha inclusión se amplían los límites de la comunidad y surge una nueva comunidad política. De esta forma ya no interesa que la unidad de análisis mínima sea la demanda tal como propone Laclau, ya que lo específico del populismo es el proceso de *inclusión radical*. Sostiene la autora:

Así entendido, el populismo ya no tiene como concepto nuclear la lógica de la equivalencia, sino que, al ser pensado como lógica de la inclusión radical, lo que retorna a un primer plano es el concepto de articulación. El kirchnerismo, desde esta perspectiva, no sólo anuda las demandas, sino que las crea o, por lo menos, interviene en su creación. Y cuando ello sucede reorganiza y reinstaura (otra) comunidad política. (Yabkowski, 2012, p. 98)

Por último, la autora, expresa que la especificidad del populismo kirchnerista es un aspecto poco estudiado: su dimensión temporal. Sostiene que gran parte de los estudios sobre el kirchnerismo están abocados a la dimensión espacial, es decir los lugares asignados a las partes, la amplificación de la comunidad política, el armado de cadenas equivalenciales, etc.; poco se ha estudiado su dimensión temporal. En este sentido la hipótesis de Yabkowski (2012) es que el kirchnerismo disloca la temporalidad lineal, gradual y dominante e inaugura una temporalidad inesperada lo que permite y posibilita los procesos de articulación política y de inclusión radical. Cita varios ejemplos: el enfrentamiento de Néstor Kirchner a dos meses de asumido su mandato con la Corte Suprema menemista, el Matrimonio Igualitario, la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisuales: son todas medidas que fueron inesperadas y sorpresivas acorde a la temporalidad lineal-dominante. Concluye Yabkowski (2012):

(...) la especificidad del populismo kirchnerista, su factor singular, no sería el movimiento pendular en la dimensión espacial (pues eso sería propio de todo populismo) [haciendo referencia a la noción de populismo de Aboy Carlés], sino el movimiento pendular entre un tiempo de la necesidad, un tiempo cronológico, gradual (dado que el kirchnerismo también administra), y un tiempo político, inesperado, abierto, lleno de momentos explosivos, lleno de memoria. Y paradójicamente, la irrupción de este “tiempo ahora” tiene un doble efecto sobre la institucionalización: por un lado, cada vez que irrumpe, la institucionalidad se conso-

lida, ya que desde el Estado se satisface una demanda que implica la inclusión, el reconocimiento de un derecho, la ampliación de la democracia. Pero por otra parte, también se consolida un modo del hacer político que se nutre de lo inesperado y de lo imprevisible, lo que sí dificulta la institucionalización (pero esta vez, la institucionalización de una organización, de un programa, de un proyecto). (p. 108)

Una interpretación que se aproxima a la de Yabkowski es la de Barros y Daín (2012), conceptualizando al kirchnerismo como una *desmesura*, como un *exceso* frente a lo dado, a partir de lo cual se intenta desactivar las lecturas que insisten en la cooptación, demagogia del líder o manipulación de las masas. Los autores toman dos hechos de relevancia: la política de derechos humanos del kirchnerismo y el proceso de sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Sostienen que ambos procesos fueron articulados bajo la lógica populista ya que excedieron a la respuesta/satisfacción de la demanda particular logrando fracturar la comunidad política en dos y articular estas demandas con otras. Los autores sostienen:

(...) Kirchner aparecía como ofreciendo algo más que lo esperable, más que una respuesta previsible a un reclamo preciso y particular. Kirchner se presentaba como aquel que hacía presente aquello soñado pero impensado y siempre ausente, restaurando la experiencia de plenitud comunitaria. De esta manera, el nuevo Presidente era representado como lo inesperado, lo heterogéneo frente a la homogeneidad de un pasado signado por la impunidad. Este carácter novedoso y rupturista puede concebirse como la expresión de una desmesura o un exceso en relación al orden de las cosas previo a su aparición. (Barros, Daín, 2012, p. 26)

Este *desborde* se observa principalmente en la política de derechos humanos arrancándola de la competencia del Poder Judicial y ultra-politizando dicha cuestión. En esta operación también el kirchnerismo pone en cuestión la imparcialidad y neutralidad del Estado y la justicia, como así también lo que había sido la política de derechos humanos del gobierno de Alfonsín, es decir la teoría de los dos demonios.

Nos parece interesante la interpretación que hace Mariano Dagatti (2012) sobre la primera etapa del kirchnerismo -la etapa de la transversalidad- desde una combinación de la perspectiva socio-semiótica y la perspectiva laclausiana. El autor intenta mostrar que el kirchnerismo no constituye un populismo y que sus prácticas beligerantes en vez de amplificar el campo de la política, lo anulan. Sostiene que el proyecto kirchnerista al postular la

transversalidad como la forma de diseño político fomenta el liberalismo al articular significantes como la libertad de expresión, la pluralidad y la diversidad, es decir al sobreponer los principios políticos por sobre las estructuras partidarias diluyendo las diferencias ideológicas-históricas de las mismas. Los valores principales que el kirchnerismo trató de sostener son los derechos humanos y el consumo. Además, no existiría populismo kirchnerista porque la dimensión antagónica quedaría relegada al enfrentamiento con corporaciones de la sociedad civil y no con la oposición política, es decir no se reconoce como legítima la oposición política al kirchnerismo, por lo que se anula el campo de la política para inscribir el conflicto. Por último, el autor hace referencia a los significados de la noción de *pueblo* en el discurso kirchnerista y alude a tres significados: el significado épico, el significado republicano y el significado plebeyo.

Ahora intentaremos entrecruzar las distintas perspectivas y discutir con cada una de ellas. En relación a la perspectiva institucionalista observamos un claro desprecio al populismo. Esta descalificación del populismo está dada por su concepción político-ideológica que muchas veces estos autores no explicitan. Las críticas al populismo provenientes de esta perspectiva son críticas de orden liberal. El presupuesto que no está explicitado es la creencia en una sociedad autoreconciliada consigo misma, donde es compatible integrar y acordar con todos los intereses más allá de la posición de poder de cada uno, y donde hay un fuerte rechazo e intento de expulsión de la intrínseca conflictividad social. En definitiva en esta perspectiva rige la creencia de una sociedad armónica, sin conflictos, en donde prime el *consenso*. Sin embargo, ¿qué se esconde detrás de la hipótesis consensualista y la exclusión del conflicto? Lisa y llanamente las *relaciones de poder*. La perspectiva institucionalista no puede dar cuenta de las relaciones de poder que configuran un orden político: siempre que se presupone un consenso hay sectores en situación de debilidad que se encuentran excluidos de ese consenso. El presupuesto de la perspectiva institucionalista es que un orden político puede ser configurado o bien a partir de un acuerdo universalista o bien a través de negociaciones entre los actores con diferentes intereses para llegar a acuerdo a partir de un cálculo racional de maximización de beneficios, ¿y aquellos que ni siquiera pueden entrar en la mesa de negociación? Al no dar cuenta de las relaciones de poder no puede dar cuenta del populismo en tanto lógica política que subvierte estas relaciones de poder tal cual están dadas en lo social.

La polarización, la conflictividad, la crispación, no son propios del kirchnerismo en tanto fenómeno político, son propios de la inerradicable conflictividad social, es decir de la imposibilidad de llegar a consensos racionales, y por ende, de suturar la sociedad en un acuerdo universalista. El populismo kirchnerista de lo único que sería culpable en este sentido es de volver a

poner en escena la conflictividad social, la lucha política, la disputa por los lugares de las partes, las exclusiones sociales. El populismo kirchnerista mostró y puso en evidencia los límites de lo social, es decir la imposibilidad de la sociedad, y a partir de allí comenzó un proceso fenomenal de politización de las identidades políticas y del mismo Estado al reconocer una parte que no es parte de la comunidad.

Amén de todas las consideraciones que vertimos arriba no podemos desprendernos de cierta tradición liberal-republicana que esta perspectiva se arroga y que en definitiva han sido los populismos como el kirchnerismo los que han logrado recuperar en un sentido emancipador. Cuando la perspectiva institucionalista reprocha al kirchnerismo la falta de respecto a las libertades y garantías individuales, la afectación de instituciones liberales-republicanas y la ausencia de reglas imparciales y estables, ¿qué está diciendo? Esta pregunta tiene una sola respuesta y es muy clara: está demandando la apertura de la economía, la implementación del libre mercado. Es que las reglas claras e imparciales son para los grandes inversionistas o empresas que necesitan asegurar sus beneficios, la afectación de las instituciones liberales-republicanas es el enfrentamiento y el uso del poder estatal por parte del kirchnerismo contra las corporaciones económicas y la falta de libertades individuales es la libertad de contratación. Creemos en este sentido, como lo sostienen varios autores de la perspectiva de la teoría política contemporánea, que el populismo kirchnerista ha tomado y resignificado ciertos elementos de la democracia liberal para ser incorporados en su proyecto político y que de esta forma la construcción de una *nueva institucionalidad* revierte en mayor inclusión social y refuerza la lógica populista; para citar ejemplos, la renovación y transparencia de la Corte Suprema de Justicia por parte de Néstor Kirchner apenas asumido su mandato, la revitalización del Congreso de la Nación con sendas discusiones políticas en su seno (anulación de las Leyes de Obediencia Debida y Punto final, Ley de Matrimonio Igualitario, Ley de Servicios de Comunicación Audiovisuales, estatización de las AFJP, entre muchas otras) y por último la vigencia de la lógica institucionalista en términos de respuesta concreta a las demandas de ciertos actores político-sociales -lo que no implica que estas respuestas no hayan estado insertas en la lógica populista también, a esto llamamos solapamiento-.

En síntesis, el populismo kirchnerista, como cualquier otro populismo, rechaza la concepción de la democracia liberal-formal en términos de libre mercado y consensos universalistas y recupera ciertos elementos de la tradición liberal-republicana insertos en la lógica populista, revirtiendo así en una *nueva institucionalidad* y en mayor inclusión social -mayor populismo-. Esto lo desarrollaremos más adelante.



Consideramos que la perspectiva sociológica si bien acierta en algunas críticas hacia el kirchnerismo, su conceptualización del populismo no da cuenta de dicho fenómeno. Hay tres puntos para poner en consideración: en primer lugar el populismo, como lo entendemos nosotros, tiene mucho más que ver con una *lógica de la política*, es decir con una *forma de la política*, más que con una matriz ideológica-política. El punto de partida es el que señala Laclau: el populismo en tanto forma que adquiere la política no está ligado a contenidos particulares e ideológicos; luego podemos considerar aportes muy valiosos como el de Sebastián Barros que intentan especificar la noción de populismo para dotarla de contenidos emancipatorios. El populismo opera sobre la forma, independientemente de los contenidos que estén articulados en dicho proceso; ésta es la única manera de evitar cualquier tipo de esencialismo o reificación de conceptualizaciones de la política, trabajando sobre la forma y diluyendo la división binaria de la filosofía occidental sustancia/forma.

En segundo lugar, en la conceptualización del populismo de De Ipola y Portantiero que cita Svampa (2013) se dice que en dicho proceso se produce una fetichización del Estado, en donde se lo hace aparecer como “popular”. ¿No estaremos cometiendo los mismos errores del marxismo ortodoxo? ¿No estaremos exagerando el momento autonómico de los movimientos sociales? Acaso un Estado ¿no puede ser *popular*? La fetichización del Estado no está dada por el populismo a priori, esto puede pasar hasta en un régimen democrático-liberal. El populismo, como cualquier otra forma de la política, puede fetichizar al Estado pero creemos que este punto debe ser analizado en cada caso concreto, no es un punto de partida. Los aportes de Laclau al momento de manifestar los desafíos de los países latinoamericanos para los próximos tiempos creemos que son muy esclarecedores: la fetichización del Estado se daría cuando se priorice únicamente el momento de la voluntad estatal (el vértice) por sobre la autonomía de los movimientos sociales y la capacidad articuladora de los mismos de manera horizontal. Sin embargo, creemos que en el argumento de Svampa citando a De Ipola y Portantiero se teje cierto prejuicio anti-Estado: ¿cuál sería el único *Estado popular*? ¿La dictadura del proletariado y el posterior Estado socialista? Consideramos que a partir de otro vocabulario se tejen concepciones que no aportan al entendimiento de procesos políticos contemporáneos; el presupuesto de estos argumentos es que el Estado es parte de la superestructura y sirve únicamente para sostener el régimen de dominación capitalista de la burguesía, por lo que, por fuera de la dictadura del proletariado, no existe ninguna otra posibilidad de un *Estado popular*. Consideramos que es necesario complejizar mucho más la noción de Estado ya que miradas simplistas oscurecen los fenómenos políticos actuales. El Estado es parte de las relaciones de poder de las sociedades, por lo tanto no está exento de quienes ejercen el gobierno; quien imprime el sentido del Estado es quien



ha logrado construir hegemonía: dependiendo del carácter que la hegemonía le imprima el Estado puede ser popular o no, y esto es contingente.

Parte del mismo argumento está ínsito en la misma noción de populismo de los autores: la conclusión a la que llegan es que “la tendencia del populismo es a recomponer el régimen de dominación”. La pregunta sería la siguiente: ¿cuál es la forma de no recomponer el régimen de dominación? ¿Cuál es la forma de provocar una *transformación real*? Para la perspectiva sociológica el populismo es un engaño al presentarse ante la comunidad como rupturista, transformador y emancipador, y luego reforzar el principio de dominación. En consecuencia nos seguimos preguntando, ¿cuál es la *transformación real*? Creemos que en esta perspectiva sigue habiendo huellas de la división tajante entre estructura y superestructura del marxismo ortodoxo, como así también, cierto determinismo economicista. Las críticas más fuertes de Svampa al kirchnerismo son en relación al modelo productivo, sosteniendo que dicho proceso no fue realmente transformador porque fomentó un modelo extractivo-exportador. Creemos que un proceso transformador no sólo está sobredeterminado por la innovación en el modelo económico-productivo, ni que la “estructura” de una sociedad esté siempre anclada en lo económico. Los estudios de Laclau tomando ciertas nociones de Derrida nos ayudan a comprender que la estructura es siempre fallida, incompleta, con fisuras, nunca cerrada, por lo que el pensamiento estructuralista tiene ciertos límites a la hora de explicar fenómenos más complejos como el kirchnerismo en donde no se produjo una salida del capitalismo pero éste fue mucho menos salvaje a partir de la redistribución de la riqueza y la inclusión social de los sectores excluidos por este sistema. El estructuralismo no puede dar cuenta de ciertas dislocaciones producidas en la estructura fallida que no impliquen una creación exnihilo del sistema económico-productivo. El determinismo economicista ya está a la vista también: lo único que define el carácter transformador de un proyecto político es la innovación en la variable económica. Consideramos que cualquier lucha contemporánea puede servir como significante nodal y superficie de inscripción para las otras batallas, y en ese caso presentarse como la estructura fallida de manera contingente; tenemos varios ejemplos durante el kirchnerismo: la lucha por justicia de los Organismos de Derechos Humanos, la demanda de los movimientos por la diversidad sexual, entre otras. El populismo viene a dislocar la estructura fallida haciéndose cargo de su falta y de esta manera exceder a cualquier intento de determinismo en última instancia.

Para sintetizar hasta aquí, consideramos que el populismo kirchnerista produjo una dislocación en la estructura fallida y una posterior recomposición a partir de la ruptura con el pasado reciente. Además, una gran variedad de significantes, que simbolizaban luchas en diversas áreas y con distintos contenidos no siendo reducidas a lo económico, sirvieron como significantes

nodales haciendo las veces de la estructura fallida (derechos humanos, democratización de los medios de comunicación, diversidad sexual, etc.).

En relación a la última perspectiva acordamos en su generalidad con la mayoría de sus postulados, sin embargo se hace necesario discutir algunas cuestiones. Consideramos que todos los autores encuadrados aquí coinciden en que el populismo kirchnerista ha incorporado elementos institucionalistas en su proyecto político. Los interrogantes que se abren son principalmente dos: por un lado, ¿qué status tienen esos elementos institucionalistas incorporados al populismo kirchnerista? ¿El Otro del populismo no es el institucionalismo? Y por otro lado, ¿cuál es la especificidad del populismo kirchnerista?

En relación a lo primero coincidimos con Laclau en que el kirchnerismo ha incorporado elementos de la democracia liberal y en eso ha podido trascender a los populismos clásicos, una lectura similar recupera Aboy Carlés. No estamos de acuerdo con éste último autor y con Sebastián Barros en que la incorporación de elementos de la democracia liberal, como así también la superposición de la lógica institucionalista con la populista, mengüen el potencial disruptivo del populismo kirchnerista<sup>2</sup>. Los estudios de Yabkowski creemos que se aproximan con más profundidad a la relación entre la lógica populista y la lógica institucionalista en el kirchnerismo, sin embargo también es necesario poner en consideración ciertas cuestiones.

Durante el kirchnerismo ocurren dos fenómenos particulares y que Yabkowski confunde: la superposición de cierta lógica de la diferencia en relación al movimiento piquetero constituido en la resistencia al neoliberalismo -tal como lo postula Muñoz (2010)- y la incorporación de elementos de cierta tradición liberal-republicana. La incorporación de elementos de la tradición liberal-republicana y su posterior resignificación no está ligada necesariamente a la superposición de cierta lógica institucionalista en el sentido de ofrecer respuestas administrativas a las demandas y obturar su potencial disruptivo. Creemos que la gran mayoría de demandas particulares durante el kirchnerismo se han articulados de manera populista, variando su intensificación y graduación. La demanda de justicia de los Organismos de Derechos Humanos, la demandas de los movimientos por la diversidad sexual, la demanda de cierto sector de los medios de comunicación, entre muchas otras, tuvieron una respuesta estatal (por ejemplo el Matrimonio Igualitario) pero esto no implica que hayan sido articuladas desde la lógica de la diferencia, es

---

<sup>2</sup> Observamos también que los trabajos de Aboy Carlés y de Barros son producidos en los albores de la etapa kirchnerista, aproximadamente para el año 2005, por lo que el desarrollo posterior del proceso político puede arrojar otras consideraciones de los autores que no conocemos.

decir desde el institucionalismo; todos estos movimientos sociales tuvieron la capacidad de fragmentar la comunidad política y evidenciar su potencial disruptivo. La articulación de las demandas del movimiento piquetero y del movimiento de desocupados (conformados en las luchas en contra del neoliberalismo a partir del año 1997 aproximadamente, y donde encontramos una gran variedad y gama de posicionamientos ideológicos-políticos) en los comienzos del kirchnerismo creemos que hizo cierto uso de la lógica de la diferencia, y aquí si se superpusieron dos lógicas políticas: la lógica populista y la lógica institucionalista.

La lógica institucionalista o lógica de la diferencia en términos laclausianos no es lo mismo que la incorporación de ciertos elementos de la tradición liberal-republicana en el proyecto político kirchnerista. Eduardo Rinesi (2011) aporta mucha claridad en este punto al señalar las distintas tradiciones teóricas de las cuales se nutre el kirchnerismo: la tradición popular, la tradición jacobina, la tradición republicana y la tradición liberal. Respecto a las dos primeras solamente señalaremos la faz populista del kirchnerismo y su carácter disruptivo. Nos interesan especialmente las dos últimas; en relación a la tradición republicana Rinesi nos aclara que no existe una sola tradición republicana y que la misma está en disputa constantemente: los que afirman que el kirchnerismo es anti-republicano lo hacen en un sentido específico de *república*, y por cierto es el más simplista y más conservador. Reconoce tres aspectos de la tradición republicana en el kirchnerismo: el aprecio y la valoración de la *cosa pública*, es decir todo lo relativo a la vida pública, lo que pertenece a toda la comunidad; la comprensión de que esa *cosa pública* constituye un campo de batalla; el entendimiento del Estado como el garante y guardián de la *cosa pública*, como el punto máximo de realización de la comunidad. Más interesantes aún son los componentes liberales que el autor señala: el kirchnerismo es una forma avanzada de liberalismo. La derogación de los delitos de calumnias e injurias para garantizar la libertad de expresión, la decisión política de no reprimir la manifestación social y que cada uno pueda expresar lo que desee en la calle, la efectiva asunción del gobierno de los representantes en colisión con el gobierno de los ciudadanos (tal como se expresaba en la crisis del 2001), el respeto de la independencia del Poder Judicial designando a magistrados nuevos para la Corte Suprema de Justicia que era adicta al menemismo, entre muchas otras medidas, refuerzan la vigencia de cierta tradición liberal-republicana en el kirchnerismo. La pregunta que queda sin resolver es ¿cómo convivían estos elementos en el kirchnerismo?

Consideramos que el kirchnerismo logró resignificar los componentes de la tradición liberal-republicana y tal cual lo expone Rinesi tomar lo mejor de cada tradición. Muy distinto sería un gobierno que hubiera incorporado elementos liberales-republicanos funcionado bajo la democracia liberal-formal, la signi-

ficación de los mismos hubiera sido otra. No coincidimos con Rinesi en que caracterizar al kirchnerismo principalmente como un populismo sería reducir el fenómeno: creemos que el kirchnerismo es principalmente un populismo con elementos liberales-republicanos resignificados en matriz populista. Por todo ello podemos decir que el kirchnerismo ha creado una *nueva institucionalidad*, una *institucionalidad populista*: las respuestas institucionales a las distintas demandas, al estar articuladas bajo la lógica populista, insertaban el *exceso* en la comunidad política. Esta *nueva institucionalidad* trastoca también la relación sujeto político/demanda política que pone en cuestión Yabkowski en relación a la constitución de la demanda, y Laclau en relación al momento horizontal y autónomico de la política. El *desborde, el exceso y la desmesura* que señalan Mercedes Barros y Andrés Daín (2012) no sólo están presentes en el momento autónomico, es decir en los sujetos políticos, sino -y principalmente- en esta *institucionalidad populista*. Profundizaremos sobre esto en las conclusiones al presente trabajo.

Por último queremos hacer mención al trabajo de Dagatti (2012). Creemos que el autor recae en varias cuestiones ampliamente superadas por la teoría política contemporánea: su noción de *pueblo* es esencialista y reificante. El autor intenta buscar atributos adjetivantes a la noción de *pueblo* utilizada en los discursos de Kirchner, en esto encuentra tres atributos principales que ya fueron mencionados. De acá se deduce que el *pueblo* es algo que está dado a priori, es decir está allí para ser aprehendido y tomado; el *pueblo* sería una noción dada de antemano sin necesidad de ningún proceso de construcción: por ello se puede describir al *pueblo kirchnerista* tal cual describo una mesa o un pizarrón. Consideramos que esta premisa es errada: el *pueblo* en la teoría del populismo es una entidad que se construye a partir de operaciones políticas y lógicas específicas: la lógica populista, no es algo dado, ni un objeto empírico sujeto de ser descripto. De este presupuesto errado se deducen otras consecuencias también erradas: al sostener que el kirchnerismo ha anulado el campo político por no confrontar con su oposición política y sí con los poderes fácticos concentrados, acaso ¿éstos poderes no son políticos también? Vuelta en el error: una concepción reducida y esencialista de la política. Sin embargo, nos parece interesante su mirada en relación al transversalidad, consideramos que en esta lógica si podemos encontrar ciertos elementos liberales pero también encontramos elementos populistas: la articulación de los “elementos transversales” es de carácter populista, aportan a la construcción del *pueblo*, más allá o más acá de que sean por fuera de los partidos políticos tradicionales.

En síntesis, consideramos que el proceso político kirchnerista constituye un populismo pero es necesario descifrar su especificidad, el status que ocupan los elementos incorporados de la tradición liberal-republicana, y los diferentes momentos por lo que atraviesa dicho populismo.

## Conclusiones

Nos queda pendiente la especificidad del kirchnerismo en tanto proceso político populista. Podemos decir que el kirchnerismo, en tanto proyecto político, marca una ruptura en el escenario político argentino en relación a su pasado: el neoliberalismo menemista y de la Alianza y la dictadura cívico-militar. Aquí radica su potencial innovador. Sin embargo no podemos hablar de *ruptura radical* o surgimiento *exnihilo* ya que este proyecto político emerge en condiciones de relativa estructuralidad de las identidades políticas, lo cual no implica disminuir su carácter creativo. La innovación del kirchnerismo está dada por su discurso explícito antineoliberal, por la pretensión *refundacional* y por la articulación política de las identidades excluidas de dicho proceso –operación que no pudo hacer el duhaldismo-. Por esto mismo el momento de ruptura se produce con Kirchner y no con Dhualde más allá del cambio de rumbo económico, lo que opera como las condiciones de semi-estructuralidad para la emergencia del kirchnerismo. La exigencia hacia el kirchnerismo de un carácter marcadamente más *populista* responde a una cuestión de fases y etapas dentro del mismo proyecto que es parte del análisis de esta investigación. Consideramos necesaria la división del kirchnerismo en distintas fases y a partir de allí dar cuenta de la lógica política predominante en cada una de ellas.

El kirchnerismo es un proyecto político que se teje en el sentido más amplio del *discurso* tal como lo entiende Ernesto Laclau (2011), integrando los elementos lingüísticos y los elementos extralingüísticos, por lo tanto sostener la división tajante entre el relato kirchnerista y su práctica de gobierno constituye una falacia argumentativa que en poco ayuda a comprender el fenómeno en cuestión. Las argumentaciones que sostienen el carácter ficcional, teatral, hipócrita y demagógico del kirchnerismo no pueden dar cuenta de esta noción de *discurso* amplia y lo reducen a la mera retórica que la identifican con el engaño o la mentira.

El kirchnerismo es un populismo, en el sentido en que éste es definido por la teoría política del discurso, y en tanto proyecto político emancipador. Consideramos que este es el punto de partida para poder estudiar sus especificidades y variaciones. Como lo mencionamos arriba es necesario distinguir dos cuestiones en relación al populismo kirchnerista: por un lado la incorporación de ciertos elementos de la tradición liberal-republicana -los aportes de Rinesi son esclarecedores en este sentido y no es necesario repetirlos-, por otro lado, el solapamiento de la lógica populista con cierta lógica institucionalista o lógica de la diferencia.

Al hablar de solapamiento de las lógicas políticas entendemos que es necesario especificar más esta cuestión. Yabkowski confunde este solapamiento con la respuesta del Estado a una demanda particular, que también implica

un proceso de articulación política. Entendemos al solapamiento de la lógica populista con la lógica institucionalista como la vigencia de ambas en el mismo proyecto político, con una marcada prevalencia de la lógica populista; si ambas convivieran por igual no estaríamos en presencia de un populismo sino de otra forma política. La respuesta institucional a una demanda particular -como puede ser, por ejemplo, el Matrimonio Igualitario en la demanda de los movimientos GLTTB- no implica necesariamente una articulación institucionalista, sino que en esa respuesta desde el Estado también puede estar presente la lógica populista cuando se produce un efecto de frontera en la comunidad política, se suceden procesos de identificación y se construye un *pueblo*; esto es lo que confunde Yabkowski. Muñoz logra conceptualizar de mejor manera este proceso de solapamiento al sostener que las demandas del movimiento piquetero y del movimiento de desocupados que resistieron en la década neoliberal, tuvieron una respuesta institucionalista, es decir una articulación desde la lógica de la diferencia. Al tomar solamente el contenido particular de la demanda, integrarla al sistema político y darles una respuesta administrativa, se obturó el potencial disruptivo que supieron tener estos movimientos de resistencia. Esto se efectivizó negociando porciones de poder con los grupos más afines a la ideología del gobierno -Movimiento Evita, FTV, Libres del Sur, entre otros- y excluyendo a los que tenían posiciones de izquierda radicalizada -como por ejemplo el Polo Obrero o varios MTD's-. También es muy importante resaltar que los movimientos de resistencia a la etapa neoliberal llegaron al año 2003 muy fragmentados internamente por diferencias propias, y la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia volvió a dislocar sus identidades políticas: la disyuntiva era clara, o se incorporaban a partir de su identidad a un proyecto político desde el Estado que se presentaba progresista e identificaba el mismo adversario, el neoliberalismo; o continuaban dándose una estrategia de lucha en la calle y antisistémica sin la posibilidad de creer en el Estado como herramienta de transformación. La fragmentación que menciona Barros S. no fue producto de una estrategia pensada y delineada por Néstor Kirchner sino producto de la propia dislocación en las identidades políticas que produjo el kirchnerismo y el desgaste de la década anterior de estos movimientos sociales. En la articulación del movimiento piquetero en tanto sujeto político de carácter disruptivo si observamos que primó una articulación institucionalista y por tanto esta demanda no tuvo la potencialidad de fragmentar la comunidad política y generar procesos mayores de identificación. Sin embargo, en simultáneo, se sucedían intensos procesos de articulación populista como fue la demanda del movimiento de derechos humanos por Memoria, Verdad y Justicia: acá si se lograron procesos de fuerte identificación política fracturando -con poca intensidad- la comunidad política en un *nosotros* y en un *ellos*.

¿Por qué es necesario este solapamiento de las lógicas políticas? Simplemente porque es la forma de asegurar y afirmar el *orden político*. En el desarrollo del trabajo sosteníamos que la teoría del discurso político tiene mucha potencia a la hora de explicar los fenómenos dislocatorios del orden político, como así también la emergencia de identidades populares, pero a la hora de pensar la permanencia y perdurabilidad del orden político hay pocas consideraciones y aportes. Creemos que la vigencia en cierto grado de la lógica de la diferencia es la posibilidad de asegurar dicho orden político: negociando la diferencia de quienes son definidos como adversarios políticos a través de los canales institucionales y proporcionando respuestas administrativas a estas demandas. Los estudios de Aboy Carlés en éste sentido nos parecen muy atinentes: el populismo es la constante tensión entre la inclusión y la exclusión de la alteridad constitutiva; los procesos de exclusión de ciertas diferencias sirven para reafirmar el orden político deseado. Aquí es donde se hace necesario recuperar y resignificar la teoría política de Maquiavelo: ciertas exclusiones de determinadas diferencias constituyen movimientos tácticos específicos y contingentes para asegurar el gobierno. El movimiento piquetero disidente y opositor era un adversario político del kirchnerismo, muchos estaban ligados a los partidos políticos de izquierda, se presentaban como antisistema y no creían en el Estado como herramienta de transformación, por lo que una articulación populista de estos movimientos por parte del kirchnerismo era impensada. Es en este sentido que no coincidimos con la hipótesis de *control social* de Muñoz: no se trata de control social, se trata de asegurar el orden político y el gobierno a partir de ciertas exclusiones de diferencias políticas que son definidas como adversarios políticos.

Cuando Laclau habla de que el kirchnerismo privilegió la dimensión hegemónica, es decir la construcción desde el vértice -desde el Estado, en este caso, popular- en desmedro de la dimensión autonómica y horizontal de los movimientos sociales, seguramente está pensando en este proceso. Es imprescindible poder sintetizar ambas dimensiones, sin embargo el kirchnerismo llegó al Estado nacional con menos del 22% de los votos, carente de legitimidad, y logró articular muchísimas demandas que hasta entonces estaban excluidas del imaginario político de la comunidad. No creemos que el déficit del kirchnerismo sea el momento autonómico, creemos que ciertos movimientos sociales privilegiaron intensificar su particularidad no cediendo parte de ella y de esa manera poder lograr cadenas equivalenciales en la construcción de un *pueblo*. A la par de ello, sostenemos que la especificidad del populismo kirchnerista estuvo dada por dos aspectos íntimamente vinculados, uno compartido con los populismos clásicos y otro novedosos e innovador: el primero, la parcialización e ideologización del Estado en tanto éste no se presenta como neutral sino que defiende los intereses de los excluidos -esta dimensión es explicada



acabadamente por Barros S.-; el segundo, es la creación de una *nueva institucionalidad*, una *institucionalidad populista* que está basada en el exceso, la desmesura y el desborde, sumado a la incorporación de elementos de la tradición liberal-republicana que analizamos arriba junto a los aportes de Rinesi.

La *institucionalidad populista* del kirchnerismo estaba basada en el exceso desde la propia respuesta institucional a las demandas: se articulaba una demanda de manera populista, el Estado respondía con cierta medida de gobierno y a partir de allí se ampliaba el imaginario de lo posible de la comunidad política permitiendo que surjan nuevas y variadas demandas. Esto desenzala un proceso de politización radical del Estado y la posibilidad de que los movimientos sociales reactualicen sus demandas y las mismas sirvan como superficie de inscripción de otras. La *institucionalidad populista* está basada en el *exceso*, y el exceso está en la desmesura de la respuesta institucional que, por un lado, desborda lo que los mismos sujetos reclamaban, y por otro, amplía la imaginación política de la comunidad para exigir más y más al Estado ultra-politizado. Vamos a poner un ejemplo, el Matrimonio Igualitario no es lo reclamaba la porción mayoritaria del movimiento por la diversidad sexual en Argentina, reclamaban un reconocimiento de sus derechos y en la mayoría de los casos la Unión Civil era la expectativa más realistas a la que podían aspirar. El Estado kirchnerista le respondió con el Matrimonio Igualitario desbordando la demanda originaria de los mismos y permitiendo un procesos de radical politización tanto en el Estado como en los movimientos sociales que permitió hacer pensable otras demandas y reivindicaciones, a esto siguió la ley de Identidad de Género entre muchas otras medidas.

El *exceso*, la *desmesura*, el *desborde* tal cual lo describen Barros M. y Daín son parte del kirchnerismo, pero no solamente en el momento autonómico u horizontal sino también, y principalmente, en la institucionalidad kirchnerista. Esto disloca por completo la relación sujeto político/demanda política tal cual la entiende Laclau: ya no se puede hablar de la construcción a priori de la demanda como unidad de análisis mínimo, es decir que los colectivos medianamente organizados postulen una demanda particular al sistema político y que esta demanda haya estado plenamente constituida de antemano. El Estado popular, a partir de una *institucionalidad populista*, también interviene en la creación de la demanda proliferando las posibilidades de pensar e imaginar las mismas. El aporte de Yabkowski es fundamental en este sentido. Como la relación sujeto político/demanda política está dislocada es difícil pensar de manera separada las dimensiones hegemónicas y autonómicas de un proceso político tal como lo propone Laclau, a lo mejor esta distinción haya que seguir problematizándola.



Para finalizar, creemos que en claras palabras Rinesi (2011) conceptualiza esta *institucionalidad populista*, basada en el *exceso*, y que consideramos es lo específico del populismo kirchnerista:

Todas estas medidas han tendido en efecto a generalizar ciertos derechos, pero al mismo tiempo, al hacerlo, han generado las condiciones para que esos derechos puedan ser percibidos por los ciudadanos como derechos, al tiempo que como condiciones para hacer pensables, exigibles y efectivos *otros* derechos que sobre la base de esas conquistas primeras pueden ir incorporándose ahora a un repertorio cada vez más exigente y vasto. (p. 149)

Consideramos la necesidad de seguir profundizando estos debates planteados en el presente trabajo. Aquí no hemos proporcionado respuestas sino abierto interrogantes para un posterior desarrollo. Por último, creemos que el kirchnerismo en tanto proceso político complejo no puede ser estudiado como un solo bloque, sino que es necesario identificar distintas fases en dicho proyecto y la preeminencia de tal o cual lógica en cada fase; no existen estudios a la fecha que aborden esta dimensión.

## **Bibliografía**

- Aboy Carlés, G. (2005) Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación. *Estudios Sociales, Año XV*, pp. 124-149.
- Aboy Carlés, G. (2014) El declive del kirchnerismo y las mutaciones del peronismo. *Revista SOCIALISTA, N° 9*, pp. 4-15.
- Arzadun, D. (2008) *El peronismo: Kirchner y la conquista del reino*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Barbosa, S. (2010) Menemismo y kirchnerismo en Argentina: un análisis político discursivo de su construcción hegemónica. *Pensamiento Plural, Volumen VI*, pp. 11-34.
- Barros, M. y Daín, A. (2012) El kirchnerismo y la desmesura de lo político. En Barros, M., Daín, A. y Morales, V. (Eds.) *Escritos K*. (pp. 15-46). Villa María, Argentina: Eduvim.
- Barros, S. (2006) Ruptures and continuities in Kirchner's Argentina, ponencia presentada en *LASA XXVI International Congress*, San Juan de Puerto Rico.
- Barros, S. (2013). Notas sobre los orígenes del discurso kirchnerista. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 37-51). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.

- Biglieri, P. y Perelló, G. (2007) *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. Buenos Aires, Argentina: UNASAM.
- Biset, E. (2012) De almas bellas, mitologías y composiciones. En Barros, M., Daín, A. y Morales, V. (Eds.) *Escritos K*. (pp. 135-150). Villa María, Argentina: Eduvim.
- Dagatti, M. (2013). Contribuciones para una cartografía discursiva del primer kirchnerismo. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 81-104). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.
- Galasso, N. (2011) *De Perón a Kirchner*. Buenos Aires, Argentina: Punto de Encuentro.
- Galasso, N. (2012) *Historia de la Argentina: desde los pueblos originarios hasta el tiempo de los Kirchner*. Buenos Aires, Argentina, Colihue.
- Gargarella, R. (2013) De la izquierda posible a la derecha real. *La Nación*, 19 de Agosto de 2013.
- Gargarella, R. (2016) Kirchnerismo: razones para entender su descalabro. *Clarín*, 21 de Junio de 2016.
- González, H. (2011) *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Buenos Aires, Argentina: Colihue.
- Laclau, E. (2006) La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Revista de la CEPAL*, N° 89, pp. 56-61.
- Laclau, E. (2011) [Entrevista] “La real izquierda es el kirchnerismo”. *El País*, 2 de Octubre de 2011.
- Laclau, E. (2013) [Entrevista] “Es el mejor momento democrático en 150 años”. *Página 12*, 21 de Julio de 2013.
- Laclau, E. (2013). *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2014) [Entrevista] Laclau: “El kirchnerismo produjo transformaciones que difícilmente puedan ser desandadas”. *Télam*, 17 de Febrero de 2014.
- Laclau, E. (2014) Entrevista a Ernesto Laclau. “El kirchnerismo es, en muchos sentidos, un posperonismo”. *Revista Estado y Política Públicas*, N° 3, 15 de Abril de 2014.
- Laclau, E. y Mouffe Chantal (2011). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- López, Ma. P. (2013) Partes del todo. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 189-192). Buenos Aires, Argentina:

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.

- Martínez, F. (2013). Aproximación a algunos tópicos del “discurso kirchnerista”. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 53-67). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.
- Montero, A. S. (2012) ¡Y al final un día volvimos!: los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Muñoz, M. A. (2010). *Sísifo en Argentina. Orden, Conflicto y Sujetos Políticos*. Villa María, Argentina: Eduvim.
- Muñoz, Ma. A. y Retamozo, M. (2008) Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner. *Perfiles Latinoamericanos (FLACSO – México)*, pp. 121-149.
- Novaro, M. (2006) Izquierda y populismo en la política argentina. En Pérez Herrero, P. (ed.) *La izquierda en América Latina*. (pp. 115-190). Madrid, España: Instituto Universitario Ortega y Gasset y Fundación Pablo Iglesias.
- Novaro, M. (2006) Kirchner, la izquierda y el populismo. *La Nación*, 21 de Julio de 2006.
- Novaro, M. (2009) Entrevista a Marcos Novaro, sociólogo: “Kirchner es un proyecto económico personal”. *La Nación*, 28 de Diciembre de 2009.
- Novaro, M., Bonvecchi, A. y Cherny, N. (2014) *Los límites de la voluntad: los gobiernos de Duhalde, Néstor y Cristina Kirchner*. Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Pérez, S. (2013) Ser mujer y ser Presidenta: la construcción discursiva de la imagen de Cristina Fernández de Kirchner en el discurso presidencial, 2007-2011. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 157-176). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.
- Raiter, A. (2013) ¿Existe una lógica discursiva kirchnerista? Constancias y alternancias. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 105-141). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.
- Retamozo, M. (2013) Discurso y lógicas políticas en clave K. Movimientos, populismo y hegemonía en Argentina. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 143-156). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.

- Rinesi, E. (2011). Notas para una caracterización del kirchnerismo. *Debates y Combates, Volumen I*, N° 1, pp. 141-170.
- Sarlo, B. (2009) En el país de los fiscales ideológicos. *La Nación*, 6 de Setiembre de 2009.
- Sarlo, B. (2010) Los gurúes de los Kirchner. *La Nación*, 27 de Setiembre de 2010.
- Sarlo, B. (2011) *La audacia del cálculo. Kirchner 2003-2010*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Svampa, M. (2012) *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Svampa, M. (2013) La década kirchnerista: Populismo, clases medias y revolución pasiva. *Lasaforum, Volumen XLIV*, pp. 14-16.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2009) *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Torre, J. C. (2005) La operación política de la transversalidad. El Presidente Kirchner y el Partido Justicialista. En CEDIT (comp.) *Argentina en perspectiva. Reflexiones sobre nuestro país en democracia*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Torcuato Di Tella.
- Yabkowski, N. (2012) El kirchnerismo como temporalidad inesperada. En Barros, M., Daín, A. y Morales, V. (Eds.) *Escritos K*. (pp. 85-111). Villa María, Argentina: Eduvim.
- Yabkowski, N. (2013). Dos tiempos para pensar el kirchnerismo. En Balsa, J. (Ed.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. (pp. 69-79). Buenos Aires, Argentina: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.

# LA GENTE ES EL PUEBLO - LA CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD MACRISTA.

*JUAN IGNACIO MONTENEGRO<sup>1</sup>.*

## **Introducción**

Pensar las categorías de democracia y pueblo en los sistemas democráticos nos lleva a explorar los mecanismos que se mantienen en permanente disputa para la construcción de ambos conceptos. Hemos de entender que el sujeto pueblo construido por un actor social determinado ha de reflejar, no sólo los intereses concordantes que conforman su identidad, sino también, la convergencia de una serie de intereses diferenciales de otros sectores que representan demandas antagónicas para arrojarse la legitimidad del término. Como así también, entender la democracia es comprender la existencia sine qua non de una línea divisoria representada por un nosotros/ellos como base de la constitución del demos que siempre está en disputa y regido por relaciones hegemónicas (Mouffe, 2003).

El presente artículo se propone vislumbrar; en primer lugar, si existe un sujeto pueblo en el discurso macrista y de ser así, cuál es el “pueblo” construido; en segundo lugar, cuál es la democracia creada; en tercer lugar, analizar la construcción del adversario/enemigo y, por último, resaltar las continuidades y/o rupturas entre los discursos de campaña y los de apertura de sesiones del Congreso de la Nación.

Con el fin de realizar esta tarea analizaremos cinco discursos del actual presidente de la República Argentina, Mauricio Macri, con el fin de exponer las características constitutivas del enunciador como las de su espacio partidario. El corpus de análisis a utilizar son los discursos de cierre de campaña

---

<sup>1</sup> Licenciado en comunicación social. Doctorando en Ciencia Política en el Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: jimontenegro88@gmail.com

de Mauricio Macri para las elecciones presidenciales de 2015; el de primera vuelta, el 22 de octubre y el del balotaje el 19 de noviembre; y también, los pertenecientes a las de aperturas de sesiones legislativas el 1 de marzo de 2016, 2017 y 2018.

Empecemos por decir que partimos de la certeza que no existe una diferenciación válida entre los aspectos meramente lingüísticos y los referentes al campo de las acciones de cualquier práctica social; o que, como señalan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, esas diferencias pueden verse enmarcadas como internas a determinada producción social de sentido, pero dentro de totalidades discursivas (Laclau, Mouffe, 2015: 145).

Desde este enfoque se asume que los objetos sociales son significativamente contruidos; que la contingencia y la historia hacen a la objetividad social; y que la totalidad social está dislocada. En este sentido, la Teoría de Análisis del Discurso entiende que lo que se presenta como la realidad es el resultado de un mecanismo de construcción social (Grosso, 2009).

A la vez, este enfoque plantea que la identidad de un elemento depende de su relación con otro elemento, por lo que se afirma el carácter relacional o diferencial de las identidades sociales. En esta dirección, se sostiene que ninguna identidad social puede estar “plenamente protegida de un exterior discursivo que la deforma y le impide suturarse plenamente” (Laclau y Mouffe, 2015). Así, una vez que se configura un sistema hay un exterior que lo está negando, ya que para que algo se constituya como tal es necesario que otro algo quede afuera, excluido.

Por otro lado, en cuanto a la constitución de identidades políticas la Teoría del Discurso Político sostiene que la construcción del sujeto puede ser llevada a cabo mediante relaciones antagónicas o por intermedio de relaciones diferenciales. La naturaleza de las identidades es dinámica ya que se asume que éstas no son algo dado sino que son el resultado de una construcción.

Siguiendo en esta línea de pensamiento diremos que para que el sujeto sea producto de una identificación es necesaria la articulación a través de dos formas: la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. La primera consiste en un desdibujamiento de las diferencias mediante la configuración de una identidad a la cual se oponen conjuntamente. Mientras que la lógica de la diferencia implica que la fuerza antagonizadora no es en su totalidad negativa y por lo tanto puede ser incorporada en el sistema: una construcción institucionalista. A la construcción del sujeto social es inherente un proceso de nominación política, es decir, dotar a una cosa innombrable de un nombre con el cual adquiere identidad simbólica al momento de ubicarlo en un discurso. Asimismo, la recepción de ese nombramiento produce un proceso de antagonización. Como señala Grosso (2009):

Cuando eso sucede y el sector que alguna vez fue ‘olvidado’ es ahora re-presentado como ‘peligroso’ o ‘abismal’, la intervención política discursiva hace visibles los ‘propios límites del sistema’. Esta operación es lo que Ranciére llama ‘política’. Según Ranciére hay un “conflicto fundamental” en el cual la decisión es sobre quiénes son capaces y aptos para contar como parte de la sociedad y quienes no lo son.

Abordaremos el trabajo utilizando como herramienta metodológica el texto “La palabra adversativa”, de Eliseo Verón (1987), por su pertinencia en el ámbito del discurso político, ya que, como su autor indica, en el análisis del discurso hay “niveles de funcionamiento” de los procesos políticos que se pueden exponer.

### **¿Existe el pueblo en el macrismo?**

Para empezar, partimos de la base de que el pueblo no constituye una “expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales”, como una forma de constituir la unidad de grupo. Es importante en esta tarea introducir el concepto de significantes vacíos para determinar el pueblo construido ya que estamos trabajando con identidades diferenciales y buscamos exponer ese todo (pueblo) dentro del cual las mismas se constituyen como diferentes. La interacción de esas diferencias constituye el “horizonte precario” desde el cual se busca el efecto “centralizador”. El significante vacío, en pocas palabras, es la identidad hegemónica por la cual se transforma una particularidad en un cuerpo total, pero esta totalidad es a la vez inalcanzable y plenamente contingente ya que siempre está en disputa y sujeta a un momento de cierre: “el significante vacío surge de la necesidad de nombrar un objeto que es a la vez imposible y necesario” (Laclau, 2015:93-97).

Empezando con el análisis, entendemos que no existe ninguna modificación en cuanto a la construcción del sujeto pueblo en los discursos de apertura de sesiones respecto de los dispositivos de análisis del cierre de campaña en octubre y noviembre de 2015. Por consiguiente, podemos afirmar que el macrismo sostiene cierta uniformidad en la creación del sujeto social pueblo. Veamos, en ninguno de los discursos el enunciador le habla al “pueblo argentino”, esta categoría es sustituida por otras con menor carga de significación política, con menos poder de articulación e imposibilitadas de generar un lazo colectivo como la gente, o los vecinos. En las alocuciones de cierre de campaña el “pueblo” es interpelado directamente a través del “vos” en lo que se asume como una estrategia de individualización, de segmentación de la categoría pueblo hasta llegar a ser sólo gente. No hay un sujeto colectivo que se asuma como una totalidad, o por lo menos no está explicitado de esa forma.

La sustitución de la interpelación al Pueblo por una subjetividad más particular e individualizante como gente es parte de la apuesta de la racionalidad neoliberal; no existe un sujeto colectivo a través del cual se constituya un nosotros aglutinando demandas, sino que en la constitución de ese sujeto de la apuesta macrista hay una intención de dispersión de las demandas. El neoliberalismo requiere de un Estado con lógica de empresa, lo que conlleva una modificación de todas las órbitas del mismo vaciándolas de su sentido democrático para impregnarlas de su economización (Brown, 2015).

En primer lugar, se puede afirmar que la creación del pueblo macrista se realiza por oposición a la construcción hegemónica del pueblo kirchnerista. Si bien partimos de la base de la inexistencia de un centro desde donde se configuran las relaciones sociales, entendemos que sí existe una centralidad que es plenamente contingente y que se explica “por el juego de las diferencias como tal” (Laclau, 2015:93). La centralidad que intenta imponer el macrismo es la de un espacio despojado de la política, se presenta como una fuerza apolítica. Consideramos que ese juego de diferencias en la construcción de su discurso está determinado por la idea de pueblo del kirchnerismo, donde ese sujeto está cargado de significación política. Para el kirchnerismo, ese pueblo es el pueblo trabajador, el pueblo en las plazas, es el pueblo militante resignificado de los 70: es un pueblo comprometido, activo. Este efecto de centralidad constituye su propósito totalizador que ya dijimos que es contingente y precario. Por ende, hay un exterior por el cual constituirse a través de las diferencias, pero a la vez hay equivalencias en las diferencias entre sí; por lo que se desprende que su identidad se constituye en la tensión entre diferencia y equivalencia (Laclau, 2015:94).

Siguiendo con las diferencias en la construcción simbólica del macrismo respecto del kirchnerismo, entendido como un gobierno populista, se puede afirmar que Macri no apuesta a crear un lazo entre las demandas pretendiendo que una asuma las equivalencias del resto, se universalice. No obstante, como señala Chantal Mouffe (2018), en toda construcción política pueden convivir formas institucionales y populistas, y el macrismo da muestras de esa característica. En el discurso de Macri se observa cierta construcción populista sin que esa sea su identificación más cabal, todo lo contrario. Por ejemplo, la utilización de la demanda contra la corrupción es aglutinadora de una serie de demandas que pierden su particularidad para dotar de universalidad a ese signifiante en la relativa estructuralidad de la cadena del macrismo. En ese sentido, las demandas de inclusión social, de la inseguridad, de la obra pública, de los programas sociales son fagocitadas por esa demanda. A la vez, en el tratamiento de esas demandas se acrecienta el trazado de una línea divisoria entre nosotros/ellos y su pertinente dinámica de exclusión. Sin embargo, cabe



destacar que ésta, la populista, no es la forma de construir lo político de la Alianza Cambiemos.

A la vez, esas diferencias del discurso macrista (nosotros) en relación con el discurso kirchnerista (ellos) son equivalentes en la exclusión de determinadas demandas o intereses para constituir su horizonte. Es decir que el exterior constitutivo por el cual el macrismo busca identificarse es el kirchnerismo. Pero, a la vez, con el transcurso de sus discursos ese adversario se ha ido ampliando para incluir a otros actores como el sindicalismo y los movimientos sociales. Laclau (2015), parafraseando a Freud, afirma que el rasgo que hace posible la identificación entre los miembros de un grupo es una hostilidad común. Esa hostilidad, esa equivalencia en la negatividad a *ese* otro es la apuesta a la Alianza Cambiemos.

Como dijimos, en esa diferencia en la constitución, coexisten demandas que son afines. Existen entidades que se mantienen en los cinco dispositivos de análisis, en mayor o en menor medida, son capaces de explicar la construcción del fenómeno macrista: cambio, unión, corrupción y seguridad.

El cambio es la entidad por excelencia ya que es capaz de aglutinar la mayor cantidad de demandas en pos de la diferencia a su exterior constitutivo. Así, el enunciador dirá, en los discursos de primera vuelta, que está dispuesto a cambiar las acciones del gobierno anterior que impactaron negativamente a la sociedad; no hará cadenas nacionales, no mentirá con la inflación, no pondrá “jueces a su antojo”, no verá “al mundo como a un enemigo”: “este cambio viene a crear oportunidades”. Esta entidad se mantiene y se acrecienta en los discursos de apertura de sesiones ya que la construcción del adversario es permanente al referirse al pasado inmediato del país respecto de las acciones de gobierno y reafirmar su *nosotros*:

*“Ratifiquemos nuestra convicción por el cambio, no escuchemos las voces de aquellos que nos quisieron desanimar, que nunca quisieron el cambio, y que ni siquiera hacen autocrítica de lo que han hecho en el pasado”.*

Otra de las entidades es la *unión* de los argentinos o el *todos juntos*. También es creada por oposición a un concepto que estuvo y está muy latente en la opinión pública que es la denominada grieta, utilizada para representar la división en la sociedad por motivos políticos. Desde diferentes sectores partidarios y desde los medios de comunicación le endilgaron al kirchnerismo la creación de este clima. Esta demanda se presenta como la solución a ese “problema”, el enunciador se compromete a “unir a los argentinos” ya que son “demasiados años que hemos probado enfrentados y llegó la hora que

probemos juntos”. Volveremos sobre este punto más adelante para desarrollarlo con mayor amplitud.

En cuanto a la corrupción, que es una entidad representada por oposición a los casos de corrupción probados, y otros en diversas instancias judiciales, del gobierno anterior, el enunciador le contrapone la transparencia y la confianza. Esta apuesta es más observada en los discursos de apertura de sesiones. Se realiza a través de un contradestinatario y mediante una expresión de deseo, sin importar que lleven dos años en funciones. De esta manera dirá en el discurso de apertura de sesiones del 1 de marzo de 2017:

*“Quiero que todo sea transparente y abierto, que nadie dude de las decisiones que toma este presidente, y mi deber ético es defender el interés público y el patrimonio del estado”.*

Se desprende que para que el deseo sea la transparencia antes hubo alguien que hacía las cosas de otra manera, por ende, el planteo es corrupción: kirchnerismo, transparencia: macrismo.

Por último, dentro de las entidades que se presentan como continuidades destacamos la seguridad. Por lo general, esta demanda va acompañada de una serie de conceptos que refuerzan su sentido y reúnen una mayor cantidad de demandas como por ejemplo la justicia, la división de poderes, la lucha contra el narcotráfico y la corrupción. La seguridad para Cambiemos no es lo mismo que la seguridad para el kirchnerismo, para Macri la seguridad es “cuidar a todos los argentinos, especialmente a aquellos que están preocupados por la inseguridad, por su futuro y el de sus hijos”; no es seguridad entendida como inclusión social.

Vale destacar, que esta totalidad que el macrismo construye discursivamente constituye un objeto que es imposible pensarlo sin un momento de cierre. Tal como afirma Laclau (2015), sin ese momento de obturación no existiría “ninguna significación ni identidad”. Esto significa que para entender al sujeto social macrista es necesario comprender la tensión entre las equivalencias y las diferencias en la contingencia de su estructura dependiendo de una coyuntura determinada y de la tensión entre agentes reales.

En ese sentido, Mauricio Macri, se posiciona constantemente como quien está “volviendo a tener relaciones con el mundo”, buscando de esta manera diferenciarse de un clivaje central instalado por el kirchnerismo que fue el famoso Patria o Buitre para representar el conflicto con los acreedores que no ingresaron en el acuerdo de la deuda externa. Este es un punto importante del discurso macrista ya que cada vez que hace referencia a las relaciones exteriores lo realiza por oposición al gobierno anterior y marca el fin de una época de los gobiernos de la Nueva Izquierda latinoamericana. En uno de

los pasajes afirma que están “construyendo relaciones maduras y sensatas con los países del mundo” y que en ese sentido la primera medida fue darle importancia al MERCOSUR. He aquí una clara muestra de la vuelta de página respecto a la identidad de hermandad de los países de la región que significó la creación de la Unión de las Naciones Suramericanas (UNASUR). Sobre todo, considerando que desde principio del 2018 el presidente tomó la decisión de abandonar el organismo junto con otros cinco países: Chile, Colombia, Perú, Paraguay y Brasil. Para el macrismo, ese volver al mundo no tiene nada que ver con el estar en el mundo del kirchnerismo, que significaba la hermandad de los países de Nuestra América, entendida como soberanía respecto de los sectores concentrados de la economía mundial y de los países del primer mundo. Todo lo contrario, para Cambiemos volver al mundo es participar del Foro de Davos, volver al Fondo Monetario Internacional y pagar la deuda con los fondos buitres bajo las condiciones que un juez estadounidense dispuso.

También, ese volver al mundo está relacionado con el “no me dejan comprar dólares” durante el gobierno anterior por parte de algunos ahorristas. Esa apertura financiera que posibilitó el macrismo eliminando el cepo, abriendo las importaciones y demás acciones de libre economía de mercado trajo aparejado la libertad para ciertos sectores de acceder a esa demanda, aunque en la mayoría de los casos esa libertad vino acompañada por una negación fáctica debido a la reducción drástica del poder adquisitivo con una inflación galopante. Por lo que esa demanda, especialmente de las clases medias, no se vio solucionada en términos reales. Las elecciones de medio término de octubre de 2017, que le dieron una muestra de respaldo importante a la Alianza Cambiemos, trajeron, en un clima de crisis económica y social, una premisa fundamental: la economía está lejos de sobredeterminar el triunfo o la aceptación de un proyecto político.

A la vez, también se diferencia de la posición tomada por los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner en cuanto al reclamo por la soberanía de las Islas Malvinas Argentinas diciendo que el camino es el diálogo y que “el aislamiento y la retórica vacía alejan cualquier posibilidad de encontrar una solución”, en alusión a la postura tenaz de la ex mandataria y a sus discursos cargados de simbolismo y patriotismo. Por último, busca la diferenciación en cuanto a la postura del kirchnerismo de no relacionarse con los organismos monetarios internacionales. Lo que para el gobierno anterior era soberanía de los recursos nacionales, para el macrismo es la necesidad de “volver al mundo”.

## El kirchnerismo, el adversario a eliminar

En todos los dispositivos de análisis hay una entidad que es recurrente y representa el eje vertebral de la construcción discursiva: unir a los argentinos. Puede observarse, en mayor medida en los discursos de apertura de sesiones, que el kirchnerismo es permanentemente construido como contradestinatarío, a veces de manera directa y otras de forma elíptica o tácita. Lo que resulta paradójico es que después de decir “no escuchemos a las voces que nos quieren desanimar” o a aquellos que “nunca hicieron la autocrítica”, es capaz de sostener, en el mismo pasaje que “nos necesitamos a todos”. Esa misma construcción se desarrolla a lo largo de todos los discursos de análisis. Por lo que nos preguntamos ¿quiénes son todos? o ¿se puede unir a los argentinos?

Veamos, Macri se posiciona como enunciador desde la lógica deliberativa o consensual donde su figura es presentada como garante del diálogo y de la apertura de participación en la esfera pública para todos los argentinos. Pero como señalamos anteriormente esto no es tan así. Consideramos que el discurso macrista asume implícitamente un nosotros/ellos escamoteado bajo la figura de la *unión* o el *todos juntos*. Ese *ellos* está presente en todo momento y es el kirchnerismo, lo que nos lleva a preguntarnos por la construcción del demos, de ese pueblo unido en el que están todos juntos. Consideramos que hay una imposibilidad de hecho en esas gramáticas de producción; no hay pueblo sin la construcción del mismo mediante procesos que luchan por ser hegemónicos. Cuando hablamos de hegemonía, en pocas palabras y parafraseando a Laclau, nos referimos a una parcialidad que se asume como totalidad. Por lo tanto, cuando Macri dice “invito a todos los argentinos” a ser parte de los desafíos, se dirige a ese “todos” que no contempla verdaderamente un todo, sino a una parcialidad que a la vez construye a una exterioridad (el kirchnerismo) para configurar sus características identitarias y, por ende, su parcialidad presentada como totalidad. Resumiendo, ese *todos* son todos los que no son parte de la construcción del pueblo en la apuesta kirchnerista, ese todos es el todos del *momento* macrista.

Ante la pregunta sobre la factibilidad de la unión de los argentinos rescatamos dos pasajes que son representativos para abordar el interrogante.

*“(...) queremos convocarlos a ser parte de un mismo equipo a través de un Congreso activo que discuta leyes, que busquen las mejores soluciones y las mejores medidas para los argentinos”.*

*“Juntos podemos ir más allá de nuestras legítimas diferencias y aprobar leyes necesarias para comenzar a resolver muchos problemas”.*

Aquí observamos que Macri plantea que podemos “ir más allá de nuestras legítimas diferencias” en busca de un consenso racional en las decisiones para encontrar soluciones. Entonces ahora la pregunta es la siguiente, ¿existe una racionalidad común a todos? No. El consenso es imposible establecerlo sin exclusión. Como dijimos, en las sociedades liberal democráticas el consenso será siempre de construcción hegemónica; la separación de lo que dicho consenso presenta como legítimo o no, no sólo expone sus relaciones de poder sino, también, su naturaleza política. Por lo que, no se puede negar la existencia de un momento de cierre, ni mucho menos “presentar la frontera como algo dictado por la racionalidad o la moralidad es naturalizar lo que debería percibirse como una articulación contingente y temporalmente hegemónica del pueblo mediante un régimen particular de inclusión/exclusión” (Mouffe, 2003:64).

El todos juntos es la disolución de las diferencias, es obligar a que esas demandas, que son reacias a formar parte de estructuralidad relativa del macrismo, se vean forzadas a convivir dentro de esa estructura sin la posibilidad de forjar una apuesta colectiva y desarticula cualquier apuesta política, o bien, provoca que sean expelidas de la cadena. El todos juntos es la muerte de la política, es la neoliberalización de la escena pública, ya que no da lugar a que se realice una radicalización de la democracia.

### **Una democracia ¿pluralista?**

En cuanto a la construcción del concepto de democracia se observan varias aristas para analizar, teniendo en cuenta que al igual que el Pueblo, estamos ante un concepto lábil, contingente y promiscuo, como señala Wendy Brown (2015). En un primer término, el concepto se elabora desde una concepción de corte liberal donde el pueblo solo tiene intervención mediante el sufragio, no se lo invita a participar activamente de la arena política. A la vez, es importante destacar que el Estado para el discurso macrista promete ayudar a la *gente* en caso de que estos le depositen su confianza mediante el voto. Por lo que la figura de un Estado garante del bienestar del Pueblo es borrado de plano.

Otra cuestión importante, es la apelación constante a que se acabaron “los tiempos en que tenemos que estar de un lado o del otro”. De ser así, hay un sólo lugar posible en el cual estar, y es una obviedad que ese *lugar* es el suyo. Esto produce no sólo un silenciamiento de la otredad sino también un ocultamiento de las demandas que no le son propias. Se puede advertir cierta peligrosidad en esta postura discursiva ya que no permite lugar a la expresión de las pasiones de un pueblo que no le son afines, como así también, a nuevas formas de comprensión de la realidad. Por ende, todo lo que no se encuentre en

el interior de *ese* lado será materia de ostracismo y exclusión. La democracia entendida como una forma de gobierno donde diferentes fuerzas representan intereses y visiones de mundo diversas, y las ponen en discusión entre sí con el objetivo de enriquecer la política y coadyuvar al pluralismo, es rechazada de plano porque son, en palabras de él, una pérdida de tiempo.

Con esto no queremos decir que no exista una necesidad de consenso en las democracias pluralistas sino que advertimos que existen interpretaciones diferentes y en tensión en su interior, por lo que ese consenso será siempre conflictivo. Además, el consenso acompañado a la idea de la unión, desalienta la participación política excluyendo pasiones que no pueden ser encauzados por mecanismos democráticos.

Puede observarse en la construcción de la democracia que quiere la alianza cambiemos, la intención de deslegitimar las instituciones del sistema que bregan por la protección de la soberanía popular. Son muestra de este mecanismo el hostigamiento al rol del sindicalismo o la demonización de cualquier acto de expresión popular en las calles. Consideramos que este proceso es parte de una reestructuración neoliberal del Estado donde las relaciones se vuelven cada vez más precarias y “se degradan asimismo las posibilidades de la organización colectiva en las fábricas o con arreglo en las categorías laborales” (Lorey, 2016).

Es aplicable a estas nuevas transformaciones que se dan en el sistema el término “posdemocracia” (Crouch citado por Mouffe, 2018) a través del cual se explica que los principios del ideal de democracia, igualdad y soberanía popular, son corroídos. En ese sentido, la relación entre las tradiciones del liberalismo político y la democrática ha sido una articulación histórica contingente que ha sabido soportar las tensiones entre ambas aún cuando esa tensión sea inerradicable. En el neoliberalismo se articula ese rasgo de liberalismo político con lógica financiera.

Otro rasgo distintivo del macrismo en cuanto apuesta neoliberal es concebir al Estado como una empresa, la democracia y todas sus instituciones son apreciadas de esa forma. Eso se puede notar tanto en las comparaciones que hace Macri a su pasado como empresario buen administrador relacionado a su actualidad en la gestión pública, como así también, la gran cantidad de CEOS ocupando cargos de conducción. Ese discurso permanente de atracción de inversiones es síntoma de esta razón neoliberal que, como señala Wendy Brown (2015), “configura el alma y la ciudad como empresas contemporáneas y no como entidades políticas”. De ahí, se desprenden otros rasgos como la incesante negación de la política como mecanismo transformador de la realidad sino como un impedimento para la gestión “transparente” del Estado.

A la vez, y en sintonía con lo que venimos planteando, la desigualdad pasa a ser legitimada en esta democracia, la figura del mérito, del esfuerzo y del emprendedor en el discurso macrista vienen a plantear una lógica de ganadores y perdedores, que es la lógica del mercado donde no hay un trato en la igualdad o en la protección ante las desigualdades. Por ende, una democracia que conciba la igualdad como un derecho garantizado por el Estado es desplazada por una configuración en la que solo entran ganadores y perdedores: la competencia empresarial.

## Conclusiones

Una característica importante para resaltar de los dispositivos de análisis son las temporalidades. El discurso de cambiemos es un discurso que no tiene presente, es un discurso que tiene pasado, construido negativamente sobre lo que fueron los 12 años de gobiernos kirchneristas y tiene futuro, representado por el modelo de país que ellos buscan en contraposición a lo que fue el kirchnerismo. En esa construcción del pasado que hace Mauricio Macri, también se observa la inexistencia de un pasado que vaya más allá de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Hay una negación de la historia y sobre cualquier acontecimiento que pueda tener significación política, ya que lo que está negado en esta construcción es básicamente la política. A la vez, el discurso macrista niega de plano el presente, es una apuesta que se aprecia en todos los discursos y hasta en algunos pasajes se hace explícito cuando enfatiza “basta de que nos regalen el presente para robarnos el futuro”. El enunciador propone “construir un inmenso puente que nos lleve de las frustraciones, de las amargas del pasado a la alegría de construir ese futuro maravilloso”. Consideramos que en este uso de la temporalidad se resume la apuesta discursiva de Cambiemos: hay un pasado lleno de negatividad, de frustraciones, representado por el kirchnerismo; el presente no existe todavía, es una transición abordada en la demanda de “comprometernos a estar todos juntos hacia un mismo lado”; y sí hay futuro, el futuro es Cambiemos, es maravilloso y lleno de alegrías. Por lo que se desprende, que solo existirá alegría sólo si estamos de *su lado*.

Por otra parte, se puede asumir, como plantea Laclau en un pasaje de “La razón populista”, que el sujeto *trabajadores* en el discurso peronista se ha llenado de significado para representar en su totalidad al pueblo. En función de esto, nos queda una posibilidad abierta y es la de si el sujeto *gente* configura una nueva forma en la construcción de subjetividades neoliberales y, por consiguiente, si es la característica identitaria de este nuevo espacio. Lo que queremos explicar en este punto es que el macrismo en la lucha por el signifi-



cante vacío pueblo busca resignificarlo, de hecho, lo hace y plantea una lógica donde los sujetos (gente) discuten sus luchas o demandas de manera separada y sin posibilidad de colectivizarlas: hay una forclusión de la política como construcción emancipatoria.

Para nosotros la categoría gente, tan presente en la discursividad macrista, es una apuesta que borra la política en la construcción social argentina. Es una subjetividad que se presenta como transparente pero que en realidad es la forma de no darle cauce a las tensiones de lo político a la hora de configurar esa totalidad precaria que es el pueblo. La implementación del sujeto gente niega por completo la adversariedad política y, por ende, la posibilidad de radicalización de la democracia.

Como observamos en el desarrollo, la instauración de una idea de proyecto amplio construido a través del *todos juntos* o de la *unión de los argentinos* no es otra cosa, según nuestra visión, que la obturación de los espacios para el disenso que una democracia pluralista necesita.

Asimismo, y en sintonía con lo que sostienen varios autores respecto de la racionalidad neoliberal, observamos que en los dispositivos de análisis está latente la precariedad que provoca la inseguridad, la vulnerabilidad y la incertidumbre. Consideramos que estamos ante un gradualismo de la precariedad en cuanto acciones de gobierno y asistimos a “un proceso de normalización que hace posible gobernar mediante la inseguridad” (Lorey, 2016). El neoliberalismo hace de la precariedad un componente democratizado en las sociedades actuales.

Para finalizar, nos resta preguntarnos por la permanencia de la cadena equivalencial, el pueblo o la gente en este caso, construido por el discurso cambiamos. Como hemos visto, Macri basa su producción en categorías propias de una coyuntura de cambio, en un pasaje de un modelo a otro, y lo mantiene hasta la actualidad. Con esto no decimos que la apuesta de polarizar con el kirchnerismo no sea válida ni necesaria sino que nos preguntamos hasta qué punto esa estrategia puede soportar la emergencia de nuevas demandas democráticas sin reinventarse. Ese pueblo construido no es un terreno neutral que actúa como garante de equilibrio de las demandas individuales, sino que “en la mayoría de los casos se torna una hipóstasis que comienza a tener demandas propias” que amenazan esa estructuralidad relativa (Laclau, 2015: 117). Lo que queremos decir con esto es que el macrismo ha construido su discurso en la diferencia con un modelo de país pero no ha sabido gestionar demandas de forma equivalencial que puedan crear cierta identidad sólida, que sea capaz de resistir los embates de las demandas de una contrahegemonía que empuja y disputa la centralidad política actual.



Por último, una breve reseña en cuanto a las rupturas o continuidades entre los discursos de cierre de campaña y los de apertura de las sesiones ordinarias que planteamos como interrogante en el comienzo del artículo. En primer lugar, las entidades más importantes se mantienen en los cuatro dispositivos de análisis sin que exista ningún cambio significativo. Por otra parte, se observa que en la campaña el contradestinatarario es construido de forma elíptica mayoritariamente y en las aperturas de sesiones se realiza más directamente y recurrentemente. Esto nos deja como principal observación que el gobierno de Cambiemos, si bien lleva dos años en funciones, construye *su* momento como una transición polarizando permanentemente con el kirchnerismo al cual le adjudica el presente que no es bueno pero va mejorar.

## **Bibliografía**

- Brown, Wendy (2015): *La pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- Laclau, Ernesto (2015). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2015): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lorey, Isabell (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficante de sueños.
- Mouffe, Chantal (2003). *La paradoja democrática*. Gedisa: Barcelona.
- Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Verón, Eliseo (1987): “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.



## **PARTIDOS POLÍTICOS, CRISIS DE REPRESENTACIÓN Y ANTROPOLOGÍA DE LA CIUDADANÍA.**

### **Hacia una propuesta analítica capaz de iluminar las transformaciones de la vida democrática en la Argentina contemporánea**

*MARÍA LUZ RUFFINI<sup>1</sup>*

Hace algunos años, Isidoro Cheresky declaraba con dureza: “Los partidos se han debilitado. Ahora no hay partidos, hay redes [...] y ésa es una tendencia general de época, irreversible. Ahora no hay partidos, hay redes políticas. Partidos de nuevo cuño”<sup>2</sup>. En este sentido, es ya un lugar común en la ciencia política el asumir que asistimos a un proceso de crisis y “metamorfosis de la representación” democrática: ésta ya no descansa en fuertes divisiones de clase, pertenencia social o adscripción religiosa, sino que es construida de manera relativamente contingente y lábil, sin existir ninguna línea de escisión predominante a priori (Manin, 1998).

En efecto: habitamos hoy un mundo en el que una mayoría de Estados nacionales con estructuras institucionales formalmente democráticas convive con grados inéditos de desigualdad, violencia e inequidad, contexto en el cual emergen múltiples formas de participación y acción colectiva que exceden –pero no sustituyen– los canales previstos tradicionalmente en los sistemas representativos. En este marco, se vuelve fundamental dar cuenta de estos procesos parcialmente novedosos ponderando su alcance y particularidades, las formas en que nuevos fenómenos sociales, políticos y culturales habilitan el surgimiento de inéditas formas de acción política; junto con la manera en que ello incide en las estructuras de participación preexistentes.

---

<sup>1</sup> Lic. En Ciencia Política, Lic. En Sociología. Becaria Doctoral del CONICET. Doctora en Ciencia Política en el Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: ruffiniluz@gmail.com

<sup>2</sup> La Nación, 25 de noviembre de 2012. <http://www.lanacion.com.ar/1529654-isidoro-cheresky-el-acto-electoral-no-es-como-era-antes-una-cesion-completa-de-soberania>.

Ahora bien: siendo nuestro interés centrar la mirada sobre los partidos políticos en la contemporaneidad, es posible reconocer una enorme cantidad y variedad de perspectivas, cada una de las cuales enfatiza cierta dimensión del objeto: enfoques tan diversos como aquellos centrados en dar cuenta de la relación de los partidos con las formas de estructuración social –clivajes–; las culturas políticas en su asociación con diversas formas partidarias y sociedades nacionales; la organización interna de los partidos; la particular arquitectura institucional del Estado y su vinculación con el sistema de partidos; las características de los sistemas electorales en que se da la competencia partidaria e incluso los tipos de oposición que los caracteriza convergen en la construcción de un campo de estudios diverso y plural, capaz de efectuar importantes contribuciones a la comprensión del funcionamiento de la vida política y las democracias contemporáneas.

Tal diversidad de puntos de vista ha llevado incluso a un persistente desacuerdo en torno a la definición misma de *qué es un partido político*: así como en torno a la política convergen múltiples concepciones y definiciones en función de criterios teóricos, filosóficos e incluso normativos y morales; en lo que respecta a los partidos políticos como actores clave de las democracias contemporáneas las perspectivas también resultan diversas y enfrentadas. Asimismo, las evaluaciones en torno a los partidos políticos en la actualidad también se diversifican: si bien el reconocimiento de su crisis es ineludible, los diagnósticos oscilan entre la aprehensión de ciertas modificaciones en el alcance y funcionamiento de estas organizaciones, por un lado, y la declaración de un progresivo proceso de desaparición partidaria, por otro.

En este marco, plagado de indeterminaciones y tensiones, pretendemos en el presente escrito demarcar una definición de *partidos políticos* que creemos más favorable para iluminar algunos aspectos clave de la situación éstos atraviesan en el mundo contemporáneo (1), para luego ahondar en algunos aspectos relevantes del fenómeno en América Latina y Argentina desde las transiciones democráticas de la década del '80 (2). Finalmente, y siendo el punto medular de nuestra apuesta en este trabajo, argumentaremos a favor de un enfoque antropológico de la ciudadanía para aproximarnos a una más cabal comprensión de las formas de existencia actual de los partidos políticos y los modos de incidencia de tales estructuras en la vida política y el devenir de las democracias contemporáneas (3).

## 1. Complejidades del objeto: entre la indeterminación conceptual y la crisis global.

En el ámbito de los estudios políticos no existe una definición clara y precisa sobre lo que es un partido político que sea aceptada mayoritariamente. Ello se explica en tanto las definiciones de partido se enraízan en concepciones particulares sobre democracia –con lo que se dificulta distinguir lo empírico de lo normativo– y, también, en que las organizaciones que se autodefinen como partidos resultan sumamente diversas y variables (Abal Medina, 2002).

En este campo de tensión y disputa entre definiciones disímiles, es posible diferenciar un grupo de “definiciones estrechas” o “electorales”, que restringen el alcance del concepto a aquellas organizaciones que buscan hacerse del control del aparato del Estado a través de la participación electoral, dejando por fuera aquellas formas institucionales que actúan en regímenes no competitivos o que no buscan acceder a cargos públicos. Este tipo de definición es la construida clásicamente por *G. Sartori*, quien asimismo elabora una compleja clasificación de los sistemas de partido que, reconociendo la centralidad de aprehender cuántos son los partidos intervinientes en un sistema político –en tanto ello indica la fragmentación y posibilidades de interacción–, profundiza en los criterios para determinar cuáles deben ser contados y complejiza la clasificación añadiendo al criterio numérico clásico (unipartidismo/bipartidismo/multipartidismo y sus variantes), el criterio cualitativo del fundamento de la fragmentación –segmentación o polarización ideológica– (Sartori, 1997).

Por otro lado, es posible reconocer una serie de definiciones “amplias” que, basadas en la sociología weberiana del poder, no asumen ni que el fin de todo partido político sea ocupar cargos gubernamentales ni que deban existir elecciones para poder hablar de la presencia de tales organizaciones. En este caso, lo que reduce la eficacia explicativa del concepto es la dificultad para establecer elementos distintivos que permitan el reconocimiento y abordaje específico de los partidos políticos como objeto.

En un punto intermedio, por otra parte, podemos reconocer por caso los análisis de *A. Panebianco*, quien propone una definición novedosa en línea con la sociología de las organizaciones asumiendo la centralidad de investigar las particularidades de la estructura del poder en la organización<sup>3</sup> y complejizando la idea de poder, alejándose del determinismo de la famosa “ley de

---

<sup>3</sup> Y ello, distanciándose de las reticencias a este tipo de abordaje, provenientes tanto del “prejuicio sociológico” (los partidos políticos no serían más que manifestaciones en el ámbito político de las divisiones sociales) y el “prejuicio teleológico” (se atribuye arbitrariamente y a priori ciertos fines a los partidos políticos, ya sea en función de su enfo-

hierro de la oligarquía” de R. Michels (Panebianco, 1990). En este marco, lo que distingue a los partidos políticos para el autor es, al igual que en cualquier otra organización, “[...] el específico ambiente en el que desarrollan una específica actividad. Sean cuales fueran los demás posibles escenarios que comparten con otras organizaciones, sólo los partidos operan en la escena electoral y compiten por los votos” (Panebianco, 1990: 34).

Más recientemente, J. Abal Medina (h), combinando las propuestas de Ware (1996) y La Palombara (1966), define a los partidos políticos como instituciones con una organización que pretende ser duradera y estable, que buscan explícitamente influir en el Estado, generalmente intentando ubicar a sus representantes en posiciones de gobierno a través de la competencia electoral o procurando algún otro tipo de sustento popular (Abal Medina, 2010).

Esta definición tiene, a nuestro criterio, la virtud de explicitar simultáneamente la relevancia de varias de las dimensiones ineludibles en el abordaje de los partidos: el aspecto estrictamente institucional/organizacional, la relación con el Estado y el gobierno, junto con los modos de acceso a los espacios de poder y los criterios de legitimidad que acompañan esa pretensión.

Asimismo, queda planteada a partir de esta definición la cuestión de los agentes sociales relevantes en un abordaje que intente repensar el accionar y lugar de los partidos políticos en las democracias representativas contemporáneas: los dirigentes o referentes políticos con inscripción partidaria y la ciudadanía de participación política más difusa. A este respecto, P. Mair construye un diagnóstico global sobre la situación de los partidos políticos, a través del cual enfatiza las particularidades de ambos grupos de agentes vinculados a los partidos: “representantes” y “representados”; “dirigentes” y “electores”.

En lo que atañe a los dirigentes políticos, éstos habrían en los últimos tiempos acompañado la retracción ciudadana hacia lo privado con su propio encierro en las instituciones de gobierno. En este sentido, asisitiríamos a su retirada de la sociedad civil hacia el Estado y el gobierno junto con una continua erosión de las identidades partidarias diferenciales, lo que redundaría -en un círculo continuamente retroalimentado- en un alejamiento de los dirigentes de la ciudadanía y las organizaciones de la sociedad civil; y un acercamiento entre sí en el marco de las instituciones estatales:

“Si consideramos que el papel y la situación de los partidos en una entidad política democrática se encuentra en una zona intermedia entre la sociedad y el Estado, entonces podemos considerar que se

---

que ideológico o bien en virtud de definiciones mínimas de los partidos que se centran en reconocer la búsqueda de la victoria electoral) (Panebianco, 1990).

han desplazado a lo largo de este continuum, desde una posición en la que se podían definir como actores sociales –como sucedía en los modelos clásicos de partidos– hacia otra en la que se definen mejor como actores estatales” (Mair, 2007: 41)<sup>4</sup>

En este sentido, si tradicionalmente se supone que los partidos políticos tienen por objeto integrar y movilizar a la ciudadanía, articular intereses para la construcción de políticas públicas, reclutar y promover líderes políticos y dar forma a la vida política de las instituciones estatales, es decir, combinar tareas de representación con las de procedimiento, es posible afirmar que son estas últimas las que han adquirido preeminencia en los últimos años (Mair, 2007).<sup>5</sup>

Paralelamente, y en lo que hace a la ciudadanía en términos generales, Mair señala que asistimos a una progresiva y aun escasamente comprendida retirada de buena parte de los ciudadanos del mundo político, observable en una marcada tendencia hacia índices de participación cada vez más bajos, una creciente falta de consistencia de las preferencias partidistas –mayor volatilidad e imprevisibilidad- y una menor disposición a la militancia, todo lo cual confluye a sostener:

“[...] un respaldo a la tesis de que los ciudadanos están desvinculándose del escenario tradicional de la política. Incluso cuando votan –lo que hacen con menor frecuencia y en menor proporción– sus preferencias se concretan en los días que preceden a la votación y se guían menos por afinidades partidistas. En este sentido, el electorado se está desestructurando, proporcionando mayores oportunidades para que aparezcan nuevas alternativas, y obligando a partidos y candidatos a un mayor esfuerzo de campaña. Muchos de estos cambios no se han hecho notar hasta finales de la década de 1980” (Mair, 2007: 39-40).

---

<sup>4</sup> Este proceso se halla vinculado a una serie de factores clave: Mayor dependencia de los fondos públicos y apoyo del estado, nuevas leyes y regulaciones que implican la distribución de fondos públicos y subvenciones estatales que conllevan la intensificación del control (Mair, 2007)

<sup>5</sup> Este divorcio, sintomático de la ampliación del hiato entre elites y ciudadanos que se pone de manifiesto en la aproximación de los partidos políticos al Estado y su alejamiento de la sociedad civil; tiene enormes implicancias: un vacío generador de un acercamiento a la derecha de grandes mayorías, la progresiva autonomización de elites políticas a favor de sus propios intereses, la escisión entre “democracia constitucional” y “democracia popular”, con resultados desfavorables para esta última, e incluso la producción de “[...] mayores estímulos para la política del espectáculo y de las carreras de caballos” (Mair, 2007: 46)

Para Mair, si hasta la década del '70 era posible pensar en la política como algo que concernía profundamente a los ciudadanos, hoy ésta se ha convertido en un mundo observado desde fuera: la transformación de una “democracia de partidos” en una “democracia de audiencia” implica inevitablemente el debilitamiento de las instituciones tradicionales como los partidos políticos (Mair, 2007), que encuentran serias dificultades para sostenerse en un escenario en el que las reglas del juego democrático han mutado de manera tan profunda.

Este certero diagnóstico resulta, a todas luces, poco alentador para todo análisis interesado en pensar el futuro de los partidos políticos: ante una tendencia global de escisión entre los representantes políticos y los ciudadanos “de a pie”, encriptándose los primeros en el Estado y los segundos retrayéndose hacia los espacios privados, el vaciamiento y la crisis de las instituciones democráticas tradicionalmente mediadoras resulta innegable. Ahora bien: aun asumiendo esta caracterización, creemos que no es posible realizar análisis certeros y situados sino a condición de aprehender la especificidad de la encarnación de estos procesos que, en función de la específica historia política de ciertas regiones y estados nacionales, son susceptibles de un devenir específico. Veamos, a continuación, algunas precisiones en torno a la situación de los partidos políticos y su crisis, temporal y espacialmente situada.

## **2. Circunscribiendo la complejidad: los partidos políticos en América Latina y Argentina contemporáneas.**

Las transiciones a la democracia desde fines de los años '80 en América Latina forzaron a los partidos políticos a intentar compatibilizar dos procesos de distinto orden, contradictorios entre sí: el proceso de democratización político- institucional y la implementación de políticas económicas de orientación neoliberal, que se hallan en la base de la peor crisis económica sufrida por la región en medio siglo. A esto se sumó la implementación de una serie de ajustes estructurales extra- económicos que transformaron el conjunto de las relaciones sociales, llegando a romper los lazos que los partidos habían forjado con la sociedad desde mediados del siglo XX (Roberts, 2002)<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Cabe considerar, sin embargo, que la particularidad de los legados e historias específicas de los partidos políticos en cada país condicionó elaboraciones disímiles de esta tensión, lo que debe ser tenido en cuenta en los análisis de casos nacionales. En particular, los autores reconocen tres itinerarios alternativos en el proceso de formación de partidos políticos en América Latina: Sistemas de partido –con implantación relativamente fuerte de los partidos en la sociedad y el reconocimiento mutuo entre éstos como interlocutores válidos en la arena política-, Partidos sin sistema – caracterizados por la presencia de hege-



De este modo, es posible reconocer con M. Cavarozzi y E. Casullo la superposición de dos procesos en tensión en la Latinoamérica de fines del siglo XX: la *consolidación democrática* y la *crisis de las modalidades de articulación y representación de intereses*, lo que redundaría en la convivencia –ineludiblemente compleja y contradictoria– de una aparente estabilidad partidaria con una profunda crisis de representación (Cavarozzi y Casullo, 2002).

Esta tensión desembocaría en una extrema paradoja: la existencia simultánea de procesos de consolidación democrática y una creciente inestabilidad e ilegitimidad del campo político y sus actores e instituciones centrales, lo cual se puso de manifiesto con particular claridad y dramatismo en Argentina con los sucesos de diciembre de 2001. En efecto: dicho acontecimiento político-social no sólo pondría en cuestión los fundamentos de legitimidad de las elites gobernantes, sino que también cuestionaría los cimientos del sistema democrático representativo, extremando la crítica a las maneras de articulación entre las estructuras partidarias y los actores y dinámicas de la sociedad en ese momento histórico.

En este sentido, y en línea con el diagnóstico global construido por Mair al que hicieramos referencia en el apartado anterior, podemos reconocer en la Argentina de principios del siglo XXI un caso particular del creciente proceso de separación de elites y ciudadanía en la política electoral, observable en la notable indiferencia popular respecto de la política –y más discutiblemente de la democracia–, en correlación con un interés en sentido contrario de las investigaciones y el pensamiento político, interesado en reconstruir la “posibilidad democrática”, pero distanciándose de los formatos tradicionales de la democracia de masas o bien intentando redefinir la democracia de tal modo que no se centre la atención en el componente “soberanía popular”<sup>7</sup>.

---

monías unipartidarias articuladas en torno a ‘partidos eje’ vinculados al industrialismo y la movilización de las nacientes clases obreras y Políticos sin partido – definidos por la extrema debilidad y maleabilidad de los partidos políticos (Cavarozzi y Casullo, 2002)

<sup>7</sup> En palabras de Mair: “En última instancia, es un intento de redefinir la democracia en ausencia del pueblo. Una parte de este proceso de redefinición descansa en resaltar la distinción entre lo que se ha llamado «democracia constitucional» y lo que podemos llamar «democracia popular»; una división que se solapa y recuerda la primitiva distinción que realizaba Robert Dahl, entre «democracia madisoniana» y «democracia populista. El componente constitucional enfatiza la necesidad de controles y equilibrios entre las instituciones e implica el gobierno para el pueblo; el componente popular hace énfasis en el papel de los ciudadanos y la participación popular e implica el gobierno por el pueblo. Los dos elementos coexisten y se complementan mutuamente en una acepción «unitaria» de la democracia. No obstante, en la actualidad asistimos a la separación y enfrentamiento de ambos elementos, tanto en la teoría como en la práctica” (Mair, 2006: 26). Ante este

Ahora bien: luego del año 2001 –y con mayor énfasis a partir de 2003–, asistimos en Argentina a un proceso de recomposición institucional y relegitimación del sistema democrático, apuntalado por fuertes indicios de recuperación económica, el incremento de la intervención estatal en un amplio espectro de relaciones sociales y una progresiva recuperación de la centralidad de la discusión política en múltiples espacios del mundo social. En particular, el devenir histórico desde la primera presidencia de Néstor Kirchner permite pensar que habría resultado apresurada cierta “sentencia de muerte” dictada desde buena parte de la academia a los partidos políticos y las instituciones estatales a partir del auge del movimiento piquetero y otras formas novedosas de protesta y movilización social de fines de los ’90 (Suarez, 2013).

En efecto: lejos de dejar de gravitar firmemente en el horizonte político argentino, las instituciones estatales y vinculadas a la democracia representativa recuperaron a partir de ese momento la iniciativa política, buscando reconstruir sus bases de legitimidad, recomponer el entramado social y paliar los efectos más devastadores de la crisis económica. De hecho,

“Si bien el auge de la protesta y el descontento tuvo sus consecuencias, lejos estuvo de refundar las lógicas de la representación política bajo un nuevo signo. Los partidos políticos –sí más fragmentados e irregulares– continuaron funcionando como canal privilegiado de acción política, aunque cada vez más integrados al aparato estatal y disociados de la sociedad civil” (Suarez, 2013: 6).

En este contexto, entonces, se vuelve necesario tensionar las formas tradicionales representación y modos de existencia de los partidos políticos en la vida democrática argentina con las transformaciones que ineludiblemente derivan de su crisis a principios del siglo XXI, haciendo especial hincapié en su relación compleja -y muchas veces conflictiva- con nuevas formas de participación y acción social y política. A este respecto, presentaremos a continuación algunas intuiciones que, siendo coherentes con nuestros intereses de investigación, contribuyen a demarcar una vía de entrada al problema capaz de aprehender en toda su magnitud las novedades que las profundas transformaciones en las sociedades y democracias contemporáneas permiten prever.

---

panorama, cabe preguntarnos qué impacto ha tenido sobre los partidos políticos esta degradación del componente popular de la democracia y qué papel han desempeñado en ésta los propios partidos: si el componente popular de la democracia necesita de la “mediación” partidos políticos ¿su crisis supondría, ineludiblemente, la pérdida del componente popular del régimen democrático?

### 3. Entre la tradición institucional y las prácticas concretas: la antropología de la ciudadanía y los partidos políticos

En base a lo expuesto anteriormente, creemos que ni una mirada centrada exclusivamente en los partidos políticos en su dimensión institucional, ni una puramente enfocada en el accionar de dirigentes, militantes o ciudadanos sin considerar su inscripción y vínculos organizacionales más estructurados permitirá aprehender cabalmente -complejizando y tensionando- la tan mentada crisis de representación o crisis de los partidos políticos. En este sentido, entendemos que para el caso argentino ya no basta con hablar de una crisis en sentido general, siendo necesario dar cuenta de las transformaciones que se operaron en el campo político y en la institucionalidad democrática desde el año 2003, profundizando en el lugar que a los partidos políticos toca en dicho proceso.

A este respecto, entendemos que una *vuelta crítica al concepto de ciudadanía* puede convertirse en una herramienta capaz de iluminar desde nuevos ángulos este problema, pues es claro que esta noción lleva ínsitos los vínculos entre la sociedad civil y el Estado; entre los representantes o referentes y sus electores o adscriptos. Y una mirada de la ciudadanía que problematice y desesencialice esos vínculos puede ayudar, desde nuestro punto de vista, a percibir de nuevas maneras las formas de existencia de las instituciones democráticas de mediación, en particular los partidos políticos.

A este respecto, entendemos en primer lugar que resulta fundamental desmarcarnos de una definición de ciudadanía de corte Marshalliano, como status que se otorga a aquellos que son miembros de pleno derecho de una comunidad y devienen iguales en lo que refiere a derechos y deberes. En efecto: para T. H. Marshall, existe un tipo de igualdad básica asociada a la pertenencia plena a una comunidad que no es inconsistente con las desigualdades económicas o de clases: la ciudadanía. Asimismo, para este autor, la ciudadanía habría “evolucionado” durante los últimos tres siglos, incorporándose sucesivamente derechos de tipo civil, político y social (las tres dimensiones de la ciudadanía según su perspectiva<sup>8</sup>), que luego habrían coexistido en desigual grado de desarrollo a lo largo de la historia (Marshall, 1988).

---

<sup>8</sup> La dimensión civil de la ciudadanía refiere a la libertad individual-persona, expresión, pensamiento, religión, propiedad...-; la política se vincula con la participación en el ejercicio del poder político como gobernante o elector; mientras que la social hace referencia a “[...] todo el espectro desde el derecho a un mínimo de bienestar económico y seguridad al derecho a participar del patrimonio social y a vivir la vida de un ser civilizado conforme a los estándares corrientes en la sociedad” (Marshall, 1998: 303)

En una dirección semejante se orienta el planteo de D. Schnapper, para quien históricamente no era posible hacer de la igualdad jurídica y política –homologables a las dos primeras dimensiones de la ciudadanía marshalliana- la base del lazo social y la legitimidad política sin llevar adelante ciertas medidas capaces de morigerar las desigualdades económicas y sociales –tercera dimensión de Marshall-; proceso que no escapa al debate entre las democracias liberales y el comunismo que caracterizaría a la segunda mitad del siglo XX<sup>9</sup>(Schnapper, 2004)

Este tipo de perspectivas, no obstante, además de presentar un carácter eminentemente formalista junto con un marcado sesgo eurocéntrico, construyen una visión lineal de la historia incapaz de dar cuenta de las tensiones, contradicciones, luchas y procesos de resistencia social; elementos clave a la hora de dar cuenta del progresivo reconocimiento de derechos sociales en la modernidad capitalista. En este sentido, toda constitución de una comunidad implica una cantidad considerable de trabajo, y la pertenencia a ésta puede exceder con mucho la definición liberal de derechos y deberes (Lazar, 2013)<sup>10</sup>.

De esta manera, la ciudadanía puede ser analizada como un conjunto de prácticas que constituyen encuentros entre el Estado y los ciudadanos, enfatizando en los procesos que convierten a las personas en “miembros plenos de una comunidad”. Así, es posible cuestionar desde el trabajo empírico la idea liberal de democracia dominante en la ciencia política- que parte de una concepción individualizada de la acción política-<sup>11</sup>, y comenzar a abordar las instituciones de la democracia representativa a partir de las formas en que

---

<sup>9</sup> La autora diferencia, en línea con este planteo casi teleológico de corte marshalliano, dos “generaciones” de intervenciones del Estado en lo que refiere las condiciones sociales de ejercicio de los derechos políticos: universalistas y particularistas, las que, siguiendo a Robert Castel apuntan respectivamente a la integración –buscan grandes equilibrios y la homogeneización social- y la inserción –asociadas a una lógica de “discriminación positiva” (Schnapper, 2004).

<sup>10</sup> En este sentido, asumimos con Peirano que es vital suspender certezas preconcebidas e ideas a priori sobre lo que la política es o debería ser en la modernidad republicana y democrática y, sobre esa base, comprenderla tal como es concebida y actuada por los propios actores (Frederic y Soprano, 2008).

<sup>11</sup> En este marco, por caso, es posible ver cómo los recientes movimientos sociales, en particular los vinculados en Latinoamérica a los pueblos indígenas, no sólo han apelado a la “inclusión”, sino que han buscado redefinir los términos mismos de su participación en la política y en el gobierno. (Lazar, 2013). En el caso argentino, por ejemplo, vemos cómo Semán y Ferraudi plantean la centralidad de dudar sobre la universalidad del agente supuesto por las teorías de la democracia y descentrar las explicaciones de fenómenos políticos hacia el entramado territorial, situado, de las relaciones de poder (Semán y Ferraudi, 2013). Estos abordajes, que ponen en discusión las dicotomías y la cerrazón de las concep-

contribuyen a configurar y son re-configuradas en y por las prácticas políticas de los agentes sociales<sup>12</sup>.

A este respecto, los abordajes producidos desde la etnografía, por medio del énfasis disciplinar en las experiencias vividas, “[...] han revelado las contingencias de la membresía política, su relación con las prácticas cotidianas de la política y cómo la ciudadanía es un mecanismo para hacer afirmaciones y reclamos sobre comunidades políticas diferentes, entre las cuales el Estado es sólo una más (Lazar, 2013:203)”. Los aportes clave de la antropología, en este sentido, se vinculan con la desnaturalización de la ciudadanía liberal y el interés por cómo se constituyen de hecho la membresía política y la subjetividad en determinados contextos<sup>13</sup> (Lazar, 2013), lo que permite pensar en un abordaje novedoso de las instituciones democráticas –por caso, los partidos políticos–: un enfoque abierto a las formas en que éstos constituyen prácticas sociales de manera relativamente contingente y son permanentemente producidos y recreados por éstas.

Este tipo de mirada, vinculada a los campos de estudio de ‘antropología del Estado’ –la cual asume que éste adquiere existencia en un conjunto de encuentros entre funcionarios y ciudadanos–; y a la ‘antropología de la democracia’ –que estudia las comprensiones populares de la democracia y el involucramiento de la “gente común” con las instituciones democráticas– tiene la virtud de no partir de definiciones preconstituidas –por caso, de la democracia y sus instituciones–, sino que habilita la emergencia de los sentidos societales en base al involucramiento dialógico con los agentes sociales en espacios y circunstancias concretas (Lazar, 2012). Como afirma Quirós, siguiendo a Goldman:

---

tualizaciones clásicas, son clave para el abordaje de procesos de crisis y transformación como los que atañen a los partidos políticos en la actualidad.

<sup>12</sup> Es así que se vuelve central, por ejemplo, examinar la tensión existente entre los sentidos individuales y colectivos del “yo” y de la acción política, considerando cómo las comprensiones individuales y liberales interactúan con las tradiciones colectivistas, en una combinación creativa de recursos políticos que varía de acuerdo a las circunstancias y objetivos (Lazar, 2013). Por caso, en Bolivia, “La combinación creativa de muchas tradiciones diferentes es la fuente de lo que muchos ven como una revitalización de la democracia boliviana asociada con el poder contemporáneo de la política popular” (Lazar, 2013: 239).

<sup>13</sup> Siguiendo a Aristóteles, Lazar subraya dos dimensiones analíticas clave a la hora de pensar la ciudadanía: Por un lado, la ciudadanía es más que un status que da cuenta de la membresía a un cuerpo político sino que se constituye a través de un conjunto de prácticas asociadas a la participación en política y, por otro, la asunción de la subjetividad política como emergente de un proceso de creación, no natural.

“El Estado democrático y el sistema de partidos [...] no son sólo instituciones sino, también, un tipo específico de poder cuyo único modo de funcionamiento posible es oscilar, continuamente, entre “códigos explícitos” y “trampas inconfesables”; es en este sentido que la zona gris resulta un objeto analítico promisorio en nuestra comprensión de la política contemporánea” (Quirós, 2007).

Y es, a nuestro entender, en el abordaje desprejuiciado de estas zonas grises, profundamente inciertas y sorprendentes, donde se halla una clave fundamental para comenzar a comprender y atisbar el futuro de nuestras vapuleadas democracias contemporáneas.

## Bibliografía

- Abal Medina, J. (h) (2010) Manual de ciencia política. Buenos Aires, Eudeba
- \_\_\_\_\_ (2010) “Elementos teóricos para el análisis contemporáneo de los partidos políticos: un reordenamiento del campo semántico” en: Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. (h) El asedio a la política. Santa Fe: Homo Sapiens.
- Cavarozzi, M. y Casullo, E. (2002). “Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿Consolidación o crisis?” en: Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. (h) El asedio a la política. Santa Fe: Homo Sapiens.
- Frederic, S. y Soprano, G. (2008) “Panorama temático: antropología y política en la Argentina” en Estudios en Antropología Social, Vol. 1, No 1. CAS-IDES
- Lazar, S. (2012) “Antropología de la ciudadanía. Textos fundamentales”. Traducción de la cátedra de Antropología de los procesos políticos.
- \_\_\_\_\_ (2013). El Alto, ciudad rebelde. La Paz: Plural editores.
- Mair, P. (2007). “¿Gobernar el vacío? El proceso de vaciado de las democracias occidentales” en New Left Review en español, n° 42, pp. 22-48.
- Manin, B. (1998) Metamorfosis de la representación en Los principios del gobierno representativo. Buenos Aires: Alianza.
- Marshall, T. H. (1998) “Ciudadanía y clase social” en Marshall T. H. y Bottomore, T. Ciudadanía y clase social. Madrid: Alianza Editorial.
- Panbianco, A. (1990). Modelos de Partido. Madrid, Alianza Editorial.
- Quiros, J. (2008) “Los saqueos de 2001 y los grises de la política: una invitación a sociologizar lo clandestino. Comentarios al libro de Javier Auyero: La Zona Gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea” en Estudios en Antropología Social, Vol. 1, No 1. CAS-IDES.

- Roberts, K. “El sistema de partidos y la transformación de la representación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana” en: Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. (h) *El asedio a la política*, Santa Fe: Homo Sapiens.
- Sartori, G. (1992) *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*.
- Schnapper, D. (2004) *La democracia Providencial Ensayo sobre la igualdad contemporánea*, Rosario: Homo Sapiens.
- Semán, P. y Ferraudi, C. (2013) “La politicidad de los sectores populares desde la etnografía: ¿más acá del dualismo?” *Revista Lavboratorio*. N° 25, Año 14.
- Suarez, F. (2016) “La territorialización de la política: estado, partidos políticos y movimientos sociales” en: *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico* Vol. 10 (2) pp. 187- 199.





# DEMOCRACIA Y LIDERAZGO POLÍTICO: RECONFIGURACIONES EN EL NUEVO ESCENARIO ARGENTINO

*MARÍA VIRGINIA TOMASSINI<sup>1</sup>*

## **Introducción**

En el marco del proyecto “Tensiones en la Democracia Argentina: Reconfiguraciones de la militancia política, 2013/2017” dirigido por la doctora Bonetto, se pretendió introducir al análisis de la democracia argentina a partir del segundo gobierno de Cristina Kirchner, más específicamente se profundizó en los discursos y prácticas de los movimientos y organizaciones políticas que disputaron los sentidos de la democracia constituyendo construcciones democráticas que se consideran antagónicas (posliberal, neoliberal).

Podemos afirmar que el actual contexto político de nuestro país consolida un nuevo modelo democrático en conflicto con las anteriores configuraciones del proceso latinoamericano. Esta cuestión nos remite a discutir las tradiciones teóricas y sus prácticas, las que indagamos no en el marco de la universalización de la democracia liberal, sino a partir de esos escenarios democráticos alternativos como los existentes en Sudamérica (Bonetto, 2017) en tensión actualmente con el retorno neoliberal. Interesa reflexionar entonces, acerca del impacto de las configuraciones del modelo democrático en los liderazgos políticos sosteniendo como tesis preliminar que la concepción del modelo democrático tendrá impacto en los tipos de liderazgo que los partidos políticos construyen. Es la intención de este artículo, introducir a la discusión teórica

---

<sup>1</sup> Dra en Ciencia Política (CEA-UNC), Mgter en política y gestión del desarrollo Local (UNVM). Profesora Adjunta Partidos Políticos y sistemas electorales de la Licenciatura en Ciencia Política UNVM. Investigadora y codirectora en proyectos y programas UNVM, CEA-UNC y Mincyt. Coordinadora de la Licenciatura en Ciencia Política UNVM. Correo electrónico: tomassinivirginia@hotmail.com

en los sentidos mencionados haciendo hincapié en el liderazgo construido por Mauricio Macri al interior de su fuerza política (PRO).

## Representación Política y Liderazgo

Según Hanna Pitkin “Representar significa volver presente algo no realmente presente; vale decir que lo que no está aquí y ahora es nuevamente hecho presente” (Pitkin, Hanna.1985) en este sentido puede entenderse que representar es hacer presente algo que está empíricamente ausente. La paradoja del concepto de representación se encuentra de esta forma en el juego entre lo “ausente” y lo “presente”. En este sentido supone dos niveles, el de los representados (que se constituyen en lo ausente) y el del representante, que hace presente aquello que está ausente, por lo que la representación tendería un puente entre ambos, establecería un lazo de vinculación. Según Marcos Novaro

“... La voluntad colectiva necesita atravesar un proceso que la transforme de un conjunto atomizado e indeterminado de opiniones en una voluntad de acción común. Por lo tanto, representar no es solo mediar entre demandas dadas con antelación, sino que también consiste en la tarea de conformación de la identidad a representar, en *impersonar* (poner en forma) lo representable” (Novaro, M.1995:150).

Durante la década pasada, las democracias latinoamericanas experimentaron profundos cambios que derivaron en el surgimiento de nuevos estilos de liderazgo como contraparte a las desarticulaciones sufridas por los actores representativos tradicionales. Novaro afirma en este sentido, que presenciamos “el surgimiento de una “nueva política”, signada por el debilitamiento de las identidades partidarias e ideológicas y el simultáneo “reforzamiento y redefinición de los liderazgos y sus funciones representativas” (Novaro, 2000, p. 57).

Podemos afirmar entonces que las formas representativas mutan, redefinen identidades e intereses constituyendo y dando fundamento a las identidades sociales y políticas. Bernard Manin (1992) acuñó el concepto de “metamorfosis” de la representación política para destacar que, antes que a una crisis de representatividad, asistimos a una metamorfosis del vínculo político, a partir de la creciente “personalización” de la política y el papel central que adquieren los líderes políticos y su capacidad de construir imágenes simplificadas desde los medios masivos de comunicación (Fair,2017). Cabe preguntarnos entonces, cuál es el rol o que características presentan los liderazgos actuales en este contexto de metamorfosis representativas y reconfiguraciones en los modelos democráticos.

Ernesto Laclau (2004) pone el acento en la interpretación del liderazgo como resultado del proceso de representación, en la conformación de la identidad política. El líder se convierte así en un productor de símbolos y su actividad ya no concebida como actuar para sus electores comienza a identificarse con un liderazgo efectivo. Para Laclau, la identidad es resultado del proceso de representación, la relación con el líder depende del grado de distancia entre el yo y el yo ideal (Laclau, 2004).

Tal como lo sintetiza Hernán Fair, “La necesidad de todo representante político de tomar decisiones que afectarán los intereses de alguien que estará materialmente ausente” (Laclau, 2003a, p. 213), conducen al autor a concluir, desde una concepción posgramsciana, que la hegemonía presupone formas de representación” (Laclau, 1996; Laclau, 2003a, pp. 209 y 214). El representante político no puede volverse totalmente autónomo de aquellos sectores sociales a quienes representa (Laclau, 1993). Toda representación será, necesariamente, “parcial” (Fair, 2017). En la visión de Laclau, es el líder el que integra y representa “las demandas del pueblo” (Fair, 2017: 73-74).

Se revaloriza en esta visión, la figura del líder político como una figura potencialmente representativa, democrático-popular y legítima. Los sujetos necesitan entonces identificarse con algo como consecuencia de la imposibilidad de una identidad homogénea, de esta forma el líder se convierte en un articulador y productor de símbolos. La constitución identitaria implica entonces un proceso de representación: el sujeto es ‘sujeto de una falta’, un sujeto que necesita de otro para poder constituirse como tal, la representación actúa como suplemento de esa falta permitiendo su constitución. (Aboy Carlés; 2001: 42-43 (Laclau, 1994).

Tal como afirma Hernan Fair (2017), la Ciencia Política neoinstitucionalista tendió a menospreciar el papel central que adquieren los liderazgos políticos en el proceso de representación democrática, acusándolos de delegativos, autoritarios y anti-representativos y contraponiéndolos a la defensa del gobierno de la ley, la división de poderes y el modo de funcionamiento del sistema de partidos del parlamentarismo (Fair, 2017: 71) propios de una impronta o interpretación marcadamente liberal.

Panbianco sostiene una mirada institucionalista de los mismos tomando como eje la dimensión interna de los partidos políticos. Tomando como eje los tipos ideales weberianos<sup>2</sup> rescata la noción de carisma en cuanto se trata de:

---

<sup>2</sup> Recordemos que para Max Weber un líder político es quien busca la legitimación de sus “representados” para tomar decisiones políticas (Weber, 1998) tanto al interior de la organización que representa como en la toma de medidas concretas una vez que accede al gobierno.

Principio de legitimación” de carácter revolucionario que da lugar a organizaciones fundadas a través del predominio de relaciones personales de “...lazos de lealtad que unen directamente a los discípulos con el líder (...) la lealtad es en este caso el fruto del estado de gracia, de la misión que el líder está llamando a cumplir (Panebianco, 1990:269).

El liderazgo carismático implica una presencia del líder que establece un vínculo directo con sus seguidores, una identificación representada en la idealización del mismo. En ese vínculo directo con sus seguidores partidarios, se establece además de un sentido descendente de la relación líder-militante, un componente ascendente aún más importante que el anterior a través de la identificación con el líder (Novaro, 2000), (Tomassini, 2015,2017).

El proceso de identificación es para Panebianco generador de “lazos de lealtad” entre el líder y sus seguidores (Panebianco, 1990). Al ser el líder el intérprete y símbolo del partido es él mismo quien elabora, significa y resignifica, de manera continua los fines ideológicos de la organización (Tomassini 2015, 2017, 2018).

Politólogos contemporáneos parten de estos conceptos preliminares para interpretar los liderazgos políticos a partir de diversos estudios de caso. Isidoro Cheresky por ejemplo, reflexiona acerca de los liderazgos de Nestor Kirchner y Mauricio Macri. El autor establece una diferenciación entre los liderazgos populistas tradicionales y los neo populistas a los que denomina “de popularidad”. Realiza entonces esta diferenciación entre liderazgos tradicionales y liderazgos actuales, sosteniendo la identificación ideológica colectiva que establecen los líderes tradicionales a diferencia de la temporalidad de los actuales y la fragmentación ideológica o desideologización que los atraviesa.

Los líderes de popularidad no se apoyan ya en una masa homogeneizada sino más bien en una ciudadanía de expresión múltiple y por eso mismo no cuentan con seguidores imbuidos de la entrega hacia el líder carismático (Cheresky, 2008:35)

Los vínculos se caracterizan por la mediatización del mismo y tienen como sustento la opinión pública. Según Cheresky, la identificación entre el líder y los ciudadanos, es producto de momentos de crisis de representación agudas en donde el líder se convierte en la voz del pueblo ante un “otro”:

El líder de popularidad es visto con frecuencia como el “defensor del pueblo” ante los poderosos, los corruptos y las corporaciones” (...) “A veces el líder expresa un reclamo postergado, o

un rechazo, o más vagamente, un malestar social, y está llamado a suplir una vacancia en la representación (Cheresky, 2008:38).

Cheresky descrea del proceso de identificación actual de los líderes políticos al modo de los liderazgos carismáticos tradicionales argumentando que la personalización de los liderazgos actuales devienen en la falta de votantes cautivos (Cheresky, 2008). Coincidimos que estas características son pertinentes para analizar el liderazgo de Mauricio Macri, no así el del Nestor Kirchner, como realiza el autor en su obra. En su análisis, Cheresky pierde de vista la construcción política del kirchnerismo en su base territorial, la pertenencia a una estructura nacional como la del PJ y la fuerte identificación ideológica con seguidores, votantes y militantes del espacio. Consideramos entonces al liderazgo de Macri como de popularidad en los términos de Cheresky dado que “se sostiene en un vínculo directo con la opinión, con pocas mediaciones institucionales. El hecho de que su sustento sea la opinión significa que se trata de una ciudadanía carente de una pertenencia identitaria muy definida ideológicamente y que apoya a un líder en su capacidad representativa en una escena determinada, pero sus preferencias pueden variar cuando la escena se reconfigura”. En estos aspectos se profundizará en el próximo apartado.

### **Liderazgo en el nuevo escenario argentino: ¿retorno neoliberal?**

En Argentina, tras el retorno de la democracia, se conformó un sistema de partidos bipartidista, liderado por partidos tradicionales: primero con la victoria de la Unión Cívica Radical en 1983 y luego del Partido Justicialista en 1989. El radicalismo logró captar los votos de los sectores no peronistas, obteniendo en las elecciones presidenciales de 1983, la victoria sin la proscripción del peronismo, tal como había ocurrido en las elecciones que se sustanciaron entre 1955-1966. Sumado a esto, se manifestó un elevado nivel de participación en los comicios y bajos niveles de votos en blanco y nulos. Este entusiasmo de los primeros años de vida democrática comenzó a diluirse tras el fracaso del gobierno de Alfonsín frente a la cuestión militar y frente a la crisis económica.

Los partidos políticos tradicionales estaban en crisis, agravada también por su vinculación con corporaciones económicas y mediáticas que impactaban sobre la constitución ideológica de los mismos. Según Marcos Novaro esto provocaba la desvinculación de los ciudadanos con respecto a la actividad política y un predominio del individualismo (Novaro, 2000). La política estaba más cercana a la lógica mercantil y los políticos se “vendían” como productos ante clientes, ante consumidores, desvirtuándose la construcción de ciudadano, de sujeto político. Este proceso de vaciamiento de los partidos

tradicionales propició la aparición de partidos provinciales, como expresiones identitarias más locales e incluso más coyunturales. Como afirma Echeagaray:

Con la rutinización de los actos eleccionarios un nuevo actor a interrumpido en la escena política nacional: los partidos provinciales. Los mismos han emergido como el nuevo producto electoral de la Democracia y se han convertido en la parte más visible de los cambios sucedidos en el terreno político-institucional (Echeagaray, 1993:1)

De esta manera, frente a la crisis de legitimidad que significó el 2001, el debilitamiento de los partidos tradicionales y la atomización de los partidos en general, comenzaron a divisarse desde algunos sectores intentos de construir nuevos espacios de poder. Uno de estos espacios, es el que se construye a partir del liderazgo de Mauricio Macri. El PRO fue creado en 2002 en torno a la figura del mismo. Tal lo reconstruye Vommaro “en sus orígenes se llamó Compromiso para el Cambio (CPC), nombre que abandonó en 2005 por el de Propuesta Republicana (PRO), fruto de la alianza entre CPC y Recrear, la fuerza electoral de Ricardo López Murphy a fines de 2002 se presentó públicamente la candidatura de Macri para jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y se empezó a organizar un partido político que vehiculizase ese proyecto.” (Vommaro, 2013)

El fortalecimiento de su figura como principal opositor al modelo kirchnerista, se produce a partir de 2005, cuando Mauricio Macri se presentó como candidato a diputado nacional por la ciudad de Buenos Aires en alianza con el partido RECREAR. Nació así la “Alianza Propuesta Republicana”, que devendría en PRO. En esa instancia, tras obtener el triunfo con el 33 % de los votos, el nuevo partido obtuvo 6 bancas en la cámara de diputados. En los años siguientes PRO fortalecía su liderazgo en CABA mientras comenzaba a establecer lazos en otras provincias (por ejemplo Santa Fé a partir de 2007). Mauricio Macri postergó hasta 2015 su postulación a nivel nacional logrando fortalecer su estructura en CABA y provincia de Buenos Aires. Tal como sostiene Vommaro el triunfo en las elecciones de la ciudad de Buenos Aires en 2011 volvió a revalidar la eficacia del armado político de Macri en ese distrito (Vommaro, 2013). Sin duda esta decisión y la articulación con corporaciones y medios de comunicación, le permitió posicionarse favorablemente para las elecciones presidenciales de 2015. Si todavía faltaba territorialidad su alianza con la UCR le garantizó una estructura en todo el territorio de la Nación.

Tal lo interpreta Bonetto (2017) el triunfo de la alianza Cambiemos y la asunción del presidente Mauricio Macri en diciembre de 2015, significó el comienzo de la consolidación de un nuevo relato que promueve un modelo democrático liberal en lo discursivo pero que pone en tensión estos presu-

puestos a través de múltiples medidas que se tomaron a lo largo de su gestión. Este nuevo retorno a gobiernos de derecha marca el tipo de liderazgo que se construye bajo estas premisas.

¿Qué liderazgo construye entonces Mauricio Macri?, Gabriela Mattina afirma que “el liderazgo no sólo tiene un carácter construido, sino que dicha construcción constituye un proceso colectivo, resultante de la interacción conflictiva de una multiplicidad no coordinada de imágenes proyectadas por dirigentes políticos, periodistas y expertos en opinión pública” (Mattina, 2016: 73) Recordemos que Mauricio Macri se constituye al interior del espacio político que representa como “el articulador” de espacios heterogéneos. En este sentido, Vommaro y Morresi afirman que la heterogeneidad del PRO puede ser organizada en cinco facciones que se disputan el favor del líder y procuran afianzar espacios de poder propios:

“La primera de ellas, a la que llamamos la *facción de derecha*, fue formada por algunos partidos menores de origen federalista (como el Partido Demócrata de Buenos Aires, PDBA), algunos partidos liberales en declive (como AR) y partidos conservadores de escasa envergadura (como el Partido Nacionalista Constitucional, PNC), así como por algunos ex dirigentes de la Ucedé y líderes del liberalismo de Buenos Aires (ej Pinedo)(.....) El segundo grupo está formado en su mayoría por jóvenes profesionales llegados desde fundaciones, *think tanks* y organizaciones no gubernamentales vinculadas a la investigación y la promoción de políticas públicas y sociales. A este grupo lo denominamos la *facción de las ONG* y está compuesto principalmente por recién llegados a la política y por quienes arribaron a esta actividad en los años noventa (Larreta)(...) La tercera facción, a la que llamamos la *facción de los empresarios*, congrega a dirigentes que provienen del mundo corporativo y de los negocios en general. (...) El cuarto grupo, al que llamamos la *facción radical* agrupa a individuos (o grupos pequeños) provenientes de la UCR.(...) El quinto y último grupo, al que llamamos la *facción peronista* se compone mayormente por miembros del PJ porteño que en 2003 se vieron ante una situación muy difícil: su candidato en el distrito, Daniel Scioli, había sido elegido por Néstor Kirchner como compañero de fórmula para la campaña presidencial. Al mismo tiempo, para la CABA, Kirchner favoreció una alianza de centro-izquierda que los obligaba a relegar sus aspiraciones” (Vommaro y Morresi, 2014 :7).

Presentándose entonces, como un outsider, empresario exitoso y referente de la renovación política tras la crisis des instituciones representativas,



Macri logra articular esas diferentes facciones bajo su liderazgo. Al respecto, Gabriela Mattina (2016) afirma que ha construido su liderazgo en dos arenas: la partidaria y la mediática. En el primer aspecto se posiciona internamente articulando las diferentes facciones que componen al PRO, en el segundo aspecto Macri se presenta ante los medios de comunicación como el principal opositor al gobierno de CFK. La autora afirma que el liderazgo de Macri es producto de una construcción pública sustentada en los recursos simbólicos del líder. Por otra parte la legitimación de su figura provenía en sus orígenes de su condición de outsider, incluso “*Se presentaba así mismo como el único después del que se vayan todos nuevo en la política*” (Macri en Mattina, 2016:86). De esta manera la renovación de la política y la transparencia fundaban parte de su ejes discursivos principales. Estos aspectos y el del empresario exitoso que venía a realizar una gestión eficiente del Estado muestran un liderazgo construido bajo tópicos propios del neoliberalismo.

El discurso del presidente “consiste en la promesa de un orden con *menos política* (y por lo tanto, menos Estado) y más regulado (según los discursos de campaña del 2015) por el orden de los afectos y los valores morales individuales: *felicidad, responsabilidad, ganas de hacer, voluntad*, etc. Una nueva moral de transparencia, voluntarismo y buenas intenciones ocupa el lugar de los valores institucionales. Así, este dispositivo de enunciación resignifica la vieja fórmula liberal *democracia sin política*.” (Martinez, 34:2017)

Puede afirmarse entonces que Mauricio Macri construye al interior de su fuerza un liderazgo que sustenta su figura como “articulador de la heterogeneidad”. Sumado a ello sostiene un discurso pos político que intenta erradicar la politización de la década anterior bajo las premisas de la renovación y la transparencia. Si pensamos en su estrategia de penetración territorial podemos identificar las características “de popularidad” identificadas por Cheresky en tanto prioriza la mediatización de su imagen más que la estructura territorial a nivel nacional acentuando a través de estrategias de comunicación política la sensación de “proximidad” con sus votantes.

### **Consideraciones finales**

Puede afirmarse que Macri ejerce un liderazgo de “popularidad” según lo define Cheresky sobre un grupo ideológicamente heterogéneo que se auto-definen como “no contaminados” por la vieja política (sucio, ineficiente y corrupta). Este tipo de práctica política está arraigada a una interpretación de la Democracia gerencial, la cosa pública es homologada modo del ámbito privado asimilando una lógica economicista al funcionamiento del sistema político (Tomassini 2015,2017).



Macri se construye al interior de su partido en torno a una identificación directa, “de proximidad”, asumiendo su figura el símbolo partidario. En síntesis, a través de lo expuesto podemos afirmar que el liderazgo de Mauricio Macri puede definirse como uno que logra articular a través de su imagen (símbolo del empresario exitoso) a sectores que se definen heterogéneos en su identidad, pero que se identifican en su articulación con conceptos de eficiencia y transparencia propios de una construcción neoliberal.

## Bibliografía

- Cheresky, Isidoro (2008): *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: Manantial.
- Cheresky, Isidoro (2009): *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- Fair Hernán (2017): “La construcción político-discursiva del liderazgo de Fernando De la Rúa en la última etapa de su gobierno” *Revista SAAP. Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político* [en línea] 2017, 11 (Enero-Junio) : [Fecha de consulta: 4 de junio de 2018] Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387153373003>>\_ISSN 1666-7883.
- LACLAU, Ernesto (2005): *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo Cultura económica, Buenos Aires.
- MANIN, Bernard (1998): *Los principios del gobierno representativo*. Alianza Madrid.
- MICHELS, Robert (1979): *Los partidos políticos*. Amorroutou, Buenos Aires.
- MOUFFE, Chantal (2003): *La paradoja democrática*. Gedisa, Barcelona.
- MOUFFE, Chantal (2007): *En torno a lo político.*: Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- NOVARO, Marcos (1995): “Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática”, contenido en: *Revista Sociedad*, Nº 6.
- NOVARO, Marcos (2000): *Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas*. Homo Sapiens, Rosario.
- PITKIN, Hanna (1985): *El concepto de representación*. Centro de estudios constitucionales, Madrid.
- STAVRAKAKIS, Yannis (2007): *Lacan y lo político*. Prometeo, Buenos Aires.
- WEBER, Max (1998): *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Panebianco, Angelo (1990): *Modelos de partido*. Alianza, Madrid.

- Tomassini, M Virginia (2015): “Militancia Juvenil y estructura partidaria: tensiones vigentes” en Bonetto Susana y Martínez Fabiana (2015) *Militancia y Juventud*. Doctorado Ciencia Política CEA-UNC.
- Tomassini, M Virginia (2015) “El Partido Nuevo de Córdoba: Origen e Institucionalización” Tesis doctoral. Editorial CEA- UNC (en prensa).
- Tomassini, M Virginia (2017) *Contrapuntos: una mirada acerca de las juventudes militantes del fpv y el pro en la provincia de Córdoba*. Centro de estudios avanzado.
- Vommaro (2013) “Estudiar el reclutamiento partidario a través de la variable “generaciones políticas”: el caso del PRO en la ciudad de Buenos Aires Presentación en el Seminario del Departamento de Ciencias Sociales de la UDESA.
- Vommaro y Morresi (2014) “Unidos y diversificados: la construcción del partido PRO en la CABA”. Revista SAAP vol.8 no.2 Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

# FIGURAS DE LA JUVENTUD EN EL DISCURSO POLÍTICO ARGENTINO: RECONFIGURACIONES DE LA ENUNCIACIÓN AUDIOVISUAL

*YAIR BUONFIGLIO<sup>1</sup>*

## **Introducción**

Poco tiempo después del triunfo de Mauricio Macri en las elecciones presidenciales de 2015 en Argentina, nos preguntábamos si tal episodio sería el comienzo de un “giro a la derecha” en nuestro país, o si la aparición de nuevos agentes sociales en los espacios de toma de decisión gubernamental acabaría subsumida en una hegemonía previamente establecida (Buonfiglio, 2016). Transcurridos más de dos años del mandato de la alianza Cambiemos, la actualidad política muestra que la derechización de los gobiernos no solo se ha consolidado en la Argentina, sino que se ha extendido por toda América Latina.

Interesa, por lo tanto, analizar el modo como se produjo una sustancial transformación en el orden de lo decible (Angenot, 2010). De qué manera significantes, temáticas, fetiches que ocupaban zonas periféricas del discurso social cobraron centralidad y se convirtieron en claves legítimas de intelegibilidad del mundo. En otras palabras, se torna relevante indagar acerca del proceso de construcción de una nueva hegemonía (Laclau, 2015) en torno a significantes que emergieron para nombrar de manera legítima la totalidad de lo social.

El objetivo de este trabajo es, entonces, analizar y contrastar piezas audiovisuales correspondientes a las campañas electorales de Cristina Fernández de Kirchner en 2011 y Mauricio Macri en 2015. Consideramos que un abordaje de este tipo nos permitirá reconstruir aspectos clave de la hegemonía discursiva

---

<sup>1</sup> Graduado en Letras, especialista en Educación y Derechos Humanos. Doctorando en Comunicación Social. Becario doctoral Conicet. Profesor en la UNC. Correo electrónico: yairb@conicet.gov.ar

kirchnerista y compararla con los nuevos lenguajes que pudieron articularse a partir de su dislocación (Barros, 2012). El criterio que hemos establecido para seleccionar el corpus consiste en recortar aquellos fragmentos discursivos donde aparece tematizada, explícita o implícitamente, la figura del joven. Tal decisión se ha tomado a fin de contribuir a un proyecto mayor, donde abordamos específicamente el modo como se construye la figura del joven en la discursividad mediática y política.

Nuestra argumentación puede sintetizarse en dos ejes fundamentales. El primero, referido al contenido del discurso, esto es, a los programas narrativos que construyen palabras e imágenes con el propósito de suscitar la adhesión del enunciatario a los proyectos que el enunciador se atribuye. El segundo, vinculado a los *lenguajes*, se pregunta por algunas marcas de la enunciación que se hacen visibles en la materia significativa y por los medios donde se la hace circular.

Respecto de la primera cuestión, sostendremos que se ha producido un radical trastocamiento en los valores que aparecen como legítimos en el discurso político hegemónico. Mientras que el discurso kirchnerista construía un enunciador populista cuyo proyecto consistía en suturar las heridas producidas a un *pueblo dañado* (Barros, 2012), la lengua del macrismo instituye el mérito individual como valor central en la vida de los individuos, cuyo bienestar habría de alcanzarse a partir de la suma de esfuerzos personales y no como resultado de la intervención del Estado.

A propósito de la segunda, mostraremos el modo como las distintas construcciones del enunciado audiovisual implican diferentes modos de configurar la relación Enunciador – Enunciatario, de tal modo que las adoptadas por la publicidad macrista parecieran más efectivas en el contexto cultural contemporáneo.

## **El cambio**

De acuerdo con Benjamín Arditi (2009a), es posible identificar ciertas invariantes que han sido transversales a los heterogéneos y complejos procesos políticos que atravesaron América Latina durante la primera década del siglo XXI. Para el politólogo paraguayo, el fortalecimiento del Estado y, con ello, la regulación del mercado, la distribución del ingreso en orden a una mayor justicia social y cierta tendencia al acrecentamiento de la participación social en la vida política son rasgos que han caracterizado a los gobiernos de Chavez en Venezuela, Morales en Bolivia, Vázquez en Uruguay, Da Silva en Brasil, Ortega en Nicaragua, Correa en Ecuador y Kirchner en Argentina (Arditi, 2009b).

Dicho proceso, conocido como “giro a la izquierda”, tuvo su correlato argentino con los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Durante este período, el discurso gubernamental hizo de la igualdad y el “para todos” el centro de articulación de diferentes demandas. Así, los excluidos del mercado tuvieron su respuesta en la Asignación Universal por Hijo y la universalización de las jubilaciones, las minorías sexuales obtuvieron el matrimonio igualitario y la ley de identidad de género, los estudiantes recibieron netbooks que contribuyeron a reducir la “brecha digital”, los trabajadores sindicalizados recibieron recomposiciones salariales, entre otras decisiones inscriptas en el mismo horizonte.

Como hemos sostenido en otros trabajos (Buonfiglio, 2016), siuviésemos que abstraer una estructura común al *relato kirchnerista* podríamos establecer que allí se presenta al Estado como el sujeto de hacer por excelencia, aquel que habría de operar una serie de transformaciones cuya finalidad sería poner al *pueblo –plebs* (Aboy Carlés, 2010)- en conjunción con los objetos de valor que el neoliberalismo le habría quitado ilegítimamente. En este macroprograma narrativo, que se corresponde con la caracterización que Barros (2012) ha formulado acerca de las articulaciones populistas, el ciudadano/sujeto modelo es aquel que se involucra con los procesos colectivos de transformación social desde su contribución –vía militancia- al sostenimiento de la orientación asumida por el Estado.

Pero este modo de nombrar lo real, que había logrado representar de manera más o menos legítima la totalidad de lo social durante una década, comenzó a perder efectividad para responder a la heterogeneidad de demandas particulares. Se produjo, así, lo que Barros (2012) denomina *dislocación*, lo cual, como advierte el politólogo, abre el espacio de representación a posibilidades que hasta ese momento no se percibían como tales. Esto se produjo en el contexto de una relativa estructuralidad donde un lenguaje disponible –el neoliberal- fue articulado con algunos tópicos novedosos. Esto, finalmente, logró interpelar exitosamente a una mayoría que terminó por elegir a Mauricio Macri como presidente de la Nación.

Este nuevo lenguaje construyó un relato sustancialmente diferente al del kirchnerismo (Buonfiglio, 2016). Allí, el sujeto que aparece como protagonista de los proyectos de transformación social es el empresario. El Estado, por su parte, queda reducido a un rol de ayudante/facilitador, o incluso se espera de él que realice la menor cantidad posible de acciones, lo cual es interpretado como no-obstaculizar los programas narrativos que se le atribuyen al sujeto de hacer. En este marco, el rol que se le asigna al sujeto/ciudadano es el de construir y gestionar su propia competencia a fin de adecuarse a las necesidades del mercado e incorporarse, así, al proyecto empresarial.

En consecuencia, la transformación social se produciría ya no como resultado de una acción colectiva liderada por el Estado, sino como la suma de haceres individuales que tienen a los empresarios, también individualmente, como protagonistas. El ciudadano, por su parte, ya no aparece como el destinatario de objetos de valor otorgados por el Estado, sino que debe resolver sus propias carencias sin ayuda de ningún tipo, con recurso al *mérito* en tanto hacer caracterizado por el énfasis en el querer y el poder.

### **Fragmentos de un tejido: la campaña de Cristina Kirchner**

Las piezas audiovisuales conocidas como “La fuerza de los jóvenes” pueden encontrarse actualmente en YouTube. Sin embargo, en el contexto de la campaña electoral correspondiente a los comicios presidenciales de 2011 circularon en los diferentes canales de televisión como parte de los minutos asignados gratuitamente a los partidos políticos de acuerdo con la ley electoral.

Estos *spots* integran una serie de piezas audiovisuales que formaron parte de dicha campaña y que presentan ciertas invariantes. La más notoria es que en todas ellas aparece impresa, hacia el final, la leyenda “La fuerza de...”, completada con distintos sintagmas nominales de acuerdo al caso, tales como “la inclusión”, “el trabajo”, “la familia”, “la vida”, “la educación”, “el amor” o “la verdad”. “La fuerza de...” condensa el contenido del enunciado, sintetiza el objeto de valor que se pone en circulación, a la vez que construye una cadena de equivalencias (Laclau, 2015) que permite articular una serie heterogénea de demandas en torno a un significante vacío —el candidato— que estaría en condiciones de llevar a cabo las transformaciones necesarias para dar respuesta a todas ellas.

Otro de los elementos invariantes en la serie es la estructuración del enunciado audiovisual en tres dimensiones cuyas características se repiten. La visual, mediante la proyección de una sucesión de imágenes en movimiento donde pueden verse numerosas figuras humanas que participan en actos políticos o manifestaciones populares; la vocal, que hace aparecer la voz en off del candidato, quien pronuncia un mensaje siempre diferente pero con un contenido generalmente didáctico (Verón, 1988); y la musical, que presenta una melodía desde que comienza hasta que termina el enunciado, aunque su volumen se incrementa hacia el final, momento en el que se entremezcla con el sonido de aplausos y ovaciones. Por otra parte, el texto “La fuerza de...” aparece escrito en letras siempre blancas, mientras que la leyenda “Cristina 2011” puede verse con grafemas blancos y celestes, colores que remiten a la bandera nacional.

El primero de los spots que nos ocupan actualiza la estructura anteriormente descrita con el siguiente texto en la voz del candidato:

Me gusta ver las banderas flameando, me gusta ver cómo cantan el himno. Pónganse a pensar: ¿cuándo nuestra juventud cantaba el himno con la pasión que hoy lo canta, con el amor con el que hacen flamear las banderas? Yo creo que eso también es hacer patria y democracia. Ningún pueblo, ninguna sociedad, puede progresar si no se siente orgulloso de pertenecer al país en el que ha nacido.

Como se observa, la primera parte del enunciado puede traducirse, en un metalenguaje narratológico (Bertrand, 2000), como una sanción positiva respecto de un programa narrativo en el que “nuestra juventud” se puso en conjunción con objetos de valor que remiten al campo semántico de la “patria”. De allí pueden derivarse dos interpretaciones. En primer lugar, que el Enunciador construye al candidato<sup>2</sup> como un sujeto que representa legítima y acabadamente la patria como valor, de tal modo que está en condiciones de reconocerlo en otro sujeto. En segundo término, que la juventud ha pasado de un estado inicial de carencia a un presente de la enunciación en el que aparece reunida con dichos valores. En este sentido, si se tiene en cuenta que el enunciado forma parte de una campaña presidencial donde lo que se busca es una reelección y, con ello, el reconocimiento positivo de una serie de transformaciones llevadas a cabo durante el primer período de gobierno que se expresan en la sucesión de publicidades, es posible interpretar también que dicha puesta en conjunción ha sido posible merced a una destinación llevada a cabo por el candidato. En consecuencia, este aparece como un sujeto que no solamente representa valores positivos en sí mismo, sino que además es capaz de legarlos a los jóvenes, quienes, en tanto representantes del futuro, asegurarían su continuidad en el tiempo.

Por otra parte, el Enunciador<sup>3</sup> hace aparecer a los jóvenes como sujetos de un *hacer pasional*, en tanto sus acciones (cantar, flamear las banderas) se

---

<sup>2</sup> Distinguimos aquí al Enunciador, en tanto responsable de la totalidad significativa del enunciado, de la voz del candidato, como uno más de los actores que aparecen en el texto. Si bien ambas figuras son construcciones puramente discursivas, entendemos al primero como la proyección de un sujeto que ha elegido y ordenado las imágenes, seleccionado y sincronizado de la música, y elaborado el texto verbal; el segundo, por su parte, se ubica en el nivel de la diégesis como una más de las figuras que intervienen en la acción.

<sup>3</sup> En tanto existe coherencia entre los sentidos definidos por los distintos niveles del texto, consideramos a esta valorización como propia del enunciador, aun cuando sea textualizada en la voz del candidato. A esta última designación la hemos reservado para

presentan modalizadas por el “amor” y la “pasión”. Esta caracterización, en el discurso político en general y en el universo de valores postulados por el Enunciador en particular, confiere legitimidad a la acción, en tanto se trata de un *pathos* eufórico y positivo que se opone a un hacer racional y calculador, ligado a la especulación y a la conveniencia individual.

La última oración del texto incorpora un elemento que, de acuerdo con la nomenclatura propuesta por Verón (1987), podemos llamar *componente didáctico*, en tanto postula un saber de carácter universal referido al progreso de las sociedades. Al respecto, se especifica que el “orgullo de pertenecer al país en el que [se] ha nacido” sería una condición necesaria para el progreso de los pueblos y las sociedades. En consecuencia la juventud, adherida a los valores patrióticos implícitos en este último enunciado, contribuiría a dicho progreso.

El segundo de los enunciados que consideraremos actualiza también la estructura descrita más arriba y pone en la voz del candidato el siguiente texto:

Este lugar, chicos, es el lugar de ustedes. Y ustedes van a ser los argentinos que van a protagonizar ese tercer centenario. Bienvenidos a una Argentina diferente, más democrática, más plural. ¡Fuerza, Argentina!

En este caso, la intervención del candidato comienza con un deíctico, “este”, referido a un lugar que no se especifica de manera verbal, pero que es presentado de modo simultáneo a imágenes que exhiben a sujetos jóvenes participando en movilizaciones políticas. Además de las figuras humanas —por cierto, más que numerosas— aparecen banderas argentinas, papel picado celeste y blanco y, fugazmente, carteles con la leyenda “fuerza Cristina” y “avanti morocha”. De allí que el “lugar” topográfico y simbólico que se le asigna a la juventud es la movilización política y, más específicamente, la participación en el espacio que representa el candidato.

Por otra parte, si observamos que los jóvenes son proyectados como “los argentinos que van a protagonizar ese tercer centenario”, advertimos que, nuevamente, estos sujetos aparecen como depositarios del futuro y, con ello, de la misión destinada por el Enunciador de sostener los valores que se le atribuyen al candidato y continuar los proyectos de transformación que este se proponga. Esto último cobra un particular sentido si se tiene en cuenta que, en ambas piezas publicitarias, el candidato es presentado como el responsable de

---

los momentos en que se le atribuyen acciones o cualidades específicas. Esta distinción se mantendrá a lo largo del análisis.



una transformación en la realidad del país que permite contrastar el presente, sede de valores positivos que serían el resultado del hacer gubernamental, con un pasado donde estos habrían estado ausentes.

Si aceptamos, junto con Charaudeau (1995), que todo acto de lenguaje supone un objetivo de influencia, resulta legítimo preguntarse *a quién* le hablan estas publicidades o, más bien, cómo construyen al sujeto en el que buscan influir. En este punto, es preciso establecer que, al igual que el Enunciador, el Enunciario constituye una figura construida en y por el discurso, diferente de los receptores empíricos de la materia significante.

Por otra parte, es necesario advertir que, desde nuestro punto de vista, el Enunciario es construido en torno a de una serie de valores y competencias que lo hacen un *lector legítimo* del texto, independientemente de que sea nombrado o caracterizado explícitamente en él, y que incluso cuando el texto tematice o describa a un destinatario previsto, la figura del Enunciario puede ser más amplia que este.

Tal razonamiento cobra relevancia en el análisis que nos ocupa en tanto la voz del candidato le habla a un “ustedes” que asocia explícitamente con la juventud. Es decir, Cristina les habla a los jóvenes. Sin embargo, al considerar las circunstancias de enunciación, se hace evidente que la publicidad política procura la manipulación del Enunciario con el objetivo de hacerlo votar por el candidato en campaña. De allí que, en este caso, resulte pertinente reconstruirlo –al menos de manera provisoria- como un ciudadano argentino no necesariamente joven aunque respetuoso de la juventud como actor social legítimo, y adherente a los valores que se enuncian como indiscutiblemente positivos: la patria, la democracia y el progreso.

### **Fragmentos de un tejido: la campaña de Macri**

Una particularidad de la serie de spots publicitarios conocida como “Mauricio y vos” es que circularon únicamente en la plataforma YouTube. A diferencia de lo que ha sucedido habitualmente en las campañas electorales, no se los hizo circular en televisión abierta, lo cual supone una modificación sustancial en el “pacto de recepción”: ya no se trata de un mensaje que se “mete” involuntariamente en el hogar del televidente, sino de un contenido que el receptor mira voluntariamente, ya sea porque lo ha buscado en el sitio donde se aloja o porque ha optado por reproducirlo al encontrarlo enlazado en alguna red social. Esto nos permite inferir una primera característica del enunciario: se trata de un sujeto esencialmente libre, que elige ponerse en conjunción con un discurso político, lo que marca –como ocurre habitualmente en la discursividad del PRO- una frontera con la política tradicional.

En estas producciones audiovisuales no hay relato. O, más bien, hay puro metarrelato. No importa lo que se narra tanto como la escena que hace posible la narración. Allí aparece, invariablemente, el candidato visitando a una persona o una familia en su domicilio. Sentados, sobre un fondo que por lo general exhibe pobreza, el candidato hace alguna pregunta sobre la vida cotidiana de su contertulio y el ciudadano narra. Luego de esa breve intervención, el candidato únicamente escucha. Eventualmente, hace algún comentario de circunstancia. Pero lo que importa, justamente, es que el candidato escucha.

En el spot “Hay dos grandes realidades por la gran desigualdad”, puede verse a Macri compartir una mesa con Lucas. Sobre ella, un mate, un termo, una pastafrola y un celular: Lucas es argentino, pero también es joven. Detrás, una pared desprolijamente pintada de rosa sobre la cual se yergue una biblioteca con hojas apiladas, un auto de juguete y una caja cuyo contenido no se conoce. Las sillas son de plástico. Están en un patio. La imagen reúne las características de cualquier hogar de clase baja. Luego, el joven con quien el candidato conversa aclara que se encuentran en La Matanza. Pero podría ser cualquier otra ciudad en cualquier otra provincia. Lo importante es que el candidato visita a “la gente” en su casa, va al espacio de los pobres, a diferencia de los políticos tradicionales que los trasladan al centro, al escenario del poder estatal. Los roles habituales del que visita y el que recibe se han invertido.

En cuanto a las marcas de la enunciación, se aprecia un sonido de calidad extraordinariamente baja, que contrasta con lo que ocurre habitualmente en el discurso publicitario. Tampoco hay música y los movimientos de cámara son desprolijos: la imagen parece temblar, por momentos se desenfoca. Tal dispositivo hace parecer que el televidente está ahí, que no hay mediación, y mucho menos artificialidad en el lenguaje. No hay un montaje que haga aparecer las reglas de la narración televisiva, como la sucesión de imágenes fragmentarias o la música de fondo. Todo está dispuesto para construir un verosímil: el vecino que se sienta a la mesa con el candidato podría ser cualquiera.

En cuanto al diálogo, el candidato le pregunta al vecino Lucas qué le preocupa de su país, de su provincia o de su ciudad. Su interlocutor le responde que la mayor preocupación es la desigualdad e inmediatamente lo especifica: se trata del desigual acceso a la salud pública. Se refiere a la diferencia que existe entre quienes tienen obra social y quienes no, o entre quienes viven en el centro y en la periferia de la ciudad. Narratológicamente, se trata de la descripción de un estado de cosas donde existen sujetos que carecen de objetos especialmente valiosos tales como el dinero y la salud. No se explicitan programas narrativos en los que alguien intervenga para transformar dicha

situación. Solo el contexto de enunciación –la campaña electoral- introduce la presunción de que el candidato estaría dispuesto a hacer algo para operar alguna modificación. Sin embargo, no existe promesa alguna, de tal modo que será el Enunciatorio quien, eventualmente, repondrá ese lugar vacío con alguna espera fiduciaria que, de cualquier modo, no tendría ningún anclaje explícito en la materia significativa.

El segundo spot analizado se presenta como la continuación del primero. Esto es así puesto que es el mismo vecino Lucas el que aparece en escena. Esta vez, sin embargo, está solo. El candidato ya no está presente. El joven, por su parte, aparece sobre un fondo desenfocado, donde se trasluce un árbol y una figura antropomorfa que camina por lo que pareciera ser una vereda. Ahora, Lucas habla solo. Pero no le habla a la cámara, de tal modo que no construye el eje ojo-ojo con el televidente, sino que mira hacia un costado, donde se ubicaría un hipotético interlocutor. Esto dice:

Si yo no creo en el cambio, que soy joven, digamos, como me dicen todos, ¿en dónde queda la esperanza, no? Sí, siempre tengo esa esperanza y sé que las cosas van a cambiar. Porque sé que la gente está pensando diferente y sé que las cosas van a cambiar, estoy seguro.

En este enunciado, la creencia en el “cambio” como espera fiduciaria de una transformación aparece como una cualidad que sería distintiva del actor en tanto sujeto joven, lo que permite proyectarlo como una figura-modelo de la juventud. Ese cambio, no obstante, aparece como una consecuencia de una modificación en la forma de pensar de “la gente”, lo que supone una suma de individualidades más que proyectos colectivos y, decididamente, excluye al Estado como promotor de dicha transformación. El Enunciatorio, se esperaría, se identificará con esta figura y con el modelo transformacional que propone.

### Los escenarios del poder

Si bien ya hicimos algunas referencias al modo como las imágenes construyen sentido, particularmente en el *spot* de Macri, interesa en esta instancia analizar comparativamente ambas piezas, en tanto las diferencias entre los escenarios de la acción que ambas construyen resultan significativas a los efectos de nuestra hipótesis.

En primer lugar, entonces, es preciso reiterar que ambas piezas discursivas correspondientes a la campaña de Cristina Kirchner coinciden en presentar la voz del candidato en forma paralela a una sucesión de imágenes donde apare-

cen frecuentemente los colores celeste y blanco. Esta característica, que en rigor es común a toda la serie más allá del recorte operado en esta instancia, remite a los colores de la bandera nacional. En consecuencia, se identifica al candidato con la nación –o con la “patria”, según sus propias palabras. Esto es coherente también con la aparición de multitudes movilizadas, adherentes al candidato en las imágenes fijas que acompañan la voz en off. Metonimia del *pueblo* que está allí recibiendo un saber destinado por el líder.

Aquí también se visualiza una cuestión paradójica. Por un lado, las imágenes parecieran corresponder a movilizaciones *auténticas*, es decir, a un registro de la realidad que existe por fuera de la mediación televisiva. La cámara ha estado allí y se limita a transportar, a hacer visibles los “hechos mismos” (Verón, 1983). Pero, por otra parte, las marcas de la enunciación se hacen particularmente evidentes: el montaje da cuenta de una operación de selección, jerarquización y organización llevada a cabo por el Enunciador, quien ha construido además una nueva textualidad al acompañar los recortes visuales por una música que se muestra ajena a los “hechos” representados y por una voz que sirve como interpretante legítimo.

En los *spot* de Macri, el lenguaje es muy otro. En primer lugar, porque no hay *pueblo*, ni multitud, ni nada que, en definitiva, remita a sujetos colectivos. Tampoco aparecen símbolos ni colores que remitan a lo nacional. Hay, únicamente, la imagen de una *auténtica pobreza* y una relación comunicacional que se establece entre dos individuos. Aquí también funciona la metonimia pero, en este caso, es la del vecino. Ese joven que aparece dialogando con el candidato podría ser cualquier otro. El candidato habla con *cualquier* vecino. No hay en él ninguna excepcionalidad y allí radica precisamente su valor: la identificación con el ciudadano que no se moviliza, que no participa en los espacios de espectacularización del poder, que está en su casa y habla de sus problemas cotidianos amplía las características del Enunciario y, en consecuencia, el universo de posibles votantes.

Y en este caso también encontramos una paradoja, aunque inversa. Mientras que en el *spot* de Cristina Kirchner las imágenes muestran “hechos” que han ocurrido por fuera del dispositivo de enunciación, en este caso estamos frente a un montaje plenamente televisivo. Todo ha sido puesto allí con el propósito de ser mostrado, con el objetivo de construir un relato audiovisual. No obstante, las marcas de la enunciación procuran el efecto contrario. La cámara que se mueve, el sonido de baja calidad, el ambiente hogareño y cotidiano, la ausencia de arreglos sonoros o sobreimpresos, todo construye una verosimilitud que coloca al Enunciario en posición de receptor privilegiado de una comunicación auténtica, o incluso de participante pasivo de la situación dialógica.

## A modo de conclusión

El análisis desarrollado permite reconocer diferencias significativas entre los discursos audiovisuales correspondientes a las campañas electorales de Cristina Kirchner y Mauricio Macri. Como se dijo, los programas narrativos presentes en cada uno colocan al joven modelo frente a distintos roles: la participación activa en la transformación social a través del Estado en un caso, la confianza en un cambio motorizado por la suma de haceres individuales en otro. A la vez, la hiperrepresentación del pueblo movilizado, la patria y el Estado en el discurso kirchnerista contrasta con una discursividad macrista que hace aparecer individuos despojados de roles sociales e institucionales. La efectividad performativa que ambas narrativas han mostrado en distintas épocas nos permite contribuir a la hipótesis de que el *cambio* se ha producido en las condiciones de *decibilidad* de esta nueva época, donde son otros los modos de decir que logran interpelar a las mayorías y articular la heterogeneidad del campo político.

## Bibliografía citada

- Aboy Carlés, Gerardo (2010): “Populismo, regeneracionismo y democracia”. En *Posdata*, V° 15, N° 1. Recuperado en 01 de mayo de 2018, de <http://www.revistapostdata.com.ar/2012/01/populismo-regeneracionismo-y-democracia-gerardo-aboy-carles/>
- Angenot, Marc (2010): *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Arditi, Benjamín (2009a): “Pertenencia y reencantamiento de la política en el escenario postliberal”. Santiago de Chile: CEPAL.
- \_\_\_\_\_ (2009b): “El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal?”. En *Ciências Sociais Unisinos*, Vol. 45, N° 3, septiembre-diciembre de 2009. Disponible en [http://revistas.unisinos.br/index.php/ciencias\\_sociais/article/view/4905](http://revistas.unisinos.br/index.php/ciencias_sociais/article/view/4905)
- Barros, Sebastián (2012): “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Bertrand, Denise (2000): *Précis de sémiotique littéraire*. Paris: Nathan.
- Buonfiglio, Yair (2016): “Los nombres del cambio. Apuntes para una cartografía del discurso político en la Argentina PRO”. En *Raigal*, N° 2. Universidad Nacional de Villa María. Disponible en <http://raigal.unvm.edu.ar/ojs/index.php/raigal/article/view/26>

- Charaudeau, Patrick (1995): “Un análisis semiolingüístico del discurso”. En *Langages N° 117: Les analyses du discours en France*. Paris: Larousse.
- Laclau, Ernesto (2015): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Verón, Eliseo (1983): “Él está ahí, yo lo veo, él me habla”. En *Communications*, N° 38. Paris: Seuil.
- \_\_\_\_\_ (1987): “La palabra adversativa”. En *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

## DISCURSOS POLÍTICOS ACTUALES: PRECARIZACIÓN Y PROMESA DIFERIDA

FABIANA MARTÍNEZ<sup>1</sup>

Nuestro trabajo se propone establecer algunas regularidades de la discursividad de *Cambiamos*, con las dificultades que supone la lectura de un proceso contemporáneo complejo. En términos de Angenot, lo que analizamos es la reorganización topográfica que se da a partir del año 2015 de unos conjuntos discursivos que mantienen entre sí relaciones de antagonismo, y las transformaciones que se dan cuando uno de ellos –antes periférico- migra hacia el centro del discurso social e irradia hacia nuevos géneros y axiomáticas, generando además numerosas estrategias de exclusión<sup>2</sup>. En cierta forma, esto incluye el pasaje desde el período kirchnerista a una novedad política; se trata de dos grillas de inteligibilidad de lo real, dos “matrices parafrásticas”, dos conjuntos de invariantes discursivas capaces de proponer nuevos sentidos sobre el orden del mundo y sus categorías, y de provocar efectos performativos en el campo social y político. Nos referimos al hecho de que lenguajes de la “derecha” (vinculados al mercado libre, el giro punitivo, la antipolítica, la representación negativa del Estado y de lo público, las ideologías conservadoras en varias temáticas, la grilla de la mercancía y la disolución de la noción de derecho, la forclusión de la igualdad, la doxa meritocrática, el racismo de

---

<sup>1</sup> Prof. Titular de Análisis del Discurso y Teorías de la Comunicación I – Lic. en Comunicación Social, I.A.P. de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María. Prof. Asociada Cátedras de Semiótica y Semiótica Aplicada de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: fabianam2011@gmail.com

<sup>2</sup> Con “estrategias de exclusión” nos referimos a los procedimientos discursivos por los cuales se inhabilita la enunciación para un determinado locutor e incluso para una formación discursiva dada, como las sanciones morales, jurídicas, mediáticas, la denegación de la verdad, la locura, etc. En este caso, procedimientos de exclusión para la palabra kirchnerista, populista o militante.

clase, etc.) que antes ocupaban posiciones periféricas llegaron a ocupar una posición de dominancia, es decir, a gozar de efectos de credibilidad y encanto; a imponer nuevos temas y nuevas maneras de tratarlos; a constituir, en síntesis, un nuevo verosímil de época y a ocupar, como señala Lefort, el “centro vacío” de la institucionalidad democrática (nos referimos a *Cambiamos*, fuerza política que alcanzó a ganar a la vez en el orden municipal, provincial y nacional). Esto implicó el corrimiento de los límites de lo decible y la furiosa reaparición de componentes antes impronunciados, en relación a diversos asuntos sociales: *no fueron 30000 desaparecidos, es venganza y no es justicia, 2x1, son pobres porque quieren, la grasa militante*, etc, etc. Esta reconfiguración implica constantes tensiones y disputas, y esto puede verse en las polémicas y acontecimientos políticos que generaron cada uno de estos enunciados.

El discurso de *Cambiamos* constituye así un nuevo horizonte de sentidos. Aparece como una formación discursiva que instituye el archivo para una nueva época, como una grilla de inteligibilidad que se presenta como un campo de distinciones en el que surgen nuevos objetos, posiciones de sujetos y funciones de la enunciación. Es también, en términos de Foucault (1980), un “orden del discurso” que regula la pesada y aleatoria materialidad de los discursos y que es capaz de establecer mecanismos de exclusión y de regulación, reordenando la anterior topografía que hacía posible la institución de ciertos “sujetos políticos” capaces de hacer audible su palabra<sup>3</sup>. Este nuevo orden no tiene un contenido a priori ni reverbera una esencialidad neoliberal adormecida, sino que resulta de una lucha, en la cual el kirchnerismo ocupa el lugar de un exterior constitutivo. No es de extrañar, entonces, que postule un modo de estructurar la actividad política a partir de significantes diferentes a los que tuvieron dominancia en la hegemonía previa, dejando de lado el significante *inclusión*, para proponer un ordenamiento radicalmente diferente de la (no)política y del Estado. Una idea que tomamos como punto de partida es que al instituir como cabal adversario a todo populismo, desplegando una vasta semantización de todas las formas de este adversario (que van desde el

---

<sup>3</sup> Esta cuestión es central. En una gestión adecuada a los intereses del capitalismo global y financiero, y que no hace más que ratificar la cuenta de lo dado, como ha señalado Rancière se expulsa “a la mayoría de los seres parlantes a la noche del silencio o el ruido animal de las voces que expresan agrado o sufrimiento... La distribución simbólica de los cuerpos que los divide en dos categorías: aquellos a quienes se ve y aquellos a quienes no se ve, aquellos de quienes hay un logos... y aquellos de quienes no hay un logos; quienes hablan verdaderamente y aquellos cuya voz, para expresar placer y pena, sólo imitan la voz articulada” (1996, 36). Voces inaudibles: la voz de Milagro Salas, de la familia de Santiago Maldonado, de gremios, de docentes que reclaman salario, de jubilados, de desempleados, de discapacitados que reclaman sus pensiones, etc.



*kirchnerismo* hasta *Venezuela, la Venezuela de Chávez*), se definen los límites nítidos de su propia identidad política.

Así, nos situamos en una perspectiva sociosemiótica constructivista (Verón, 1980) y una teoría narrativa de las identidades (Laclau, 1987; Hall y du Gay, 1996), descartando toda noción de fundamento que pudiera proveer de un macizo y homogéneo fondo a los procesos de producción de sentido, y afirmamos a la vez un denso conjunto de regularidades que dotan a esta formación discursiva de estabilidad y coherencia, al modo del concepto que planteó Pêcheux en su teoría marxista y semántica del lenguaje. Esta noción fue criticada al referir a una “problemática de bloques”, estableciendo formaciones discursivas homogéneas y centradas en sí misma. Pero en este momento del estado del discurso social, no nos resulta pertinente referir a heterogeneidades y migraciones, sino más bien a la constitución de dos formaciones nítidamente enfrentadas que no están encerradas en su mismidad; es decir, su regularidad no quita que, en esta misma oposición relacional, ellas definan su identidad. Por el momento, dejamos entonces de lado toda noción de discontinuidad, dispersión, escanción como enfatiza una perspectiva foucaultiana, y renunciamos a la identificación de aporías ideológicas, al modo de Angenot. Esto, no para remitir a una esencia o ideología política como “operador de síntesis” (Foucault, 1969), sino para afirmar la continuidad de ciertas operaciones discursivas que dan un alto grado de cohesión al discurso de *Cambiamos* y a los nuevos mecanismos imaginarios reguladores de la acción política que plantea, con una cierta estabilidad también de la dimensión simbólica de esta identidad política emergente. Así, afirmamos la existencia de una matriz parafrástica discursiva que da distinción y entidad a esta identidad sin referirla a una estructura subyacente o a una esencialidad política, sino como una reiteración insistente que en la repetición alcanza su performatividad. Esta matriz corresponde al discurso del PRO previo a la coalición, mientras que casi no dejan huellas los discursos radicales y de la Coalición Cívica (lo que evidencia una cierta hegemonización al interior de la coalición). En el marco de una investigación que venimos desarrollando hace varios años sobre la discursividad de *Cambiamos* a partir de herramientas sociosemióticas y de autores vinculados a la categoría de “discurso” devenida y en polémica con la lingüística, e incorporando aportes del Análisis político del discurso, trataremos en este trabajo específicamente los siguientes componentes: la condición de la promesa, es decir, el componente programático, y su vinculación con el significativo nodal *cambio*, desde el año 2015 hasta la actualidad, y la configuración de las estrategias discursivas capaces de dar sentido a una postergación indefinida de esta promesa vinculada a un proyecto político de precarización generalizada (Lorey, 2016). Para esto, necesitamos también referir a la configuración de la dimensión polémica de este discurso, y en particular a la insti-

tución del kirchnerismo como el principal adversario, que explica incluso los límites de la propia identidad.

Si toda identidad emergente propone un punto nodal que hace posible la articulación de sus partes y la legibilidad de sus procesos, más allá de toda lógica de mediación (Laclau, 1987), éste fue en este caso el significativo vacío *cambio*, que tuvo un lugar central en la campaña del 2015 (constituyéndose incluso como nominación de la nueva fuerza política). Contrariamente a lo que se podría sostener en un primer análisis que observara que no remite a ningún componente programático económico, social o institucional (más allá de las tres consignas con las que cerró su campaña: *pobreza cero, lucha contra el narcotráfico, unión de los argentinos*), este significativo adquirió una posición de universalidad en la que pudieron inscribirse múltiples demandas antes excluidas, y casi todas vinculadas a los lenguajes disponibles desde las retóricas antipolíticas en la particular forma en que se iniciaron desde la crisis del 2001. En cierta forma, este significativo implicaba democracia sin política (quizás se podría especificar: en su forma populista), fórmula que a su vez se ha constituido como uno de los núcleos de la tradición política neoliberal. Más precisamente, *cambio* implicaba lo que se había demandado en el 2001 (*que se vayan todos*), en las marchas de Blumberg en el 2004 (un giro punitivo frente al aumento del delito), en el conflicto del 2008 (menos retenciones y más privilegios para sectores económicos dominantes, y en particular para el designado *campo argentino*), y allí podían inscribirse incluso todas las pancartas callejeras que se vieron en las llamadas concentraciones “autoconvocadas” antikirchneristas que llegaron a movilizar a un millón de personas (8 de noviembre de 2012, 18 de abril y 18 de septiembre de 2013, 7 de abril de 2014). En una de ellas, podemos ver anunciado sintéticamente el más intenso de los deseos: *2015 sin Cristina*. Y si observamos un poco más, en estas marchas se plantearon diferentes reclamos a los que el significativo *cambio* daría más tarde un lugar prominente<sup>4</sup>: contra la corrupción, contra la ley de medios, contra la

---

<sup>4</sup> En definitiva, tal como afirma Verón, la semiosis es ternaria, histórica y temporal; las relaciones interdiscursivas van constituyéndose en el tiempo. Así, el discurso de *Cambie-mos* constituye en el 2015 una gramática de reconocimiento, una particular lectura de aquellos enunciados callejeros que se multiplicaron en las reuniones episódicas, y en los que se materializaba un cierto rumor social. Respecto a ellos, mantiene una continuidad de la creencia; a su vez, ellos constituyen una de las condiciones discursivas de producción. Por esta razón, es también necesario abandonar toda noción lineal que suponga manipulación de parte de los medios de la “opinión pública”, medios quizás capaces de engañar a las masas favoreciendo a cierto candidato, pues los medios no tienen un discurso externo a la sociedad, las gramáticas de producción y reconocimiento presentan relaciones complejas y circulan con múltiples desfases atravesando todo el tejido social. Es decir, no hay un

re-re de Cristina, contra el “cepo”, contra el impuesto a las ganancias, contra los planes sociales a los vagos, contra la grieta; y por la democratización de la justicia, por la República, por la prensa libre, por la unión de los argentinos. Uno de los tópicos más fuertes en estas pancartas caseras, que constituyen un rumor social difuso y todavía no articulado, pero cada vez más pregnante, es el que acusa al kirchnerismo, y en particular a Cristina, de corrupción. Múltiples fórmulas circulan configurando al adversario de la democracia, del futuro, de la plenitud: *Fin a la mafia k*, *La corrupción mata*, *Cristina miente y roba*, *Basta de corrupción*, *Viva la República y cárcel a los corruptos*, *Devuelvan la plata que robaron*, *Contra la impunidad de ayer y de hoy*, *Licencia para robar*, *Juicio y castigo a los corruptos*. Los cánticos también definen el deseo denegatorio y persecutorio que el significante *cambio* supo encarnar: *El que no salta es un ladrón*; *Cristina decíme qué se siente, al pueblo no puedes controlar, te juro que aunque pasen los años, en cana te vamos a mandar*<sup>5</sup>. Así, lo que en definitiva prometía el significante *cambio*, la plenitud siempre ausente que este parecía encarnar, era en definitiva el fin del kirchnerismo (es decir, el fin de la política en su modalidad populista... ) y de todo su programa de gobierno en los últimos doce años. Como ha señalado Mercedes Barros “la apuesta por la deskirchnerización adquiere una función nodal en el discurso oficial, por medio del cual se articulan varias de las demandas desatendidas y descontentos heredados de los años anteriores” (2017: 48). En este sentido, este significante fue interpelativo y capaz de performar un proceso: recuperando lenguajes disponibles pero antes dispersos, y garantizando el fin de un proceso que había generado distintas demandas insatisfechas y herido en sus intereses a diferentes sectores, sociales y corporativos. Y por otro lado, efectivamente, el significante *cambio* no especificó programas institucionales o económicos. ¿Cómo es entonces que fue capaz de interpelar? Creemos que la clave está en esta misma condición que estamos analizando: más que unas promesas específicas, se trataba de presentar el fin de una época, y el augurio de un nuevo tiempo sin política, sin crispaciones, sin Cristina, sin ideología, sin fanatismos, sin fundamentalismos, sin cadena nacional, etc. Este quizás podría ser un punto aporético de esta formación discursiva: la promesa de una política sin populismos, pero a la vez el mantenimiento de todo aquello que todavía era percibido positivamente y que los límites del discurso social todavía imponían reconocer. A lo largo de la campaña, una restricción particular operó en el campo de la economía, donde los términos propios del neolibe-

---

discurso político que se generaría en un centro de poder ajena a la sociedad, “bajando” luego hacia ella...

<sup>5</sup> Demandas que además materializan un intenso odio social, en el 8-N (2012), por ejemplo: *Yegua soberbia*, *yegua arrogante*, *preparate yegua* (dibujo de un helicóptero).

ralismo de los 90 estaban excluidos: se negaban explícitamente las privatizaciones y el ajuste, se afirmaba la defensa de la universidad pública y la AUH, se aseguraban las condiciones para una movilización social ascendente generadas en la década previa, la derogación del impuesto a las ganancias, la devolución del 82%, etc<sup>6</sup>. Como veremos más adelante, nuestra hipótesis es que esta condición de legitimidad de su promesa, la verosimilitud que había adquirido, comenzó a colapsar cuando el gobierno comenzó a negociar con el FMI, un actor internacional todavía vigente en la memoria como una de las causas de la crisis del 2001, acontecimiento después del cual comenzó a acelerarse la *debacle económica*.

Por otro lado, la dimensión programática se organizó en torno a otros dos componentes centrales en la campaña del 2015. El primero, un elemento más narrativo que argumentativo, que exhibía en spots audiovisuales los más variados deseos de distintos sujetos en sus espacios domésticos (jubiladas, profesionales, jóvenes, madres, etc.) denegando la demanda ciudadana para poner en su lugar el vínculo individualizante del poder pastoral: la atención individual a cada integrante del rebaño (Foucault, 1996), el gobierno del *uno* que a su vez implementará la lógica de la equivalencia y la imposibilidad de constitución de un *pueblo*. Este significante (cambio) alcanzó a estar *tan vacío* que fue capaz de albergar los ilimitados enunciados de deseos de sujetos individuales confesados, en cierta forma, al pastor en particular. El segundo componente fue lo que podríamos llamar el tono pathémico que marcó un nuevo estado del discurso social y de la propia identidad política: *cambiemos* implica un ethos distendido (y no *krispado*...) que aparece como la cara visible de una relajación ideológica, de una ausencia de apego a toda doctrina, fundamentalismo o receta anacrónica; se trata ahora de *tener esperanzas, alegría, felicidad, entusiasmo, de volver a creer, de sentir que es posible*. Las operaciones de sentido que invisten los cuerpos significantes de los funcionarios (Macri, Vidal, Rodríguez Larreta, andando en bicicleta, vacacionando, en escenas familiares, timbreando, bailando en Nueva York en medio de la crisis económica y la renuncia de Caputo...) invadió la “retórica de las pasiones” (Verón, 2004) de una incontable cantidad de fotografías y piezas audiovisuales que se difundieron desde el propio gobierno en sus

---

<sup>6</sup> Los tópicos constitutivos del “mercado libre” (Barros, 2002) propios de toda formación discursiva neoliberal quedaron mitigados en esta campaña, para aparecer violentamente a fines del año 2016. Sin embargo, cabe aclarar que hubo una especie de división topográfica del trabajo discursivo pre-electoral: mientras Macri prometía *unión, felicidad, pobreza cero*, eran las fundaciones (como la fundación Pensar), los técnicos (como el propio Francisco Cabrera) y los economistas afines los que anunciaban programas económicos de orientación ortodoxa y contrarios a las políticas mantenidas en la última década.

redes, y en gráfica y en televisión de numerosos medios hegemónicos. Se mostraban así nuevos políticos lúdicos, relajados, ajenos en cierta forma a los protocolos y rituales clásicos. La política se hace consensual y vivencial, aparece como un universo de afectos, contactos, cercanías, simetrías con el *hombre común*; se trata de un pathos marcado también por la proliferación de historias comunes y cotidianas recomendadas por los asesores en marketing. Este ludismo es también un mensaje político, que desdeña y resignifica a la vez ciertas instancias institucionales (el perro Balcarce en el sillón “de Rivadavia”, Macri comiendo *flan* luego de la anécdota de Casero), y que en casi todos los casos, forcluye la crispación de la demanda mientras provoca un daño social cada vez más intenso. En lo discursivo, un apego afectivo, una cierta economía libidinal en la que se intercambian, desde una igualdad de condiciones y en un clima de perfecta cortesía, *estados de felicidad* y no derechos, *entusiasmos* y no argumentaciones, ligeras alegrías perfectamente desentendidas de todo estado de desigualdad social o daño colectivo, es decir, ajenas a todo litigio y siempre organizadas en torno al por-venir.

En síntesis, esta promesa funcionó eficazmente, justamente por y no a pesar de, su vaciamiento. Analicemos ahora su devenir promesa en la discursividad de *Cambiamos*, y su particular vínculo con la institución de un *futuro promisorio*, cuando cierto daño social derivado de las medidas económicas comenzó a aflorar, poniendo en cuestión la llegada de los “dones positivos” anunciados. Ante el fracaso económico, que empezó a evidenciarse en los indicadores del año de gestión, el gobierno respondió con dos estrategias, que configuran dos componentes diagnósticos. El primero, que encuentra todavía verosimilitud en vastos sectores sociales, es la atribución de culpa al kirchnerismo. La segunda, ya hoy caduca e impronunciable, fue en los dos primeros años la postergación de la performatividad de la promesa, y el anuncio de que los efectos de las medidas estarían llegando en tiempos próximos. En conjunto, un “cinismo cruel” comienza a resonar en casi todas las declaraciones de funcionarios, mientras múltiples demandas comienzan a articularse paulatinamente. Respecto al primer componente, se encuentra el despliegue de la metáfora de la “pesada herencia” y otras asociadas (*la década perdida, a la fiesta hay que pagarla*). La atribución de la causa de todos los males presentes al gobierno anterior tiene una presencia regular y persistente en el discurso de los principales dirigentes, retomando los lenguajes disponibles referidos a la “corrupción k”. Lo que podríamos considerar como una metáfora aparecida en el discurso mediático (*se robaron un PBI*), aparece como una denuncia literal en el discurso de una ciudadana autoconvocada para pedir el desafuero de Cristina Fernández: “se robaron dos PBI, que los devuelvan” (septiembre 2018). Por otro lado, han sido centrales las convergencias que van marcando una interacción generalizada y hegemónica de ideologemas en otros discursos

sos sociales; el mediático, en primer lugar, y el jurídico, en el último año, con la implementación de causas jurídicas que vienen a corroborar este “rumor social” que vimos en las pancartas callejeras del año 2013. Desde los medios, una intensa agenda establece al kirchnerismo como equivalente a corrupción, ampliando cada vez más el número de denuncias, detenidos, arrepentidos, expedientes, y acciones espectaculares de búsqueda del botín (excavaciones, largos allanamientos, anuncios de desafuero, etc.). Esta configuración del enemigo es central para la continuidad de la legitimidad: el gobierno sí parece estar empeñado en el cumplimiento de esta promesa, vinculada a la demanda de república y de *Cristina presa*.

La segunda estrategia se vincula con lo que Verón llamó *el peso de los fantasmas del futuro*, con todo aquello que es capaz de agitar la promesa (1987). Esta promesa ha sido perpetuamente diferida: en lo cronológico, se verán los resultados el próximo cuatrimestre o el próximo año, quizás en el segundo cuatrimestre del 2019; pero también diferimento a través de diferentes metáforas: ya vendría *la lluvia de inversiones*, *los brotes verdes de la economía*, *la luz al final del túnel*. El período cronológico avanza y el gobierno ya pronto terminará su mandato, lo que es objetivo, pero sin embargo este mecanismo imaginario de estructuración significativa de acción social persiste alucinadamente, junto al deseo también de un *mundo sin Cristina*. Como hemos aprendido con Peirce y Laclau, esto demuestra cómo un enunciado puede ser performativo sin ninguna vinculación con un correlato objetivo, y mientras sea tomado como verdadero por la comunidad, en definitiva lo será en sus efectos, es decir, en su eficacia simbólica para estructurar la inteligibilidad de lo social, habilitando así la continuidad de *Cambiamos*.

Retomemos el problema de la configuración del adversario, cuestión en la que *Cambiamos* se ha concentrado particularmente, con un profuso trabajo simbólico, que ha atravesado numerosos géneros (políticos, mediáticos, etc.). En este punto se ha orientado a configurar al populismo como un *hecho imposible*, quizás, como dijera Landi en algún momento, el populismo aparece como *el pasado imposible*, aquello que no puede retornar jamás. En una estrategia desconcertante que se orienta a además hacer admisibles las precarizaciones del presente, los discursos afirman que no fue posible que no se pagara la energía (cuando ahora tenemos el precio *real*), que se creyera en el consumo (cuando ahora sabemos que es lo que *realmente* podemos o no comprar), que se viviera la ficción de otro precio del dólar (ahora estamos frente a un precio *real*). *Cambiamos* se presenta como un programa correctivo, un retorno al orden natural (en conjunto: el orden natural prescripto por el mercado), quizás el significante *orden* asume en estos casos una función nodal. Encontramos aquí un punto aporético, quizás, pues se trata de una formación discursiva que forcluye el litigio político (en la medida en que éste pertenece al populismo,



es decir, al orden del error y del pasado) para sustituirlo por el consenso, el (aparente) diálogo, etc., y sin embargo, presenta una intensa y constante dimensión adversativa. En este sentido, pese a que se imagina una democracia sin política, con una administración puramente equivalencial de lo uno que impide la articulación de la demanda y del sujeto colectivo, es en su discursividad profundamente polémico. Pues insistentemente refuta al populismo, lo construye como pura corrupción y externo a los intereses de la nación y la república, como mera militancia demagógica y clientelar, como un conjunto de prácticas *anacrónicas* ya carentes de sentido. En este movimiento, el “ethos militante”, que tuvo una enorme pregnancia desde la presidencia de Néstor Kirchner, es sustituido por el “ethos empresarial”, y por la proliferación de “modelos de llegada” externos a la política misma. *Cambiamos* agita en este caso los *fantasmas del pasado*, configurando permanentemente al kirchnerismo como su reverso inaceptable, como figura imposible en ningún juego democrático, multiplicando las sanciones mediáticas, jurídicas, morales. En este sentido, se trata de un discurso que en efecto provoca un *vaciamiento del campo político*, pero no, como dirían Verón y Sigal (1987) respecto al “discurso peronista” porque equipare a los colectivos o a las entidades imaginarias, sino porque establece un enemigo general (todas las identidades políticas clásicas) y otro particular (el kirchnerismo, como imposibilidad radical), quedando ideológicamente como la única identidad apta para gobernar (por no ser ideológica, ni de “izquierda” ni de “derecha”).

Basada en esta configuración, *Cambiamos* desplegó una gestión en la que generó las condiciones para una formidable transferencia de recursos a los sectores económicos y financieros concentrados, afectando en lo económico e institucional a amplios sectores sociales e institucionales. Frente a una crisis económica cada vez más grave, el propio Presidente anuncia el 8 de mayo de 2018 en un breve mensaje televisivo que pedirá financiamiento externo al FMI:

“Mi convicción es que estamos recorriendo el único camino posible para salir del estancamiento buscando siempre evitar una gran crisis económica, que nos haría retroceder y dañaría a todos. Para esto implementamos una política económica gradualista que busca equilibrar el desastre que nos dejaron en nuestras cuentas públicas cuidando a los sectores vulnerables y al mismo tiempo creciendo, generando así más empleo y desarrollo, esta política depende mucho del financiamiento externo. Durante los dos primeros años hemos contado con un contexto mundial muy favorable, pero eso hoy está cambiando, las condiciones mundiales están cada día más complejas y por varios factores: están subiendo las tasas de interés, está subiendo el petróleo, se han devaluado las monedas de países emergentes, entre otras variables que nosotros no manejamos. El

problema que tenemos es que somos de los países del mundo que más dependemos del financiamiento externo, producto del enorme gasto público que heredamos y que estamos ordenando. Frente a esta nueva situación y de manera preventiva he decidido iniciar conversaciones con el Fondo Monetario Internacional para que nos otorgue una línea de apoyo financiero. Hace minutos hablé con Christine Lagarde, su directora, y nos confirmó que vamos a arrancar hoy mismo a trabajar en un acuerdo. Esto nos va a permitir fortalecer este programa de crecimiento y desarrollo dándonos un mayor respaldo para enfrentar este nuevo escenario global y evitar crisis como las que hemos tenido en nuestra historia. Esta decisión la tomé pensando en el mejor interés de todos los argentinos, no mintiéndoles como tantas veces nos han hecho. Les digo a todos los argentinos – y en especial a toda la dirigencia – que cumpliendo con los compromisos y alejándonos de la demagogia y la mentira estoy convencido que el camino que tomamos va a lograr un mejor futuro para todos” (Mensaje presidencial, 8/05/18)

Como puede verse, en este fragmento se presentan varias de las estrategias que venimos considerando: el diagnóstico de la *pesada herencia*, la configuración del adversario (*el desastre que nos dejaron en nuestras cuentas públicas, no mintiéndoles como tantas veces nos han hecho, alejándonos de la demagogia y la mentira*), una nueva postergación de la promesa (*frente a esta nueva situación, lograr un mejor futuro para todos*). Sin embargo, se evidencian dos componentes prescriptivos que fueron centrales en la discursividad neoliberal de los 90: la disolución de las alternativas económicas (hay un único camino, y es el del mercado global: *estamos recorriendo el único camino posible para salir del estancamiento*) y la financiación externa, en forma de endeudamiento, como inevitable. Esta configuración completa, que inmediatamente desembocará en toda una doxa del *ajuste*, que hasta este año no se había hecho visible, cristaliza de modo denso en el significante *FMI*. Nuestra hipótesis es que este significante erosionará gravemente la posibilidad del sostenimiento de la promesa (hasta ahora siempre diferida), y generará condiciones para la categorización de esta gestión como *neoliberal*, con la consecuente activación de todo tipo de tópicos asociados a la memoria de la *crisis del 2001*. La promesa ha fracasado ya radicalmente, y en cierta forma esto es una constante en las economías financieras. Como ha señalado Appadurai (2017) el lenguaje ocupa un nuevo y particular papel en las fallas del mercado: el fracaso del mercado de derivados, que son la principal innovación técnica de las finanzas contemporáneas, se debe fundamentalmente a las promesas incumplidas, “un tipo de fracaso que no fue ocasional ni ad hoc pero que se volvió sistemático y contagioso, y así llevó a todo el mercado financiero al borde del desastre”



(2017: 14). Si la promesa, si el acto performativo principal falla radicalmente, necesitamos indagar en cómo es que perduran estas identidades políticas y qué tipo de apego (análogo al del “cinsmo cruel”) logran generar en los mismos sectores sociales a los que perjudican gravemente.-

## Bibliografía

- ANGENOT, M. (1989). *Un état du discours social*. Montréal.
- ANGENOT, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Payot: París.
- APPADURAI, Arjun (2017) *Hacer negocios con palabras. El fracaso del lenguaje como clave para entender el capitalismo financiero*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- BARBETTA, Pablo y BIDASECA, Karina (2004). “Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001”. *Revista Argentina de Sociología*, vol. 2, Núm. 2, mayo-junio, Buenos Aires.
- BARROS, Sebastián (2002). *Orden, democracia, estabilidad*. Alción: Córdoba.
- BARROS, Mercedes (2017). “Cambiamos pasado por futuro: los derechos humanos bajo el gobierno de Mauricio Macri”. En: BONETTO, M.S. y PIÑERO, M.T. *Tensiones en la democracia argentina: continuidades y rupturas*. CEA-UNC: Córdoba.
- FOUCAULT, M. (1970). *La arqueología del saber*. Siglo XXI: Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1996). *¿Qué es la ilustración?*. La piqueta: Buenos Aires.
- HALL, S. y DU GAY, P. (1996) *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu: Barcelona.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una democracia radicalizada*. Siglo XXI: Madrid.
- LANDI, Oscar (1985). *El discurso sobre lo posible: la democracia y el realismo político*. CEDES: Buenos Aires.
- LEFORT, C. (1990). *La invención democrática*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- LOREY, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Traficante de sueños: España.
- MARTINEZ, Fabiana (2016). “Nuevos sujetos neoliberales. Configuraciones sobre el mérito en los discursos del PRO”. *Revista Oficios Terrestres*, Universidad Nacional de La Plata, N° 35. La Plata.

- MARTINEZ, Fabiana (2018) “Aires de familia: gramáticas neoliberales en los discursos del Pro”. En: BONETTO, M.S. y PIÑERO, M.T. *Tensiones en la democracia argentina: continuidades y rupturas*. CEA-UNC. Córdoba.
- RANCIERE, J. (1992) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- VERON, E. (1980). *La semiosis social*. Gedisa: Barcelona.
- VERON, E. y SIGAL, S. (1987) *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Hachette: Buenos Aires.
- VERON, E. (1987). *El discurso político*. Hachette: Buenos Aires.
- VERON, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Gedisa: Barcelona.

**SUJETO Y HETEROGENEIDAD.**  
**Apuestas del encuentro con el psicoanálisis**  
**para una política emancipatoria<sup>1</sup>**

*KATHERINE SALAMANCA AGUDELO<sup>2</sup>*

## **Introducción**

Algunos de los abordajes políticos contemporáneos<sup>3</sup> recuperan de modo sistemático las enseñanzas del psicoanálisis, en particular de la obra lacaniana, para afianzar las elaboraciones teóricas que apuntan, entre otras cuestiones, a comprender la *heterogeneidad* en la constitución del sujeto y su inscripción en el campo de lo político<sup>4</sup>. Desde este anclaje se da la apertura para la constitución de nuevos y singulares lenguajes políticos, que difieren de otros modos de indagación -conducidos por diversas tradiciones de la teoría política-, y

---

<sup>1</sup> El presente texto se realizó en el marco del seminario del doctorado en Teoría política contemporánea dictado por Dr Sebastián Barros (DCP/CEA/FCS). Algunas de las ideas planteadas se presentaron en la ponencia “Lo militante y lo democrático. Lecturas en los pliegues del sujeto político” en el marco del Latin American Studies Association LASA’s International Congress, 27th 2016, New York. Agradezco la lectura generosa de Jorge Foa, y de los compañeros del programa de investigación en estudios en teoría política, especialmente, Sofía Soria, Roque Farrán, Mercedes Vargas y Emmanuel Biset.

<sup>2</sup> Doctoranda en Ciencia Política por el Centro de Estudios Avanzados/ Facultad de Ciencias Sociales Universidad Nacional de Córdoba Argentina. Correo electrónico: katherinesalamanca7@gmail.com

<sup>3</sup> Véase los trabajos de Slavoj Žižek, Ernesto Laclau, Jannis Stavrakakis, Joan Copjec, Jorge Alemán, Jacques-Alain Miller, Jean-Claude Milner, Jason Glynos, Barbara Cassin, Jelica Šumič Riha entre otros.

<sup>4</sup> Véase también los trabajos de otros autores y colaboradores que problematizan la noción de heterogeneidad en el campo de la política: Ranciére, J. (1996); Carlos Salvatore Duran (2009); Alejandro Groppo (2010); Gloria Perelló (2010); Paula Biglieri y Gloria Perelló (2011, 2012); Gerardo Aboy Carlés (2010); Sebastián Barros (2009, 2010); Julian Melo (2010) Alejandro Groppo y Sebastián Barros (2010); Sebastián Barros (2009).

en los cuales, se reconoce que estos se *(des)encuentran* entre sí a la hora de decir ¿qué del *sujeto* hoy?

Este texto, en consecuencia, abordará esta pregunta en el campo nombrado como *izquierda lacaniana*<sup>5</sup>, en particular a partir de algunas intervenciones teóricas sobre la *politicidad* del *sujeto* desde su encuentro con lo real, esto es, a través de elaboraciones que intentan responder cómo se abordan en este marco las dimensiones de *lo común, lo heterogéneo y lo imposible*<sup>6</sup> para constituir una política emancipatoria. Hacia tal tarea nos enfocaremos situando la discusión a través del espinoso debate de la teoría política contemporánea en el encuentro con el psicoanálisis<sup>7</sup>.

Aquí, en síntesis, se busca presentar e interrogar esta discusión para avanzar en un abordaje ontológico y epistémico de la cuestión del *sujeto político*. Consideramos, en efecto, que para tal propósito algunos supuestos y condiciones requieren ser expuestos. Es por ello que a continuación, para abordar la relación entre psicoanálisis y política, proponemos estructurar el texto de la siguiente manera. En el primer apartado se enfocará la presentación sobre el supuesto problemático en la nombrada *izquierda lacaniana* del encuentro (im) posible entre psicoanálisis y política. Este eje abrirá dos lecturas. La primera de ellas, una lectura sobre la cuestión de lo singular y lo común. La segunda, la lectura de un pasaje (paso) entre el psicoanálisis y la política, presupuesto con una *afinidad*, a partir de la discusión de la dimensión heterogénea del sujeto. Finalmente, a modo de cierre, se presentaran algunas notas y cuestiones abiertas sobre la lectura de Lacan y el psicoanálisis para la constitución de una política de izquierda y emancipatoria.

---

<sup>5</sup> Entendemos por *Izquierda Lacaniana* el campo que se constituye a partir de estos lenguajes políticos: psicoanálisis y teoría política. J. Alemán (2010) plantea que para una *Izquierda Lacaniana*, “[...] implica no separar dos dimensiones que hacen una diferencia insuperable, [lo político y la política], sino construir a partir de ellas una respuesta al malestar” (Alemán, 2010: 16)..

<sup>6</sup> Imposible se refiere a las dimensiones del sujeto que exponen su falta constitutiva, como lo es la experiencia parlante, sexuada y mortal del sujeto. Véase: J. Šumič. Elegir lo imposible. Ponencia presentada en la cátedra libre Ernesto Laclau. Buenos Aires, UMSA, Diciembre, 2014. Laclau, E. (1993), “La imposibilidad de la sociedad”, en: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, : Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.

<sup>7</sup> El discurso psicoanalítico agujerea el marco de la teoría política, al tomar con rigor, la cuestión del sujeto, efecto de más de un siglo de trabajo clínico e invención de conceptos para inteligir la compleja constitución subjetiva.

## Lecturas de un encuentro imposible: psicoanálisis y política

Una aproximación al sujeto a través de este singular lenguaje político: psicoanálisis lacaniano y política, implicaría indagar tanto por cómo llegan los autores al psicoanálisis<sup>8</sup> como por la forma en que éstos intervienen en la teoría política a partir de las elaboraciones psicoanalíticas; es decir, de qué modos se constituye el campo teórico de *una izquierda lacaniana*, lo que inevitablemente implicaría interrogar cómo se produce esta relación (im)posible entre psicoanálisis y política.

Nos detendremos a continuación sobre algunos supuestos que se visibilizan a partir de este *encuentro* en el campo teórico. Para tal propósito, abordaremos las propuestas de Jorge Alemán y Jelica Šumič, en las que interrogaremos cómo inscriben el encuentro entre psicoanálisis y política. Partimos del presupuesto que ambos autores proponen distintos modos de vinculación, en los cuales subyacen dos supuestos para abordar el problema del *sujeto*. El primer supuesto, de acuerdo a lo planteado por Alemán en sus textos “Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos” (2009), “Lacan, la política en cuestión... conversaciones, notas y textos” (2010) y “Conjeturas para una Izquierda Lacaniana” (2013), hace referencia a los modos de inscripción de la dimensión singular del sujeto en el campo de la política, que deviene, en la inscripción de *lo común*, en un modo, que nombra como *singular-común*. Para Alemán, lo común tiene una implicación singular, y se diferencia de lo común como lo homogéneo o del común en la lógica del “para todos”:

[...] lo común pertenece más a la lógica femenina, no fálica, sin límites establecidos *a priori* y solo contorneable por entornos contingentes. Sin embargo, lo común pertenece a la lógica del “no todo”, no del “para todos”, porque en lo común hay un encuentro traumático de cada uno con *la lengua* que no es subsumible ni en el universal del para todos, ni en las excepciones particulares; se trata de un “singular común” (Alemán, J., 2010: 90).

---

<sup>8</sup> No sólo en el sentido biográfico, sino en términos epistémicos, cabe interrogar cómo los autores ingresan en el discurso del psicoanálisis lacaniano. En este contexto, se reconoce que algunos de los destacados pioneros en el campo pertenecen a la tradición de las izquierdas Marxistas, Maoistas, Gramscianas, entre otras. Tal es el caso de Ernesto Laclau y J. Alemán; otros además provienen de la academia filosófica en el caso de J.A Miller, A. Badiou, o de la teoría política, como J. Stavrakakis y J. Sumic. El interés, sin embargo, más allá de establecer una tipología es sugerir que el encuentro con el psicoanálisis también corresponde a un modo de interrogar político y epistémico en la que se encuentran inscriptos los autores que no es homogéneo y opera con distintos registros en sus elaboraciones.

*Lo común*, a lo que alude Alemán, implicaría interrogar de qué modos se encuentra inscrito en otro registro que difiera de la dimensión homogénea o de la lógica del todo y la excepción que es la que predomina para pensar la política. En síntesis, a partir de sus lecturas se sugiere indagar cómo *lo común* se separa de una concepción fijada en el “para todos” y este se enlaza en otros registros del campo simbólico, es decir, en otros modos de inscripción de la falta constitutiva del sujeto, el agujero, que denominaría Lacan en sus elaboraciones de las lógicas de la sexuación bajo la conceptualización de la lógica del *no-todo*<sup>9</sup>.

Cabe señalar que aunque J. Alemán, J. Šumič, S. Žižek entre otros autores, se valen también de algunas lecturas sobre las formulas de la sexuación lacaniana para problematizar la lógica –masculina- del Todo (y la excepción) en relación con la lógica –femenina- del *No-Todo*, no obstante, entre ellos existen distintos modos de explicitar dichas elaboraciones de Lacan, en particular en el campo conceptual en el que se apuesta por dar cuenta de sus implicancias políticas -indagación que requiere de otros trabajos específicos-. En consecuencia, por tal efecto, sería pertinente preguntarnos ¿de qué modos se están articulando estas elaboraciones psicoanalíticas en la teoría política contemporánea?, ¿cómo se puede discernir en este campo los *efectos* que se constituyen en su producción?, en esta vía ¿cómo operaría este lenguaje político con el propósito común de constituir una política emancipatoria?

En este horizonte de indagación, el autor esloveno Slavoj Žižek, a partir de la elaboración lacaniana de la lógica del *No-Todo*, ha argumentado que este concepto se encuentra relacionado con la *brecha*, la hendidura que inscribe la

---

<sup>9</sup> La lógica del *No-Todo* (*pastoute*) es un desplazamiento de las fórmulas lacanianas de la sexuación femenina. Lacan, en el Seminario 18 (1970-1971), afirma su polémica elaboración: “la mujer no existe” (Lacan, S18:1970-71), es decir, que la mujer es, y no es un universal que admite su excepción. En otros seminarios siguientes Lacan, elabora distintas fórmulas que dan cuenta de esta afirmación. Tal como en el seminario 20 (1975-1976) en el cual avanza sobre conceptos como el goce femenino (Lacan, 1975), que se diferencia de otro goce (el goce fálico) al inscribirlo de modo distinto frente al objeto, por lo que este goce femenino se encontraría más allá de la configuración de la excepción fálica o de la castración. En este seminario argumenta Lacan que en relación a la anterior afirmación, la mujer opera con la fórmula de un no-Todo (Lacan, 1975). Para Lacan esta lógica no se encuentra asociada a la sexualidad definida por el órgano o una posición de género subsumida también al órgano sexual. Se trata de posiciones subjetivas respecto al modo de relación con lo parcial y la totalidad, la falta y la completud. Para ampliar sobre la lógica del no-todo véase también los trabajos de Le Gayfey (2007); Žižek, S., Santner, E. L., & Reinhard, K. (2010).

sexualidad femenina en su condición de no universalidad<sup>10</sup>. Se produce entonces una paradoja en la lógica del *No-Todo*, reconocida por la lectura žižekiana, que radica, de acuerdo a lo que afirma R., Camargo, “[...] en el hecho de que al quererlo todo, [el goce femenino] sin excepción, termina develando el carácter constitutivamente inconsistente del registro simbólico, el cual no logra dar satisfacción completa a tal goce” (Camargo, 2011: 11). Žižek, atento a esta condición, considera una reflexión sobre el atravesamiento del registro simbólico y los significantes amos que anudan la política, e introduce en este marco elaboraciones (como goce, fantasía ideológica, el acto político, entre otras) que permiten problematizar la lógica de la hegemonía, más allá de lo que ésta tiene de totalizante y universalizante, es decir, en su anclaje en la lógica del *todo* y la *excepción*.

El segundo supuesto, siguiendo principalmente la lectura de Šumič, es un modo de articulación, de *pasaje* (paso), entre la dimensión de lo singular, del *No-Todo* o de lo imposible del sujeto a lo común. Al igual que Alemán, Šumič se propone una indagación política de lo común, sin embargo su lectura difiere del argumento de Alemán por considerar que esta noción es equivalente con la noción de la política, y de la lógica del todo (y la excepción), de allí se comprende que la autora sostiene que lo *común* se inscribe en la lógica del “para todos” y que en consecuencia requiere establecer un pasaje al campo de lo singular. De esta manera, Šumič propone: “[...] para la política, dentro de la que no parece haber lugar para lo singular, sería un paso ilegítimo hacer el movimiento opuesto: del “para todos” al “sólo para uno” (Šumič, J., 2014: 3). Este “solo para uno” implicaría problematizar cómo se enlaza en el campo de lo singular y lo común, la constitución del sujeto. En consecuencia, Šumič indaga lo singular como *afinidad* entre el campo de la política y el psicoanálisis, o entre el campo del *Todo* y el *No-Todo*, para lo cual interroga la posibilidad de un paso entre estos dos registros.

Dos apuestas proponen Alemán y Šumič, que requieren pensar tanto en sus desplazamientos conceptuales, como en sus posicionamientos políticos, en particular a partir de las diferencias que se juegan sobre la cuestión del *sujeto* en las discusiones ‘entre’ lo común y lo singular.

---

<sup>10</sup> Como lo señala R. Camargo (2011) “[...] precisamente porque ella no se identifica directamente, como lo hace la sexualidad masculina, con un objeto de deseo (su amante), sino que con la brecha que existe entre dicho objeto y el deseo mismo, una brecha que es la marca de la inconsistencia de la satisfacción del deseo” (Camargo, 2011:10-11).

## I. Lo singular-común

Lo político o lo común, refiere Alemán, es una noción que no pertenece a la tradición del discurso del psicoanálisis lacaniano<sup>11</sup>, lenguaje cuyo propósito ha sido más bien dar cuenta de la singularidad constitutiva del sujeto –y sus implicancias clínicas-. En contraste, en la actualidad las elaboraciones conceptuales de este campo psicoanalítico se han ido -poco a poco- articulando<sup>12</sup> a un gran marco de la teoría y la filosofía política que interroga lo común y la política (Alemán, J., 2012). Estos desplazamientos teóricos, argumenta Alemán (2010), en su texto “Lacan, la política en cuestión... conversaciones, notas y textos” tienen el propósito de diferenciarse o separarse de los problemas que surgen de la oposición particular-universal, para formular una apertura hacia la cuestión de lo singular y su presentación como experiencia común de *lalengua* y del *inconsciente* que -de modo sintomático- siguiendo a Lacan, decanta en cada uno, uno por uno (Alemán, J., 2010b: 90). En otras palabras, J. Alemán, propone que este actual lenguaje político asume un modo de comprender lo común y hacerle frente al malestar, y para tal propósito de modo ineludible la cuestión del sujeto en su complejidad. Pregunta que sistemáticamente ha sido conceptualizada por Lacan, bajo distintas figuras: el sujeto del inconsciente, el sujeto dividido, el sujeto falta-en-ser, el sujeto del deseo, es decir, el sujeto que soporta las presentaciones de lo imposible<sup>13</sup>.

En efecto, y de acuerdo a lo señalado por el autor argentino, para que este campo teórico-político se configure a partir del *encuentro* entre el psicoanálisis (lacaniano) y la política –sin ningún tipo de garantías-, y que sostenga la llamada “diferencia ontológica” en Heidegger o la “diferencia absoluta” en

---

<sup>11</sup> Como refiere Alemán, si lo político en tanto refiere a lo común no es un término que pertenezca a la tradición del psicoanálisis lo es sólo en la medida en que pone de manifiesto al inconsciente como el reverso de lo universal, de lo idéntico a sí mismo, del ‘para todos’ de la misma manera. Esto es, en tanto se muestra como ‘excepción’ es que el inconsciente es lo político en Lacan. *Lo común* en el sentido de un abordaje epistemológico, no ha sido una preocupación del campo del psicoanálisis, sin entrar en los modos como planteo Lacan algunas nociones sobre la política, como ejemplo en el seminario 14, la idea que “el Inconsciente es la política” y demás intervenciones dirigidas a problematizar el discurso del amo, o los semblantes.

<sup>12</sup> Articulación reciente, por ejemplo, en especial desde los años ochenta en la obra de Alain Badiou y de Ernesto Laclau, y desde los años noventa en la obra de Slavoj Žižek-.

<sup>13</sup> Imposible se refiere a las dimensión del sujeto que exponen su falta constitutiva, como lo es la experiencia parlante, sexuada y mortal del sujeto. Véase: J. Šumič. Elegir lo imposible. Ponencia presentada en la cátedra libre Ernesto Laclau. Buenos aires, UMSA, Diciembre, 2014. Laclau, E. (1993), “La imposibilidad de la sociedad”, en: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, : Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.



Lacan (Alemán, 2009: 15) implica asumir *a priori*, que no es posible anudar estos dos lenguajes sin abordar tanto la potencia como lo problemático de este acto. Condición de posibilidad que se produce a partir de las maneras como se constituye el *encuentro*<sup>14</sup>, en especial, cómo se plantea la cuestión del *sujeto*. El modo para hacerse cargo -dadas las diferencias políticas y teóricas constitutivas en el interior del campo- resulta en consecuencia, un interrogante. En efecto, por una parte, algunos podrían argumentar que pareciera que no encajan psicoanálisis y política, que no se resuelven en una totalidad o síntesis, y de tal forma responden a dos dispositivos o lenguajes diferentes. Otros por el contrario, argumentan, en principio, con Lacan, que cada uno se enlaza en los discursos en los cuales se inscribe, es decir, cada campo (política y psicoanálisis) estaría soportado por los diferentes modos de lazo social, es decir, en los modos cómo se constituye el *sujeto*.

No obstante, más allá de sostener sus diferencias, o las inconmensurables marcas que apuntarían a señalar la especificidad de cada campo, o de proponer una imposible fusión o articulación plenamente fundamentada, consideramos que algo productivo en este *encuentro* teórico-ético y político es la interrogación materialista sobre los modos *cómo* se anudan estos campos, y con ello problematizar y presentar los efectos y las implicaciones ético-políticas para avanzar en la constitución de una política emancipatoria, en efecto, al dar cuenta en esta labor de los indiscernibles, agujeros, contornos, desbordes, lazos y anudamientos que constituyen el sujeto, en el *entre* o en ese *encuentro* de la política y lo político, de la política y lo singular-común, o de la lógica del *Todo* y la lógica del *No-Todo*. Con ello, asumir como presupuesto la radicalidad del discurso del psicoanálisis en cuanto lenguaje que da cuenta de la constitución del sujeto en su complejidad.

J. Alemán (2003) en el primer apartado de su texto titulado: “Nota sobre Lacan y Sartre: el decisionismo” del libro *Notas antifilosóficas...*, inicia nombrando otro *encuentro* entre dos campos: filosofía y psicoanálisis, reffi-

---

<sup>14</sup> Sobre la reflexión de la noción del *encuentro* recuperando la filosofía althusseriana del materialismo del encuentro véase el trabajo de Natalia Romé (2011) *En busca del materialismo. Filosofía, política e historia en la obra de Louis Althusser*. En Caletti (coor)... [et-al] (2011) *Sujeto, política, psicoanálisis: discusiones althusserianas con Lacan, Foucault, Laclau, Butler y Žižek*. Buenos aires: Prometeo Libros. Pp.117-156. Dice Romé: “[...] la noción del “encuentro” supone que un “comienzo” es todo lo contrario de un “Origen”; un comienzo es justamente el lugar del *vacío*, la ausencia de fundamento filosófico para toda trama relacional. La historia entendida a partir del concepto de *coyuntura*, y ésta como articulación concreta de prácticas –como “combinación” y no como “combinatoria”-, ubica a estas prácticas como límite del orden (y, por lo tanto, de toda forma filosófica) (Romé, N., 2011: 150).

riéndose para ello a una conferencia previa que había realizado un tiempo atrás titulada “Introducción a la antifilosofía: la filosofía y su exterior”. Acá Alemán plantea que el propósito en esa instancia fue mostrar la relación entre psicoanálisis y filosofía, para lo cual se valió de una serie de condiciones entre ambos marcos, afirmando que estos “[...] tienen una “vinculación de borde”; una relación fronteriza de conjunción-disyunción que permite indagar y examinar de distintas maneras el acto analítico”(Alemán, J., 2003: 5); este ejercicio analítico que afirma Alemán, consideramos, es equivalente a la apuesta contemporánea para pensar el encuentro entre el psicoanálisis y la política, y nos lleva a pensar así también en este vínculo el *acto analítico* o la ética, es decir, cuál es la especificidad que enlaza el modo de intervención del psicoanálisis con la práctica de los estudios políticos. Así, consideramos que para abordar lo que tiempo después denomina como *la izquierda lacaniana*, -nombrada de este modo por otros autores como Yannis Stavrakakis-, quizá, acá se trataría también de sostener esta indagación sobre como se constituye este “comienzo” y sus heterogéneas inscripciones e implicaciones ético-políticas, es decir, con ello interrogar ¿qué es la izquierda lacaniana? o ¿cómo o de qué modos se produce el encuentro entre la izquierda y lo lacaniano? encuentro que además posibilita problematizar tanto cómo se enlaza o se vincula estos dos campos como cuál sujeto inscribe y se constituye en esa apuesta y respecto a qué fronteras políticas –del psicoanálisis, de la izquierda- se diferencia.

Deducimos, siguiendo a J. Alemán, cuando interroga el *encuentro* entre psicoanálisis y filosofía, una lectura *más allá* de una relación de exterioridad entre ellos, y consideramos que del mismo modo, en esa trama, se produce el *encuentro* de la izquierda lacaniana (psicoanálisis y política). Así, plantea Alemán, que en el impacto o colisión entre estos dos lenguajes, de uno sobre otro, se provoquen secuencias de pensamiento que tal vez permitan introducir en el legado teórico de la izquierda una perspectiva nueva sobre el sujeto que soporte o se haga cargo de una experiencia política transformadora (Alemán, J., 2009: 16), es decir, que su implicación política sólo se produzca anudada con la apuesta emancipatoria del sujeto.

No obstante, esa perspectiva que señala J. Alemán no viene sólo del campo de un nuevo saber que aporte un contenido del psicoanálisis a la política y que, en consecuencia, subvertirá el campo teórico, ya Lacan denunció, de modo insistente, que de eso no se trataba: “[...] el inconsciente no subvertirá nuestra ciencia por hacerla confesar públicamente la falta de alguna forma de conocimiento” (Lacan, J., (1993 [1977]): 65); De acuerdo con la enseñanza de Lacan, no se trata solo de un ‘reconocimiento’ de un no saber o de la falta constitutiva del sujeto. Así, el nuevo lenguaje político no se produce tan solo a partir de la inclusión de categorías que elabora el psicoanálisis, como por ejemplo la del sujeto del inconsciente; es decir, no se trata sólo de la contaminación o el

desplazamiento de nociones del psicoanálisis sino que se trata de la producción de nuevos lazos y modos de interrogar que habilitan este *encuentro* así como de aquellos múltiples desplazamientos conceptuales. Un ejemplo que ilustra lo problemático de este asunto, se considera en las elaboraciones sobre el sujeto del inconsciente como un concepto o una noción, que de acuerdo con lo planteado enfáticamente por Lacan nos dice: “[...] el inconsciente no es una noción. ¿Que sea una llave? Se lo juzga por la experiencia”. Una llave supone una cerradura. Seguramente existen cerraduras, y aunque el inconsciente hace funcionar correctamente, ¿para cerrarlas? ¿para abrirlas? no está sobreentendido que lo uno implique lo otro, a fortiori que sean equivalentes” (Lacan, J., (1993 [1977]): 55); Lacan, respecto a lo anterior, deja una condición, el sujeto del inconsciente excede la posibilidad de circunscribirse en una noción, o un conocimiento, cuando se argumenta qué es, este se desvanece, dado o en su carácter constitutivo se encuentra agujereado e implicado con otros registros.

Es así como en el *encuentro* se asume *lo imposible*. Consideramos de acuerdo con Alemán, que lo que se trata es así también problematizar una teoría que constituya una posición de izquierda que se ocupe de indagar y elaborar intervenciones para la política y la emancipación (Alemán, J., 2010: 16), y así, interrogar por cuáles apuestas y de qué modos se inscriben en el campo político, el lenguaje del psicoanálisis, es decir, pensar la política que soporte las dimensiones de lo imposible, y con ello indagar cómo las lógicas operan y resguardan lo singular en la constitución del sujeto. Así, Alemán, propone otra condición, respecto a por qué se implica en este *encuentro* (política y psicoanálisis) un modo de sostener la dimensión ética:

El estatuto ético del inconsciente, mencionado junto al carácter preontológico del mismo en el Seminario 11 de Jacques Lacan, establece esta indicación: el psicoanálisis no es asunto de “expertos” en el psiquismo o de especialistas de la salud mental. El psicoanálisis es una experiencia que indaga la decisión ética cuando se nos ofrece sin fundamento último y sin demostración “científico técnica”, y donde se trata de aceptar la condición contingente e incurable que *lalengua* le impone a la “existencia” parlante, sexuada y mortal, tres nombres que remiten a distintas modalidades de lo imposible. (Alemán, J., 2010: 14).

Más allá de la definición sobre el psicoanálisis, nos interesa resaltar de la cita anterior acompañando lo propuesto por Alemán, la relación entre la indagación ética del psicoanálisis y la condición contingente del sujeto, que nos permite ahondar en el debate en torno al *encuentro* de la política con el psicoanálisis, es decir, cómo avanzar en la apuesta para interrogar la cuestión del sujeto, y la propuesta de que el *encuentro* tiene que ver también con una

*experiencia*, un *acto*, con la dimensión decisiva ligada a la ética –indagación de lo ético que acompaña las discusiones de otros autores como A. Badiou o S. Žižek)-. Esta ética, a la que refiere Alemán, se trata de una ética desfundamentada, que asume la condición de lo imposible del sujeto, una ética que también se ocupa de los registros<sup>15</sup> y que indaga el propio acto. Una ética que Lacan problematizó a lo largo de sus seminarios<sup>16</sup> y que la argumentó en relación al estatuto del inconsciente: “[...]es así que el inconsciente se articula de lo que del ser viene al decir. Aquello que del tiempo le presta estofa no es empréstito de lo imaginario, sino más bien de un textil donde los nudos no dirían sino de los agujeros que ahí se encuentran”(Lacan, J., 1993 [1977]: 47)

Una ética pensada así, como un estatuto ético del inconsciente, que a partir de Lacan, posiciona otro modo de sortear el campo de la política y del malestar de la cultura: sostener la división y la falta constitutiva del sujeto.

## II. Lo heterogéneo y lo imposible

La indagación sobre la cuestión de la heterogeneidad (estructural, social, política) ha sido llevada adelante por diversos autores y perspectivas del campo teórico político contemporáneo, en especial en los últimos años<sup>17</sup>, argumentando además, que esta noción se encuentra en el centro del debate en cuanto al pensamiento de una política emancipatoria se trate (Laclau, 2005; Barros 2009; Perelló y Biglieri; 2010).

De ahí que acompañando esta tesis se considera que *la heterogeneidad* requiere ser abordada en su complejidad. Trabajo analítico que ha sido llevado adelante por algunos de los autores de la teoría política posfundacional (Marchart, 2009) en particular, a partir de las contribuciones sobre teoría

---

<sup>15</sup> J. Lacan, en la Tercera, desarrolla la propuesta del nudo borromeo- R-S-I- en el que lo plantea como los cordeles, los lazos que soportan al sujeto. El Real (de su goce), lo simbólico (de su representación), y la consistencia imaginaria (de la imagen del cuerpo). Véase para estos desarrollos, El seminario RSI de Lacan, Las elaboraciones de Farrán (2010, 2012, 2014).

<sup>16</sup> Entre los principales se encuentra el seminario 7 La Ética del psicoanálisis. El seminario 14. La lógica del fantasma. El seminario 15. El acto psicoanalítico.

<sup>17</sup> Véase por ejemplo los trabajos de Quijano, A. 2014. *Cuestiones y Horizontes. De la Dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del Poder*. Buenos Aires: CLACSO. Chatterjee, P. (1993). *The nation and its fragments: Colonial and postcolonial histories* (Vol. 11). Princeton: Princeton University Press. Tapia Mealla, L. (2002). La condición multisocietal: multiculturalidad, pluralismo, modernidad. *La Paz: Muela del Diablo Editores*. Laclau, E. (2006). *La razón populista*. Fondo de cultura Económica.

política del discurso de Ernesto Laclau. Así lo desarrolla Sebastián Barros (2009) al proponer que tanto en las teorizaciones de Laclau como en las de Jacques Rancière, esta categoría es central y contribuye para pensar los efectos de las articulaciones políticas, el populismo, así como releer la condición de posibilidad de existencia de la comunidad en tanto comunidad de iguales y el problema del sujeto que soporta la dimensión de la representación<sup>18</sup>.

Acompañando estas lecturas que sostienen la complejidad para abordar esta noción, aquí nos centramos sucintamente en la pregunta por cómo la heterogeneidad revitaliza distintos debates en el *encuentro* entre el psicoanálisis y la política. Fundamentalmente desde los aportes de Ernesto Laclau (2005) y la implicancia de estos para la discusión en el campo social.

En su texto *La Razón Populista* (2005), Laclau introduce la noción de *heterogeneidad social* reconfigurando una lectura en principio en torno a cómo ha sido pensada desde el marxismo (principalmente través de los aportes de Stallybrass (1990) en “Marx and the heterogeneity”), como aquello que cuestiona la clasificación social o la consistencia de una clase social<sup>19</sup>; así como del tratamiento que ha recibido *lo heterogéneo* en Bataille (en su texto “La estructura psicológica del Fascismo”), que hace referencia a cierto ‘gasto improductivo’, que rompe la formalización o la consistencia de lo homogéneo de la ciencia. Desde estos cruces iniciales argumenta Laclau que “[...] para Marx, como para Bataille, la heterogeneidad no es la antítesis de la unificación política, sino la condición misma de posibilidad de esa unificación” (Laclau, 2005: 183-184).

---

<sup>18</sup> En conclusión, en este tercer turno de la teorización de Laclau, entendemos la heterogeneidad como un verdadero no sólo en su dimensión de una falta en el orden simbólico – como podría ser concebido en la noción de la dislocación- pero en su dimensión del placer. Es así que Barros, argumenta como “[...] lo heterogéneo es aquello que es arrancado de su lugar natural de no-parte y que pasa a ser aprehendido como elemento posible de hablar y ser escuchado en la definición de los asuntos comunes” (Barros, 2009).

<sup>19</sup> P. Stallybrass, op. cit., p. 27; la cita de Smith proviene de *The Wealth of Nations*, Londres, 1910, libro 2, cap. 3, pp. 295-296). 183-184 En otras palabras, para Marx, como para Bataille, la heterogeneidad no es la antítesis de la unificación política, sino la condición misma de posibilidad de esa unificación. Sospecho que ése es el verdadero escándalo del lumpenproletariado en la teoría marxista: a saber, que representa a lo político en cuanto tal [...]. Porque el lumpen parece representar menos a una clase -en el sentido que uno generalmente entiende el término en el marxismo- que a un grupo susceptible de articulación política. ¿Y qué grupo no lo es? [...]. Pero si el lumpenproletariado puede ser tan fácil la arena del orador, o la melodía de un músico, el trabajo de todos ellos parece en el instante mismo de su producción” (P. Stallybrass, op. cit., p. 27; la cita de Smith proviene de *The Wealth of Nations*, Londres, 1910, libro 2, cap. 3, pp. 295-296).

Al proponer a la heterogeneidad como condición de posibilidad de la política, Laclau articula otros lenguajes para su comprensión. Es aquí que en su obra se introduce la cuestión de la heterogeneidad a partir de la lectura del psicoanálisis, como ya lo ha indicado Perelló y Biglieri (2014), en un principio a partir de concebirla en su relación con el populismo, diferenciándola de las nociones de antagonismo y de dislocación. Pero principalmente estableciendo la heterogeneidad en su modo de inscripción, cuando la diferencia se complejiza como condición de constitución “[...] sin heterogeneidad tampoco habría ningún antagonismo (Laclau, 2005: 188). Este movimiento sobre la heterogeneidad como diferencia del antagonismo pero a la vez como condición de posibilidad de lo político, es a partir del cual Laclau plantea *la heterogeneidad* en el centro de su propuesta teórica.

Este punto es crucial, y se traduce, primero, en que para Laclau (2005), “[...] la heterogeneidad no significa diferencialidad. No puede existir un sistema de unidad a priori precisamente porque las demandas insatisfechas son la expresión de una dislocación sistémica” (Laclau, 2005: 150)<sup>20</sup>. En esta vía entre las principales conclusiones de su análisis, lo heterogéneo no se define por ser lo múltiple o lo diferente [...] heterogeneidad no significa pura pluralidad o multiplicidad, ya que esta última es compatible con la completa positividad de sus elementos constitutivos. Uno de los rasgos definitorios de la heterogeneidad, en el sentido en que la concebimos, es una dimensión *de ser deficiente o unicidad fallida*. (Laclau, 2005: 277).

Esta falta constitutiva, también la establece en una diferencia de lo antagónico:

[...] La ruptura implicada en este tipo de exclusión es más radical que la inherente en la exclusión antagonística: mientras que el antagonismo aún presupone alguna clase de inscripción discursiva, el tipo de exterioridad al que nos estamos refiriendo ahora presupone no sólo una exterioridad a algo dentro de un espacio de representación, sino respecto del espacio de representación como tal. Este tipo de exterioridad es lo que vamos a denominar *heterogeneidad social*. La heterogeneidad, concebida de esta manera, no significa *diferencia*; dos entidades, para ser diferentes, necesitan

---

<sup>20</sup> Esto implica dos consecuencias que ya hemos analizado: (a) el momento de unidad de los sujetos populares se da en el nivel nominal y no en el nivel conceptual -es decir, los sujetos populares siempre son singularidades-; (b) precisamente porque ese nombre no está conceptualmente (sectorialmente) fundamentado, los límites entre las demandas que va a abarcar y aquellas que va a excluir se van a desdibujar y van a dar lugar a un cuestionamiento permanente. (Laclau, 2005: 150).

un espacio dentro del cual esa diferencia sea representable, mientras que lo que ahora estamos denominando heterogéneo presupone la ausencia de ese espacio común. (Laclau, 2005: 176). 177

En síntesis, en este primer modo Laclau propone a lo heterogéneo como aquello que carece de ubicación diferencial dentro del orden simbólico, (que en lenguaje psicoanalítico Laclau lo establece como el *restum* o el equivalente al real lacaniano), no obstante, plantea la constitución de otro tipo de heterogeneidad, “derivada de las relaciones mutuas entre demandas insatisfechas” (Laclau, 2005: 139)

[...] la oposición entre A y B nunca va a volverse completamente A- no A La “esencia-B” de la B va a ser; en última instancia, no dialectizable. El “pueblo” siempre va a ser algo más que el opuesto puro del poder. Existe un real del “pueblo” que resiste la integración simbólica. En segundo lugar, en nuestro diagrama, la heterogeneidad también está presente en el particularismo de las demandas equiva!enciales -un particularismo que, como sabemos, no puede ser eliminado porque es el fundamento mismo de la relación equivalencia-. En tercer lugar, como hemos visto, el particularismo (la heterogeneidad) es también lo que impide a algunas demandas incorporarse a la cadena equivalencial. (Laclau, 2005: 191).

Segundo, el otro nudo central para Laclau es el *rol constitutivo* que se le atribuye a la *heterogeneidad*. Un punto, sobre este *rol constitutivo* es la cuestión de la relación entre *lo exterior* y *lo interior* respecto a la configuración hegemónica<sup>21</sup>. Así, por una parte, la heterogeneidad se presenta como aquello que no tiene inscripción en lo simbólico, y se constituye como lo real, o como el *restum* producto anudado en el proceso de significación. De allí que como efecto en la constitución del campo popular, Laclau propone que la heteroge-

---

<sup>21</sup> Laclau (2005) dice al respecto: “[...] si la heterogeneidad es, por un lado, irreductible en última instancia a toda homogeneidad más profunda, por otro lado no está simplemente ausente, sino *presente como aquello que está ausente*. La unicidad se muestra a sí misma a través de su propia ausencia. La forma fenoménica de esta presencia/ausencia radica en que, como hemos visto, los diversos elementos del conjunto heterogéneo van a estar sobre-determinados o investidos diferencialmente. Tendremos objetos parciales que, a través de su propia parcialidad, encarnan, sin embargo, una totalidad que siempre se retrae. Esta última, como no resulta de la naturaleza positiva, óptica de los mismos objetos, requiere una construcción social contingente. Esto es lo que hemos denominado *articulación y hegemonía*”. (Laclau, 2005: 277-278)



neidad tiene “[...] una complejidad interna que resiste cualquier tipo de homogeneización dialéctica. La heterogeneidad habita en el corazón mismo de un espacio homogéneo” (Laclau, 2005: 191). La heterogeneidad en su carácter ontológico, implica sostener la pregunta por cómo se constituye en el campo simbólico el *exceso*.

[...] Sin este rol, lo heterogéneo, en su opacidad, podría ser concebido como la forma apariencial de un núcleo último que, en sí mismo, sería enteramente homogéneo y transparente, es decir, que sería el terreno en el cual pueden florecer las filosofías de la historia. Si, por el contrario, la heterogeneidad es primordial e irreducible, se mostrará a sí misma, en primer lugar, como *exceso*. Este exceso, como hemos visto, no puede ser controlado con ninguna manipulación, ya se trate de una inversión dialéctica o de algo semejante. (Laclau, 2005: 277-278)

Reinscribir la discusión de la heterogeneidad respecto a la constitución de identidades populares implica abordar la complejidad de la articulación entre lo homogéneo lo heterogéneo (Laclau, 2005: 176). Acá, tomando la noción de lo heterogéneo como exceso, se abre todo un campo de análisis que implica pensar cómo se produce en la materialidad del sujeto. Es por ello que, de acuerdo con G. Perelló y Biglieri, argumentan que ahora se toma en cuenta lo real no solo en su relación con el antagonismo, sino con el plus-de goce; pero esta heterogeneidad, no se encuentra en el interior o exterior, sino que retomando la noción de Miller (1987) se constituye en un punto de *extimidad*<sup>22</sup>.

Jelica Šumič (2014) en su intervención en la disertación “Impossible Choice: Lacan and Politics”, argumenta en concordancia con J. Alemán, la condición de posibilidad del encuentro entre psicoanálisis y política, acompañando el posicionamiento común hacia la constitución de una política emancipatoria : “[...] en relación con los modos contemporáneos para teorizar y practicar nuevas formas no segregacionistas de lo colectivo” (Šumič, J., 2014: 1). Aunque a diferencia del autor, asume otra vía para su conceptualización. La apuesta, para tal propósito, ha sido en su caso interrogar y trazar una posible *afinidad* entre el psicoanálisis y la política.

La propuesta de J. Šumič parte del supuesto que se configura un común entre los dos campos, un elemento compartido que opera en los dos registros; por ello, se posiciona frente al cuestionamiento de la asumida exclusión, por

---

<sup>22</sup> El uso de este neologismo, en Lacan Eso significa que el más íntimo se encuentra en el exterior y anuncia su presencia como un cuerpo extraño que reconoce en ruptura constitutiva de la intimidad (Miller, 1987).



parte de algunos autores, entre el psicoanálisis y la política. La crítica de la autora se direcciona en contra de las consideraciones críticas que asumen que los dos campos conceptuales no tienen correlación alguna el uno con el otro. Así, para movilizar lo anterior, Šumič interroga de qué modos la política y el psicoanálisis se ocupan de la heterogeneidad y lo imposible, o cómo “[...] tratar con la heterogeneidad en la política y el psicoanálisis” (Šumič, J., 2014 : 1) a partir de abordar el trabajo conceptual de la lógica del Todo y la lógica del *no-todo* y de una condición irreductible entre ambas. En otras palabras, la autora se preocupa por interrogar cuál es el estatuto de la heterogeneidad para dar un paso (pasaje) entre estos dos marcos: lo común y lo singular. De este modo Šumič, señala que el psicoanálisis se articula a la pregunta por lo singular:

[...] bajo esta perspectiva, suponemos que el psicoanálisis defiende los derechos de lo singular, de aquello que precisamente resiste lo universal. De hecho, el psicoanálisis es por definición el dominio del “no para todos”. Como tal, el psicoanálisis no puede, sin perder su competencia, forzar los límites de la confidencialidad impuestos por su práctica, para introducirse a un dominio en el cual, por el contrario, algo es válido sólo en tanto aplique para todos, desde este punto de vista, el psicoanálisis no tiene injerencia en el dominio destinado “a todos” [...] En contraste, la política pensada como el orden de lo colectivo, se ocupa de las masas, de lo múltiple. En tanto que la política está preocupada por la cuestión de aquello que es válido para todos, no le queda más que hacerse de la vista gorda ante lo singular: el objeto propio del psicoanálisis. Para la política, dentro de la que no parece haber lugar para lo singular, sería un paso ilegítimo hacer el movimiento opuesto: del “para todos” al “sólo para uno” (Šumič, 2014: 2).

Este movimiento, o pasaje, Šumič lo trata desde la posibilidad de un pasaje. Este pasaje soporta la dimensión heterogénea o imposible constitutiva del sujeto, es aquí que nos preguntamos ¿de qué se trataría esta heterogeneidad? ¿cómo se enlaza en el campo de lo político?

En efecto, además se podría decir que cada autor del campo de la izquierda lacaniana, con sus matices, lo problematiza. Ahora, nos interesan para este punto en vía de la reflexión sobre el encuentro de estos campos, los interrogantes que plantea J. Šumič, en especial porque sus preguntas dan la apertura para problematizar de otro modo estos campos:

¿Pero, estamos tratando aquí con la misma heterogeneidad o más bien con dos heterogeneidades irreductibles, dos figuras de disparidad que son radicalmente otras? En otras palabras, ¿Es la heterogeneidad en el psicoanálisis la misma que encontramos en la política? Sugeriría que esta es precisamente la cuestión: ¿bajo qué condiciones es legítimo unir política y psicoanálisis? (Šumič, J., 2014 : 1).

De acuerdo a lo interrogado por Šumič, la cuestión que apuesta para el campo político, es si se opera o no se opera, con una noción o un concepto de heterogeneidad *a priori*, y en este caso, si es que se desplaza desde el psicoanálisis y cómo ocurre este desplazamiento hacia la política. El aporte de Šumič, en consecuencia, es interrogar por la constitución de una *afinidad*, un común que quizá no puede ser tal. Entre una de las condiciones, que sostiene la autora para continuar su propuesta ontológica, se encuentra la búsqueda de cómo irrumpir los binarismo sedimentados en el pensamiento político, incluso en el contemporáneo: policía/política<sup>23</sup>, particular (singular)/universal. Así, lo explicita J. Šumič: “[...] ir más allá de las polaridades tradicionales hostiles entre lo singular y lo universal y revertir la perspectiva habitual según la cual no hay paso (pasaje) entre el dominio de lo singular y el dominio de lo universal” (Šumič, J., 2014 : 1). Aquí, señala que para esta interrupción al binarismo, la propuesta es establecer un paso (pasaje) entre los dos campos, se refiere con ello a un paso de la lógica del *todo* a la lógica del *no-todo*. Šumič, refiere que “[...] el no-todo, desde este punto de vista, no es una estructura discursiva que estaría incompleta, es más bien presentada como una serie sin ningún límite, o lo que es más, una serie sin ley” (Šumič, J., 2014: 11) Paso, que sólo se puede llevar adelante sosteniendo *lo imposible* o *lo heterogéneo* del sujeto.

Por ende, para presentar el paso del dominio de lo singular al dominio de lo universal, o si se quiere del campo singular del psicoanálisis al campo de lo común de la política, se requiere, reflexionando sobre la propuesta de Šumič. Primero, sostener y elaborar teóricamente cómo es posible un paso (pasaje), resguardando incluso la imposibilidad de establecer *a priori* predicciones o saberes de las consecuencias de ese pasaje; segundo, que dicho trabajo a su vez sostenga la heterogeneidad o lo imposible, es decir, que asuma el sujeto del inconsciente, y que por ello no intente re-absorberlo o subsumirlo bajo la síntesis de categorías que obturen sus implicancias en tanto *imposibilidad* que no logra ser subsanada por ninguna política del ‘para todos’. Condiciones que no implican una fórmula, o un método para “aplicar”, pero que sí implican

---

<sup>23</sup> J. Šumič, cita de modo frecuente a Ranciére como uno de sus interlocutores, en especial cuando de política emancipatoria se trata.

tomarse en serio las formulaciones y el método en el que se inscribe rigurosamente una apuesta que desde Lacan en el psicoanálisis, han llevado adelante para responder ante el malestar de la época.

En efecto, en el campo de la política implica hacerle frente al malestar de hoy que se liga inexorablemente al discurso capitalista. Como señalamos, Šumič plantea como supuesto “[...] que el psicoanálisis y la política encuentran el mismo impasse estructural, el de hacerse cargo de una heterogeneidad irreductible” (Šumič, J., 2014 : 1). Es decir, *a priori* cada campo tiene que lidiar con el exceso, con el resto que no se puede dialectizar y con los registros que constituyen la posibilidad del sujeto (Real-Simbólico-Imaginario), en otras términos, sostener, como indicó Lacan, la experiencia parlante, sexual y mortal del sujeto, con los agujeros constitutivos de los lazos que anudan un discurso posible (Alemán, 2009). El cómo se hacen cargo en el campo de la política, para hacerle frente a los discursos que interrumpen el lazo social, es algo que nos convoca a interrogar. Por ello, la autora se concentra en la pregunta por el paso, la contaminación entre los campos, los desbordes que se producen en el encuentro. Allí, argumenta sobre el común que soporta la heterogeneidad. El problema que debe enfrentar en esta vía es pensar otro modo de inteligir la política:

[...] En el campo de lo política, igualmente, sin importar el régimen o tipo de gobierno, confronta el real-imposible bajo la apariencia de un *impasse* similar: cómo “mantener unida” una multitud de seres hablantes particulares irreductibles que no tienen nada en común. La política moderna, al menos desde la Revolución Francesa en adelante, ha tratado esta imposibilidad del lazo social construyendo la comunidad “para todos”. Esta es una comunidad paradójica ya que la condición para su propia constitución requiere la exclusión de la excepción, de alguna disparidad o heterogeneidad que parezca estar evadiendo la universalización (Šumič, J., 2014 : 2).

Este modo de entender el encuentro entre psicoanálisis y política, de poner la cuestión de lo imposible y del sujeto, de la otredad constitutiva en la política y el psicoanálisis, posibilita por una parte abrir un debate, tal como lo hace J. Šumič, con distintas posiciones que asumen el encuentro imposible, y que éste se puede constituir de: “la doble interdicción del paso (pasaje) del registro de lo singular a lo múltiple” (Šumič, J., 2014 : 3). Por ello, la propuesta Šumič es “revertir esta perspectiva y examinar bajo qué circunstancia puede establecerse una relación entre estos dos dominios, el de “para todos” y el de la “singularidad irreductible” (Šumič, J., 2014 : 3). Por otra parte, para cumplir

tal propósito, plantea la autora, se requiere la construcción de una *escena*.<sup>24</sup> para su encuentro. Esta *escena*, para los dos autores siempre es Lacan.

### III. *Excurso. Reflexiones a modo de cierre*

Hasta acá hemos presentado dos instancias o apuestas de encuentro entre psicoanálisis y política. Una ligada a la inscripción de la interrogación por lo singular en lo común, esto es, del modo en que se ha entendido lo político, y la otra no muy lejana de la búsqueda de un pasaje (paso) entre dos campos presupuestos con una *afinidad*: la dimensión heterogénea del sujeto. Dos supuestos inscriptos en la lectura de Lacan.

Ahora, las consideraciones que abrimos en el principio del apartado nos llevan a este punto a interrogar por ¿cómo los autores se encuentran con Lacan? ¿qué implica esta escena? ¿cómo se aborda en la política sus enseñanzas? ¿qué retorna a las elaboraciones de Lacan? ¿su obra es otra después del atravesamiento teórico por lo que hemos presentado como el encuentro entre psicoanálisis y política? Acá, presentamos un ejemplo, para esbozar algunas de estas cuestiones, en particular sobre el actual encuentro de los autores de la teoría política que abordamos, a través del caso de Jaques-Alain Miller.

J-A. Miller en el texto “El establecimiento de <<El Seminario>> de Jacques Lacan<sup>25</sup>, narra la anécdota de su encuentro con el psicoanálisis lacaniano, a través de una lectura sugerida por su entonces profesor Louis Althusser cuando era alumno de filosofía en la Escuela de Estudios Superiores de París. En el texto se entrevista a J-A. Miller, y ante una pregunta sobre el lector de Lacan:

Francois Ansermet: En la position de aquellos que no conocieron directamente a Jacques Lacan, que no trabajaron con él, que no asistieron a sus seminarios, que tampoco participan en una escuela psicoanalítica lacaniana, el conocimiento de la obra de Jacques Lacan se hace a través de la lectura de los Escritos y de los Seminarios. La transmisión de su obra y de su trabajo se realiza por intermedio del texto, por un trabajo de lectura. Nos gustaría interrogar esta posición del lector. El conocimiento de la obra de Lacan

---

<sup>24</sup> J. Šumič aborda a Lacan, en esta intervención, en particular el seminario 14, “Logique du Fantasme” J. Lacan. *Seminario 14. Lógica del Fantasma*. Clase 18, 10 de mayo 1967. Inédito. Espacio en el que el autor afirma un enigmática afirmación: “no digo que ‘la política es el inconsciente’ sino simplemente que ‘el inconsciente es la política’”.

<sup>25</sup> J. Miller. *El establecimiento de <<El Seminario>> de Jacques Lacan*. Entrevista realizada por el psicoanalista François Ansermet. 1984.

ahora pasa por el trabajo de la lectura. A través de esa lectura se le plantea a Lacan el problema de la transferencia, como todavía se lo seguimos planteando a Freud a través de su obra, position que podríamos designar como una transferencia de lectura. ¿Que se puede decir de esta posición de lector? En tanto usted es aquel por el cual se establece el texto, ¿que lugar cree que ocupa con relación a esa transferencia particular? (Miller, J-A., 1999: 49-50)

La respuesta de Miller, avizorando el problema que se sostiene en la actualidad sobre el atravesamiento para otros campos distintos del campo psicoanalítico lacaniano (que en la misma institución psicoanalítica se encuentran anudados y soportados en la experiencia de la clínica y en su práctica analítica) fue: primero, que como es evidente, se puede llegar a las enseñanzas del psicoanálisis en Lacan (para una experiencia no clínica) a través de su obra<sup>26</sup>, ingresando así en la complejidad de sus elaboraciones, esto es concebir el ingreso al *matema*<sup>27</sup>, como un campo de análisis en su producción (Seminarios, y escritos de Lacan<sup>28</sup>).

Un segundo modo, continua J-A. Miller, fue en el actual no posible encuentro con Lacan, “[...] por la experiencia, por la escucha y por el ejemplo” (Miller, J-A., 1999: 53) por lo que el contacto en esta vía, sostiene, incluso como paradigma fue para él irremplazable. Sin embargo, advierte, que más allá de las cuestiones biográficas: el conocerlo, y establecer lazos afectivos -con el autor, como fue en su caso- este tipo de encuentro no es ninguna garantía para dar un paso más o “[...] para distinguir el punto ciego que todavía no se pensó de su enseñanza y quizás las apreciaciones más innovadoras” (Miller, J-A., 1999: 52-53). Esto supone como argumenta Miller, que la *transferencia* con Lacan, “[...] es totalmente posible sobre la base de la lectura” (Miller, J-A., 1999: 51), que en términos de Lacan, afirma Miller “[...] la transferencia

---

<sup>26</sup> Argumento que desarrolla también Jean-Claude Milner (2002) La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía. Buenos aies: Ed. Manantial.

<sup>27</sup> “El término ‘matema’ es un neologismo que Lacan deriva de la palabra ‘matemática’, presumiblemente por analogía con la palabra ‘mitema’, acuñada por Claude Lévi-Strauss para designar los constituyentes básicos de los sistemas mitológicos (véase Lévi-Strauss, 1955)” (Evans, 1996: 124). En Lacan, los *matemas* permiten la formalización de la teoría psicoanalítica, pero “están contruidos de modo tal que resistan a cualquier intento de reducirlos a una significación unívoca” En M. Gil, Mauricio. El desarrollo en cuestión. La Paz, CIDES, 2011.

<sup>28</sup> Desde abril de 1973, con el Seminario XI, Jacques-Alain Miller, inicio un trabajo de retranscripción y edición de la versión estenográfica de las intervenciones de Lacan desde 1953. Aunque como señala Miller Lacan inicio su enseñanza en 1951, pero sólo pasados dos años se iniciaron las grabaciones de sus seminarios por más de veinte años.

tiene una estructura cuyo eje es precisamente el saber” (Miller, J-A., 1999: 53). Traemos en vía de la problematización sobre el encuentro (psicoanálisis y política) en particular, por una condición que señala, la cual consideramos es un intento de respuesta a la pregunta que nos planteamos por ¿cómo sostener esta relación en el campo de la teoría política con Lacan?

[...] «transferencia con Lacan», a partir del saber tal como esta depositado y esa transferencia puede tomar cuerpo de obra”. Además, esta obra esta dispuesta de tal forma, que el saber conserva una dimensión de supuesto. Lacan desbarata en su obra la position del autor como figura que sabe lo que dice, de manera tal que esta dimensión de supuesto perdura, y en el lugar que ocupa la verdad -para referirnos a su discurso— está precisamente este supuesto saber, y no el autor idéntico a si mismo. Algo que me esfuerzo [...] por tener en cuenta cuando no hago de sus citas otros tantos significantes-amos. Trato el saber de Lacan como supuesto saber, es decir dándole plena importancia a la división del sujeto. (Miller, J-A., 1999: 53)

El saber, como supuesto saber o el soporte de la división del sujeto, se encuentra entre las condiciones para un encuentro en este campo. Acá la transferencia opera desde su dimensión imposible. Así, Lacan en el seminario 11, afirma que “[...] la transferencia no es otra cosa que la puesta en acto del inconsciente”, esta puesta en acto, o función del acto, que introduce el hacer del psicoanálisis implica al sujeto. Una dimensión del sujeto que “[...] renueva (...) completamente lo que puede ser enunciado [de éste] como tal y que se llama el inconsciente” (Lacan, J, 1967-1968). Es este sujeto que en psicoanálisis y en política se pone en acto. De allí, argumentamos que una política posible como un modo de interrogar que asuma las consecuencias del discurso analítico debe dar cuenta de cómo se juega la división del *sujeto*, que difiere de cómo esta se propone o se enuncia. Como hemos intentado presentar, en el campo de la izquierda lacaniana, procuran que en este encuentro entre psicoanálisis y política, se sostenga esa interrogación sobre lo imposible en la constitución subjetiva, y con ello, el trabajo que se adelanta es desfundamentar los lugares en los que opera u operaría un Sujeto que no soporte su falta constitutiva, por ejemplo a partir de Lacan, el discurso capitalista, para lo cual se interrogan por cómo hacerle frente desde distintas elaboraciones (como son la lógica del Todo y del no-todo).

De este modo, el (*des*)encuentro entre el psicoanálisis y la política en este nuevo lenguaje político, supone implicancias que no se reducen al uso de nueva terminología o metodología que desentrañe “lo oculto” de un fenómeno social o de la constitución del sujeto. Antes bien, las propuestas que anudan los

autores son las dimensiones que posibilitan un tipo de acto político: la ética y el acto, el sujeto del inconsciente, la heterogeneidad, la transferencia, entre otras.

## Referencias Bibliográficas

- Alemán, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana--: intervenciones y textos*. Buenos aires: Grama Ediciones.
- Alemán, J. (2012) *Soledad, común: políticas en Lacan*. Clave Intelectual,
- Alemán, J. (2003) *Nota sobre Lacan y Sartre: el Decisionismo, en Notas anti-filosóficas*, Buenos aires, Grama. Editores. 2003.
- Alemán, J. (2010) *la política en cuestión... conversaciones, notas y textos*. Buenos aires, Grama Ediciones, 2010.
- Alemán, J. (2013) *Conjeturas sobre una izquierda lacaniana*. Buenos aires, GRAMA. Editores.
- Barros, S. (2009) “Salir del fondo del escenario social. Sobre la heterogeneidad y la especificidad el populismo”. En revista Pensamento Plural. Ed. Universidade Federal de Pelotas.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2012). *Los usos del Psicoanálisis en la Teoría de la Hegemonía de Ernesto Laclau*, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Copjec, Joan. (2003) *Imaginemos que la mujer no existe*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- Camargo, R. (2011) “Slavoj Zizek y la teoría materialista del acto político” *Revista de Ciencia Política / volumen 31. Nº 1, Ibid. pp: 11.*
- Lacan, J. (1955–1956). *Seminario 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- Lacan, J. (1956–1957). *Seminario 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Lacan, J. (1991). *Seminario. Libro 7*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2000). *Seminario. Libro 8*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962–63). *Seminario 10: La Angustia*. Paidós, Buenos Aires, 2006a.
- Lacan, (1967-1968). *Seminario 15, El acto psicoanalítico*
- Lacan, J. (1972–1973). *El seminario 20: Aún*. Buenos Aires: Paidós, 1985.
- Lacan, J. (1976–77). *Seminario 23: El Sinthome*. Paidós, Buenos Aires, 2006b.
- Lacan, J. (1979). *The Four Fundamental Concepts of Psycho-analysis*. Penguin Books, London.
- Lacan, J. (1974). ”La Tercera”, en *Intervenciones y textos ii*. Buenos Aires: Manantial, 1988. Lacan. J 1993 [1977]. *Radiofonía y televisión. Barcelona, 3ra. Ed. Anagrama,*

- Laclau, E. (2007 [2005]). *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica – Alemán,.
- Laclau, E. (1996), *Emancipation(s)*. London: Verso. .
- Laclau, E. & Mouffe, C. (2004 [1985]). *C. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* [1985]. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional*. La diferencia política en Nancy, Badiou, Lefort y Laclau. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Biglieri, P., and Perelló
- Miller, J. (2006), *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós.
- Miller, J. (1987), “Extimidad”, en *El Analicón*. Fundamentos del psicoanálisis, Barcelona, Silicet ii, pp. 13–27.
- Mouffe, Ch. (2007), *En torno a lo político*. Buenos Aires, FCE.
- Stravakakis, Y. (2010) *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Šumič, J. (2014) “Impossible Choice: Lacan and Politics” (Elección imposible: Lacan y la política). Disertación en La Cátedra Libre Ernesto Laclau, y la Asociación Psicoanalítica Puentes del Sur- Buenos aires, diciembre. Inédito.
- Šumič, J. (2014) *La infinitización del sujeto*. traducción Fernando Chaves. Revista Política Común.
- Sumic, J. (2008). El anacronismo de la emancipación o la fidelidad a la política. S. Critchley y O. Marchart (Comps.), Laclau. Aproximaciones críticas a su obra, 227-246.
- Žižek, S. *El espinoso sujeto. Centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires.



Se terminó de imprimir en  
Editorial Advocatus, Obispo Trejo 181,  
en el mes de Enero de 2019





